MVNDO HISPÁNICO

DOXA

LE LOCLE
SUIZA
1889

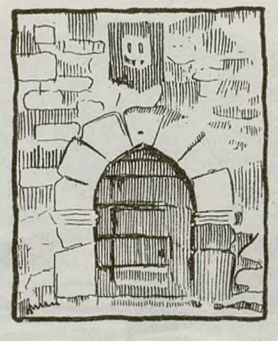
CUADERNOS DE ARTE

DIRIGIDOS POR

LUIS M. FEDUCHI

ARQUITECTO

TRUJILLO



ESTUDIO HISTORICO ARTISTICO

POR

D. FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH

COMISARIO DEL PATRIMONIO ARTISTICO NACIONAL

FOTOGRAFIAS DE J. DEL PALACIO

EDITORIAL "MVNDO HISPANICO"

Cuadernos publicados: I. LA RUTA DE COLON.—II. JEREZ Y LOS PUERTOS.—III. TRUJILLO

En preparación: IV. ECIJA.—V. ECIJA

Pedidos a: INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

ALCALA, 95 MADRID (ESPAÑA)

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

DIRECTORES:

PEDRO LAIN ENTRALGO y MARIO O. AMADEO

MADRID-BUENOS AIRES

Sumario del número 8:

DEL SER Y DEL PENSAR HISPANICOS.—Eugenio d'Ors: **La Unidad de Europa y la tradición de los Congresos Científicos.**–Santiago Montero Díaz: **El mito de Quetzalcoatl.**

NUESTRO TIEMPO.—Osvaldo Lira, SS. CC.: **Hispanidad y mestizaje.**–Angel Antonio Lago Carballo: **"El castellano en Puerto Rico".**–Manuel Riera: **A la escala del mundo.**–Juan Velarde Fuertes: **La economía española en 1948.**

ARTE Y POETICA.—Vicente Aleixandre: **Desamor.**–Ernesto Giménez Caballero: **"La Gloria de Don Ramiro" en la novela hispanoamericana.**–José Luis Cano: **Breve historia de una colección de poesía.**–José García Nieto: **El cañaveral** (cuento).

Las habituales glosas del momento hispánico ("Asteriscos"); información y comentario de libros hispanoamericanos y españoles ("Brújula para leer"), más dos nuevas secciones: "Crónica europea" (panorama de la Europa de hoy en sus aspectos político, económico y cultural) y "El Hispanoamericanimo en las revistas" (resumen de la actualidad hispánica en las revistas de todo el mundo).

Ejemplar suelto ..... **15 pesetas.**

Suscripción anual (6 números)... **90 »**

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

MARQUES DE RISCAL, 3. MADRID (España)

RITMO

REVISTA MUSICAL ILUSTRADA

Artículos de:

TECNICA — HISTORIA — DIVULGACION

Reportajes y entrevistas.

Noticiario de:

CONCIERTOS — OPERA — RADIO — CINE — DISCOS

Crónicas Internacionales.

Para suscripciones y toda clase de información:

REVISTA MUSICAL ILUSTRADA

RITMO

Francisco Silvela, 15 MADRID (ESPAÑA)

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Administración:

SERRANO, 117. - MADRID

Sumario del número de marzo de 1948

ESTUDIOS

Europa 1949. Comentario a dos discursos de Donoso Cortés, por *Rafael Calvo Serer.*—Conciencia histórica del Barroco español, por *José M.ª Jover.*

NOTAS

Orientaciones y desorientaciones de la arquitectura religiosa, por *Miguel Fisac.*—La trayectoria de la poesía nueva en la obra de un poeta joven, por *José M.ª Pemán.*—Tres sesiones científicas en torno a la evolución, por *Emilio Palafox.*

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO

Intelectuales europeos del siglo XX: Peter Wust, por *Alois Wenzl.*—Bajo la púrpura imperial, por *Joaquín Sampère Castillejo.*—El novelista Graham Green, por *Nuño Aguirre de Cárcer.*

CRONICA CULTURAL ESPAÑOLA, por *José Luis Pinillos.*

BIBLIOGRAFIA

Reseña de libros españoles y extranjeros.—Revista de revistas.—Libros recibidos.

Número suelto, 12 ptas. Suscripción anual, 100 ptas.

De venta en todas las librerías.

ADONAIS

COLECCION DE POESIA

PATROCINADA POR EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

Director: JOSE LUIS CANO

Consejo editorial:

Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José A. Muñoz-Rojas y Bernabé F. Canivell

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS:

Guillermo Díaz Plaja: **Vacación de estío.**
Dionisio Ridruejo: **Elegías.**
Jules Supervielle: **Poemas** (versión de L. Rodríguez Alcalde).
Ricardo Molina: **Elegías de Sandua.**
Gregorio Prieto: **Poesía en línea.** Prólogo de Vicente Aleixandre.
George Trakl: **Poemas** (versión de Jaime Bofill).

"ADONAIS" publica un volumen al mes

Suscripción trimestral (tres volúmenes).. 25 pesetas
Ejemplar suelto en librerías..... 10 »

Ediciones RIALP - Preciados, 35, MADRID - Tel. 31-85-66

EL ECO FILATELICO

La revista filatélica de máxima tirada en España.

Publicación quincenal

Suscripción anual:

Para España.... 36 ptas.
Extranjero..... 40 ptas.

Pago por adelantado

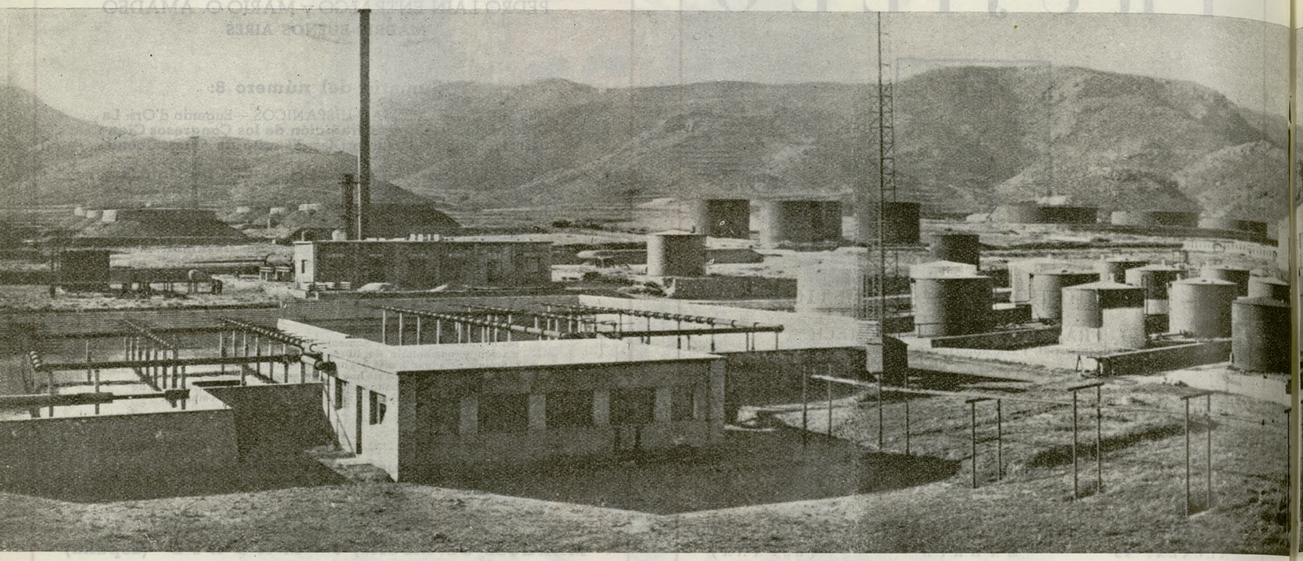
Administración:

GARCIA XIMENEZ, 3

PAMPLONA (España)

INSTITUTO NACIONAL DE INDUSTRIA

REFINERIA DE PETRÓLEOS DE CARTAGENA

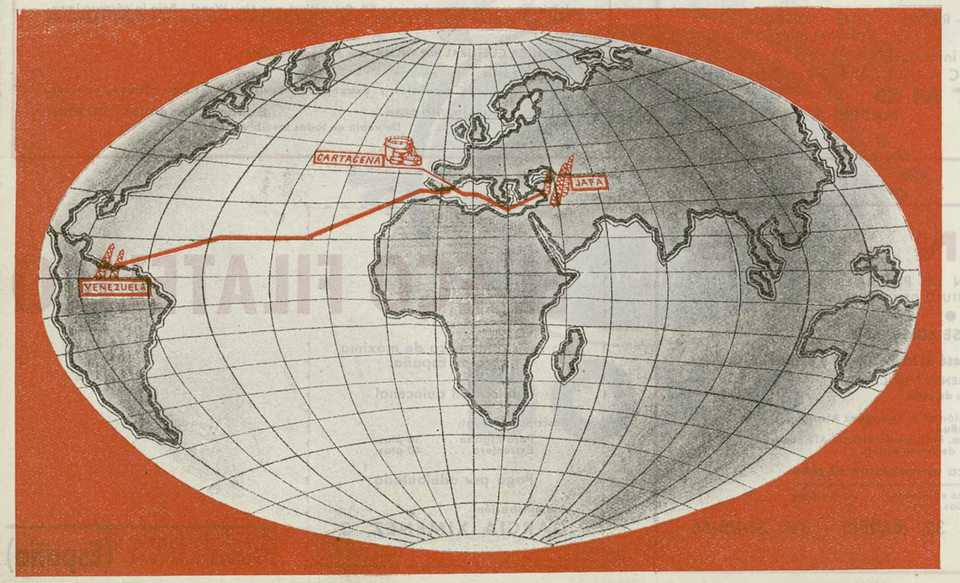


EN el mes de junio de 1927, durante el Gobierno del General Primo de Rivera, inicia España una política del petróleo auténticamente nacional, independizándose de la tutela de los grandes trust *y buscando una libertad de abastecimientos internacionales y de distribución interior, indispensables para el desarrollo de nuestros transportes e industrias y aun para la propia seguridad nacional. Calvo Sotelo organiza el Monopolio de Petróleos, que atiende primeramente a la construcción de grandes depósitos y de una flota petrolera, pero sin olvidar el largo camino que España habría de recorrer para lograr un mínimo grado de autosuficiencia en el vital aspecto de los carburantes líquidos.*

La República ignoró la necesidad de continuar la acción emprendida y, si bien respetó el Monopolio de Petróleos y su organización, se abstuvo de dar un solo paso hacia adelante en aquellas etapas previstas que no admitían demora: investigación de yacimientos, concesiones en otros países y construcción de plantas de refino en territorio nacional.

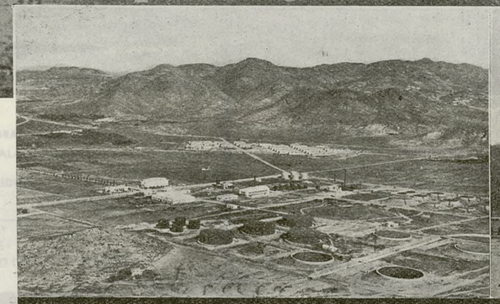
Desde que la primera guerra mundial puso de manifiesto la decisiva importancia del petróleo para la defensa nacional, hasta el punto de afirmarse que "los aliados habían ganado la guerra sobre oleadas de petróleo", importancia que se ha visto confirmada y aumentada por la última guerra, sobre la que el mariscal alemán Von Rundstedt ha dicho que "la aplastante superioridad de los aliados en los suministros de gasolina fué una de las causas de la derrota del Reich", se ha hecho inaplazable para cualquier política nacional que se precie de tal, asegurarse la mayor independencia posible en la obtención y transformación de carburantes.

La Ley aprobada en 1944 por las Cortes Españolas sobre combustibles líquidos y lubricantes, reemprende con nuevos bríos la política ya iniciada por Calvo Sotelo y, sin perjuicio de continuar la búsqueda de posibles yacimientos, el Instituto Nacional de Industria pone en explotación las riquezas ya conocidas del subsuelo español, construyendo las instalaciones necesarias para obtener carburantes mediante la destilación de nuestras pizarras bituminosas y lignitos. De la ejecución de este plan se encargó la Empresa Nacional Calvo Sotelo, continuando así el nombre del creador de la CAMPSA, patrocinando simbólicamente las actividades que el mismo iniciara en 1927.

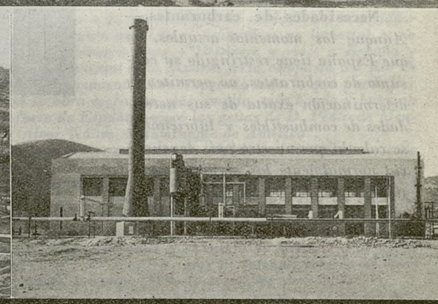


Refinería de petróleos.—*Dentro del Plan Nacional de carburantes quedó incluída la construcción de una Refinería de crudos en un puerto del Mediterráneo, eligiéndose como lugar de emplazamiento el Valle de Escombreras, a doce kilómetros de Cartagena y a dos kilómetros del mar, con fáciles vías de comunicación con el interior, puerto con calado suficiente para los grandes barcos-tanques y próximo al Oriente Medio, de cuyos crudos ha de abastecerse principalmente la Refinería, y con excelente situación para el transporte a otros puertos de la Península de los productos refinados.*

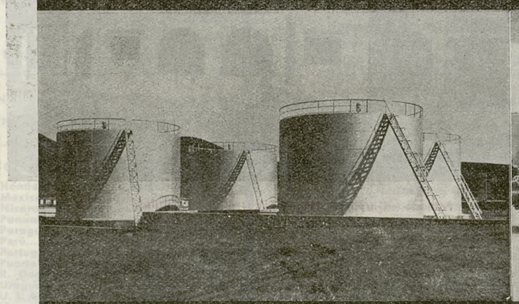
La construcción de la Refinería se realizó por la Empresa Nacional Calvo Sotelo, hasta que su próxima puesta en servicio y la multiplicidad de aspectos y colaboraciones que su desarrollo comercial precisan han hecho aconsejable su separación de la Empresa matriz, llegándose así a la constitución de una nueva Sociedad con el nombre de Refinería de Petróleos de Escombreras, S. A., controlada por el Instituto Nacional de Industria, pero con participación de capital privado.



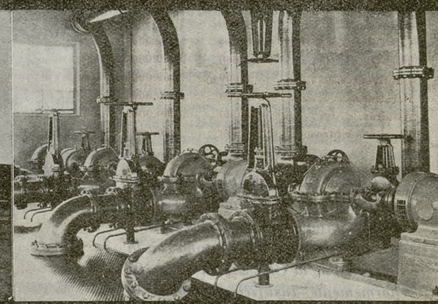
Panorámica de la Refinería con el poblado obrero al fondo



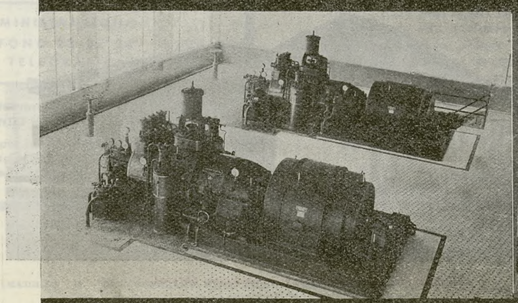
Central de vapor y electricidad



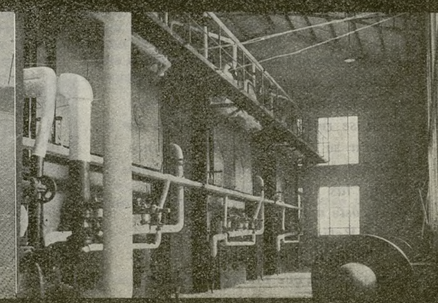
Tanques intermedios de fabricación (gasolina y kerosene)



Bombas de pulverización de la instalación de refrigeración del agua para las unidades



Sala de turbinas de la Central de vapor y electricidad



Vista interior de la sala de calderas de la central de vapor y electricidad

INSTITUTO NACIONAL DE INDUSTRIA

Las circunstancias actuales en el mundo del petróleo y las futuras que puedan predecirse, justifican sobradamente el acierto de la instalación y compensan sobradamente del esfuerzo económico que ella significa. El enorme consumo mundial de petróleo ha hecho insuficientes los actuales medios de refinación, lo que, unido a la escasez de refinerías en Europa y a las destrucciones de la guerra, han sido las causas del profundo desequilibrio existente entre la oferta y la demanda, déficit que ha separado extraordinariamente los precios de los productos refinados y del petróleo crudo, haciendo halagadoramente rentables las inversiones destinadas a la construcción de refinerías.

La diferencia de precios entre refinados y crudos mantendrá, por muchos años, la necesidad de nuevas refinerías, aumentando considerablemente su margen productivo, tanto en el aspecto económico privado, al que asegura unos beneficios comerciales, como en el económico político, haciendo posible un considerable ahorro de divisas, pues actualmente los precios de los productos elaborados exceden, por lo menos, en un 50 por 100 a los de coste en origen del petróleo crudo. Significa, pues, no solamente un ahorro anual de divisas, sino la seguridad de amortizar en un par de años las que forzosamente han de desembolsarse para la importación de aquella maquinaria imposible de fabricar en España.

Necesidades de carburantes.— *Aunque los momentos actuales, en que España tiene restringido su consumo de carburantes, no permiten la determinación exacta de sus necesidades de combustibles y lubricantes, se calcula que nuestro país consumiría normalmente las siguientes cantidades:*

NECESIDADES DEL CONSUMO ESPAÑOL NORMAL

PRODUCTOS	MENSUAL	ANUAL
	Toneladas	Toneladas
Gasolina para auto.	44.000	528.000
Gasolina para avión.	1.500	18.000
Kerosene.....	1.500	18.000
Gas-Oil y Diesel-Oil.	20.000	240.000
Fuel-Oil.....	90.000	1.080.000
Lubricantes.....	5.000	60.000
Parafinas.....	5.000	60.000
Asfaltos.....	5.000	60.000
Vaselinas y otros...	500	6.000

El consumo nacional necesitaría, pues, más de dos millones de toneladas anuales de productos refinados, para lo cual sólo contaba con la Refinería de la CEPSA en Tenerife, enormemente insuficiente, hasta el punto de que casi todos los cargamentos de nuestros petroleros son de productos refinados.

Teniendo en cuenta que a los precios actuales la importación de dichas cantidades supondría unos 48 millones de dólares, claramente se aprecia que si se refinaran íntegramente en España se ahorrarían diez o quince millones de dólares, cualesquiera que fueran las fluctuaciones de precios en el coste mundial del refino.

La Refinería de Escombreras.— *La Refinería de Petróleos de Escombreras, S. A., que próximamente iniciará sus actividades, funciona como una Sociedad privada, con las siguientes aportaciones: 52 por 100 del Instituto Nacional de Industria; 24 por 100 de la Compañía Española de Petróleos, CEPSA, y el 24 por 100 restante pertenece a la California Texas Oil Products Co., CALTEX. De esta forma queda asegurado el control del Estado a través del INI, la colaboración técnica y experiencia comercial por medio de CEPSA y la aportación de divisas para la adquisición de la maquinaria extranjera por mediación de la CALTEX, que reuniendo los intereses de la Standard Oil de California y de la Texas Oil, dispone actualmente del 60 por 100 de los yacimientos del Oriente Medio y tendrá derecho preferente para suministrar durante quince años el 50 por 100 del crudo que necesite la Refinería.*

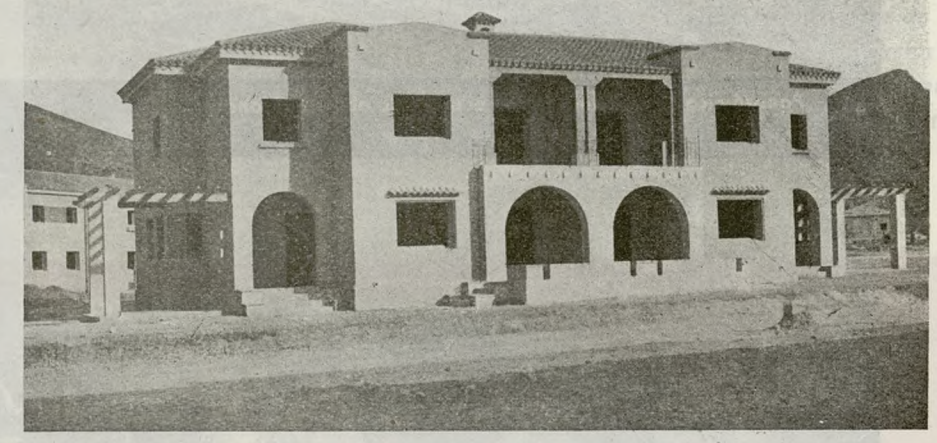
El coste de la instalación de la Refinería es más bajo del normal en los Estados Unidos, y se calcula, además: que, sin contar con los beneficios que supone el empleo constante de técnicos y mano de obra española, se ahorrarán anualmente unos ocho millones de dólares.

La Refinería ha sido proyectada para tratar diariamente 20.000 barriles de crudos (1 tonelada = 7,41 barriles), o sea 1.000.000 de toneladas anuales. Los productos de su refinación serán: gasolinas, kerosene y disolventes, gas-oil, fuel-oil, asfaltos y lubricantes. La destilación atmosférica se completará, en una segunda etapa, con la de craking, indispensable para obtener de los crudos mayor porcentaje de gasolinas, y en éstas, un mayor índice de octano.

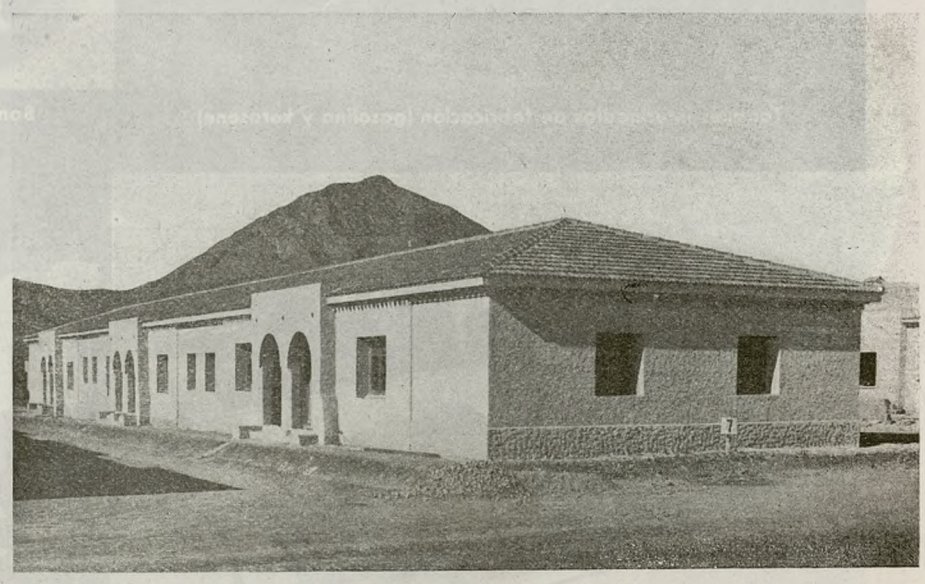
Las obras realizadas son de extraordinaria importancia, pues la extensión total de la Refinería es de 190 hectáreas de terreno, ocupadas hasta ahora 40 por la planta industrial y 30 por el poblado. Se han instalado 75 kilómetros de tuberías de diferentes diámetros y depósitos para almacenajes con una capacidad de 120.000 metros cúbicos. Se han construído, además, un puerto de 600 metros de espigón y 700 metros de muelle de ribera, todo dispuesto para el atraque de grandes buques y con calado de doce metros. Además de las instalaciones técnicas necesarias para la destilación, se han construído estaciones de bombeo, trasiego y descarga, éstas con una capacidad de 300 metros cúbicos por hora, así como una central termoeléctrica de 2.400 kilovatios y las correspondientes factorías de ligeros, asfaltos y lubricantes, sin olvidar todos los servicios auxiliares necesarios para una Factoría de este tipo, incluído un poblado modernísimo que dará albergue a 250 familias.

Con la puesta en servicio de esta Refinería, el Instituto Nacional de Industria da un nuevo y gigantesco paso para la consecución de nuestra soberanía económica sobre los carburantes líquidos, que es tanto como afianzar aún más la soberanía política de una España que renace.

Poblado.—Grupo de dos viviendas para empleados.



Poblado.—Grupo de dos viviendas para empleados.



Poblado.—Grupo de seis viviendas para obreros.

NUMERO 15 MAYO - JUNIO 1949

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

SUMARIO

Portada, por Hipólito Hidalgo de Caviedes.—Pág. 4: REFINERIA DE PETROLEOS EN CARTAGENA.—Pág. 7: SUMARIO, y "AQUELLA TIERRA ARGENTINA Y LOS ARGENTINOS", por Jacinto Miquelarena.—Pág. 11: "LOS RETRATOS DE LOS REYES DE ESPAÑA", por el Duque de Alba.—Pág. 15: "CUENCA" (España), por Federico Muelas.—Pág. 19: "CUENCA" (Ecuador), por Ernesto La Orden.—Pág. 23: "MISIONES DE ESPAÑA EN CALIFORNIA", por James M. Keys.—Pág. 27: "NUESTRO PLANETA VISTO DESDE EL ESPACIO", por Ricardo Munaiz.—Pág. 30: FAMILIAS NUMEROSAS ESPAÑOLAS.—Pág. 32: "EL MUNDO PASA POR BARAJAS", por Esteban Blasco.—Pág. 34: "HA NACIDO UN DESCENDIENTE DEL GRAN MOCTEZUMA II", por Blanca Espinar.—Pág. 35: "LA REGION DE LOS CAZADORES DE HOMBRES".—Pág. 37: "HUELLAS DE ESPAÑA Y HEROISMO PARAGUAYO", por Miguel Cordomí.—Pág. 38: "ESCENAS DE CAZA", por el pintor Calvet y el Conde de Yebes.—Pág. 39: "CHOPIN EN MALLORCA", por J. M. Pérez Lozano.—Pág. 42: BELLEZAS LIMEÑAS.—Pág. 44: "EL XIV CAMPEONATO MUNDIAL DE TIRO AL PICHON", por Valentín González.—Pág. 46: TRENES EN MINIATURA.—Pág. 47: "DIEZ AÑOS DE LITERATURA ESPAÑOLA," por Juan Aparicio.—Pág. 51: BIBLIOGRAFIA.—Pág. 54: NUESTROS COLABORADORES.

EMPRESA EDITORA:

EDICIONES "MVNDO HISPANICO" - ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 18 - MADRID

DIRECTOR:

ROMLEY (MANUEL M.ª GOMEZ COMES)

CONSEJO DE REDACCION:

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA

VOCALES: LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI
MANUEL JIMENEZ QUILEZ
MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS
ANGEL ANTONIO LAGO CARBALLO

REDACTOR JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO

SECRETARIO DE REDACCION: RAIMUNDO SUSAETA

PRECIOS

Argentina	Pesos	2,50	Honduras	Lempiras	1,00
Bolivia	Bolivianos	25,00	México	Pesos	3,50
Brasil	Cruceiros	10,00	Nicaragua	Córdobas	2,50
Chile	Pesos	20,00	Panamá	Balboas	0,50
Colombia	Pesos	1,00	Paraguay	Guaraníes	2,00
Costa Rica	Colones	3,25	Perú	Soles	3,25
Cuba	Pesos	0,50	Portugal	Escudos	12,00
El Ecuador	Sucres	7,50	Puerto Rico	Dólares	0,50
El Salvador	Colones	1,25	R. Dominicana	Dólares	0,50
España	Pesetas	12,00	Uruguay	Pesos	1,00
Filipinas	Pesos	1,50	U. S. A.	Dólares	0,50
Guatemala	Quetzales	0,50	Venezuela	Bolívares	1,75

Demás países, sobre pesetas 12,00

REDACCION Y ADMINISTRACION:

ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23-05-26 - MADRID

APARTADO 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

PROHIBIDA la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se señale que proceden de MVNDO HISPANICO

Los nombres o caracteres representados por los personajes que aparezcan en los trabajos de creación literaria son imaginarios; cualquier parecido con personas reales será mera coincidencia.

AQUELLA TIERRA ARGENTINA Y LOS ARGENTINOS

En junio de 1580, hace 369 años, Juan de Garay fundó la ciudad de Buenos Aires. Para conmemorar este aniversario, y también como homenaje a la gran Argentina, que el día 25 de mayo celebra su Fiesta de la Independencia, ofrecemos, en estas cuatro páginas, un interesantísimo trabajo de nuestro colaborador Jacinto Miquelarena, conocedor profundo del pueblo argentino.

ULRICO Schmidl, un alemán que parte en 1535 de Sanlúcar de Barrameda como mercenario en la flotilla del primer adelantado del Río de la Plata, D. Pedro de Mendoza, es, aproximadamente, el primer corresponsal de Prensa en Buenos Aires. Tan buen corresponsal, tan anticipado y oportuno, que asiste y contribuye nada menos que a la fundación de la ciudad. Un historiador argentino, Enrique de Gandía, asegura que Ulrico Schmidl es ya inmortal, y no porque su libro de anotaciones y observaciones—"Derrotero y viaje a España y las Indias"—"sea una obra fundamental en la historia de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, pues los documentos han superado todo lo que puede dar su información, sino porque su obra es la voz más amplia, más honda y humana que en la lejana Europa—fuera de España—evocó las gestas de D. Pedro de Mendoza, Domingo de Irala y Alvar Núñez, el caminante de América".

Como corresponsal, sin saberlo—en el estilo de Molière—, tiene la suerte de registrar noticias como éstas:

"Hemos levantado un asiento al otro lado del río Paraná, y este asiento se ha llamado Buenos Aires, que, dicho en alemán, es "buen viento". Era un lugar de indios querandís, como de tres mil hombres formados, con sus mujeres e hijos, y nos han traído pescado y carne para comer."

"Nuestra gente, luego, no tenía qué comer y se moría de hambre. Fué tal la pena y el desastre del hambre, que no bastaron ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas. Tampoco los zapatos y cueros. Todo tuvo que ser comido."

"También ha ocurrido entonces que un español se ha comido a su propio hermano, que estaba muerto. Y esto ocurrió el día de Corpus Christi, en el año de 1535."

Grandes noticias eran aquéllas, y no las que generalmente encuentra un corresponsal de hoy en las ciudades después de penosas excavaciones en las superficies urbanas, aparentemente cotidianas y flúidas. Por suerte para Ulrico Schmidl como narrador, los querandís, después de haberse mostrado en principio como tropa de paz, más bien aduladora, les tomaron demasiadas confianzas a los hombres de D. Pedro de Mendoza y, pareciéndoles pocos, comenzaron a enviarles flechas incendiarias y a sacudirlos con las boleadoras. Parece que cercaron a los españoles, en ocasiones, hasta 23.000 hombres, en forma tan testaruda, que los españoles tuvieron, por último, que abandonar aquel embrión de ciudad, que sólo era un amasijo de chozas, empalizadas, y dejar las cosas como estaban. En aquel punto, aproximadamente, nació la gloria de D. Juan de Garay, "el Vizcaíno", quien cuarenta y cuatro años más tarde fundaba la ciudad de nuevo, porque era fatal, geográficamente, que allí, en la margen derecha del gigantesco Río de la Plata, habría de clavarse un puerto.

* * *

Yo llegué a él mucho después, aunque algunos no crean que fué tan después, y llegué dos veces: en 1912 y en 1942. Es importante que diga esto, porque significa que soy un hombre que ha vivido, primero, en un Buenos Aires de un millón y medio de habitantes y en una Argentina de siete millones de seres, y solamente treinta años más tarde, en un Buenos Aires—el llamado hoy gran Buenos Aires—de cerca de seis millones de almas, casi tantos como había en toda la República en ocasión de mi primer viaje, y en una Argentina de dieciséis millones. Este es el ímpetu, la fuerza de aquel país. Y ésta es, en síntesis, su vertiginosa, su inconcebible marcha en la primera mitad de nuestro siglo.

* * *

Buenos Aires presenta hacia el 900 su dimisión de gran aldea, y derriba, destruye, pulveriza, con esa crueldad de los hombres y de los pueblos jóvenes, gran parte de su edificación colonial y del pasado inmediato de sus primeras preocupa-

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN)

ciones municipales. Cae en escombros hasta el Cabildo, en la revolucionaria y liberal Plaza de Mayo, que luego ha debido ser reconstruído en un acto de contrición. Y un bulevar flamante, que llega de París como los niños, parte por gala en dos el viejo casco urbano. Es como una boda de rumbo entre la ciudad y el llamado Progreso de aquellos días. Allí aparecen los grandes hoteles, los cafés con terrazas y las tiendas modernas; brota una iluminación de altos candelabros edilicios y suenan las bocinas de goma de los primeros taxis, de marcas onomatopéyicas: Renault, Charron, Darracq. Es la Avenida de Mayo, la fulgurante y francesa Avenida de Mayo, muy Baron de Haussmann, que termina en "El Pensador" de Rodin y en un capitolio para parlamentarios encuadernado en mármol. Simultáneamente, en ese principio de siglo, Buenos Aires se afrancesa y aparece el "petit hotel" como vivienda de familia acomodada, repetido hasta la locura; los jardines con estatuas ecuestres y segadores de bronce de la Avenida Alvear; el gusto por las flores ceremoniosas, en calidad de "retribución de atenciones"; las conferencias de hombres de letras extranjeros; el viaje a París, sin el cual no parecía ser feliz nadie. Eran los albores del nuevo siglo, con su frenesí decorativo de Exposición Universal. El Buenos Aires colonial y romántico, con sus lavanderas negras al borde del río y sus compadres de escarbadientes, sucumbe. Sólo queda entonces —y todavía queda hoy defendiéndose desesperadamente de la arquitectura funcional—un poco de barrio sur con rejas, novios de cancela y esas glicinas, musculosas y reptantes, con racimos de azul en primavera, que caminan como seres vivos tan desaforadamente, que pasan de casa en casa y llegan a distancias de ciento cincuenta metros, atravesando linderos y remontando tapias. Las glicinas más bellas que yo he visto.

Buenos Aires, sin embargo, es tan rápido, que la Avenida de Mayo muere a su vez o, mejor dicho, queda convertida en cementerio de una ilusión finisecular, cuando todavía su hermana, la Gran Vía de Madrid, no había sido terminada siquiera. Ya la Avenida de Mayo es el pasado inmediato. El "pastiche" de una Europa circunstancialmente equivocada. El error de un neoclásico al alcance de todas las imaginaciones. Se podría decir que hoy la Avenida de Mayo es la cortina de hierro del Buenos Aires del Sur, el término del Buenos Aires del Norte, el aristocrático, que es el único Buenos Aires que conocen habitualmente los viajeros rápidos, los de las misiones especiales y congresos.

* * *

Buenos Aires—se ha dicho muchas veces—está dividido en dos barrios: el Norte y el Sur. Pero ésta es una interpretación cartográfica y social de la capital argentina. Sus dos verdaderos barrios, en realidad, son el de abajo y el de arriba, separados en sección horizontal con un corte teórico de edificios. Abajo, el urbanismo impecable; la gracia escenográfica de las vidrieras comerciales; las grandes tiendas; las cascadas de corbatas y medias de seda; los bares; los caramelones giratorios de las peluquerías; los "palacios de la suerte" con sus telones de décimos para el próximo sorteo; el mármol y el bronce de los bloques bancarios, que, no se sabrá nunca por qué razón, tienden hacia la arquitectura de cementerio; y una multitud limpia y clara, vestida casi toda ella de nuevo gracias al poderoso crédito personal de América, que circula por las calles como podría circular el caviar en masa, si se pusiera un día en movimiento. Arriba, lo provisional, lo incierto, la duda... En el que se podría llamar barrio de arriba, las azoteas tienen alturas contradictorias y se detienen caprichosamente. Todavía hay casas de un piso y hasta de ninguno—sólo de planta baja—junto a rascacielos, algunos de una belleza, de una pureza de línea y tan prodigiosamente emplazados, que dudo mucho que existan en el mundo, incluyendo Nueva York, latifundios de cemento más bellos. Me refiero, en particular, al edificio del Cavanagh, arista y proa de un Buenos Aires blanco que parece enfilar su puerto y avanzar al encuentro del pasajero que llega por el mar de Solís; de un Buenos Aires que luego descubre su sinsombrerismo—la falta de tejados—, sus desniveles de altura en las viviendas; su graciosa y anárquica indecisión y provisionalidad a la hora de encaminarse hacia las nubes y detenerse.

* * *

En este Buenos Aires espeso, que tiene toda la pampa por delante para extenderse y cuyo primer obstáculo serían, en todo caso, las pequeñas sierras de Córdoba, a 900 kilómetros de distancia, los terrenos de edificación son disputados ferozmante. Ya en la calle Florida, la vara cuadrada de borde debe de valer tanto o más que la vara cuadrada de pintura de Velázquez o del Ticiano. Sería interesante en estos días calcular si, vendido en bloque el Museo del Prado, podría obtenerse el dinero necesario para comprar las dos márgenes comerciales de los 1.200 metros de longitud que tiene la calle Florida. Hay quien cree que no. En todo caso, ya no es posible adquirir el terreno necesario para ser sepulcrado en el Cementerio Norte, en el de la Recoleta, por menos de 400.000 pesetas—al precio a que está la vara allí—, y yo me hacía la ilusión, cuando vivía en Buenos Aires, que no podría morirme nunca por falta de medios económicos. Buenos Aires actúa en el país como una fuerza centrípeta. Sólo es posible registrar la importancia del gran Buenos Aires en el mundo americano, y principalmente en la América del Sur, anotando que su último presupuesto municipal—el presupuesto estricta y administrativamente bonaerense—alcanza la cifra de 327 millones de pesos y que su población actual, con los Municipios circundantes, virtualmente absorbidos, equivale a la tercera parte de la población argentina y es mayor, y en algunos casos mucho mayor o muchísimo más numerosa que las poblaciones de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Haití, Santo Domingo, Uruguay, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Costa Rica y Panamá, e igual a la de Chile y Cuba. Nada menos que 75 millones de pesos pagan a la Municipalidad en Buenos Aires los propietarios de fincas urbanas por el servicio de alumbrado, barrido y limpieza de las calles. El "servicio", ya se sabe, es de las cosas más caras en la Argentina.

Es esta apretada multitud, entre asfalto y ladrillo, la que pone a Buenos Aires en trance de estallido durante los días laborables, y la que lo abandona al silencio y a la oquedad los domingos; la que se juega de cinco a siete millones de pesos en una sola tarde de hipódromo; la que se aprieta, se enardece y juega de jugador número doce en los campos de futbol; la que levanta las lonas de sus embarcaciones deportivas en el delta del Paraná y descubre una vez a la semana, por lo menos, ese albor y ese rubor de América virgen, como de América no aparecida aún, que tienen todavía sus islas paradisíacas; la multitud que traspone los 20 o 30 kilómetros de los barrios residenciales y dedica la jornada a vivir el milagro vegetal argentino, húmedo y veloz, en los chalets del llamado estilo californiano y en las quintas del siglo XIX, como las que quedan en San Isidro, que tiene naranjos en las aceras, rejas andaluzas en las ventanas, una reliquia del santo de Madrid, enviada por el último rey de España y la paz...

* * *

Después está la Pampa. Buenos Aires mismo ha nacido de la Pampa y del río color de león que la cerca. Desde Buenos Aires se puede ir en taxi a la Pampa libre, como de Río de Janeiro a la selva tropical. Una hora de tren desde el corazón de la ciudad y ya empieza. Empieza donde terminan los puntos suspensivos de la edificación de suburbio en su marcha hacia la conquista del horizonte; y allí está, al alcance de cualquier mirada, la tierra argentina, la vasta tierra argentina, con sus miles de kilómetros, sus mieses doradas, sus ganados bíblicos, el punto lejano y movedizo del hombre a caballo y las líneas metálicas de las alambradas, meridianos del rico en leguas que han costado casi siempre más que la tierra que cercan y definen como propiedad. Allí está el medio millón de hectáreas de la familia Alzaga Unzué y el otro medio millón, aproximadamente, de los Anchorena; las 300.000 hectáreas de los Luro y las más de 100.000 de otras dinastías de estancieros, como los Pereira Iraola, los Guerrero, los Leloir, los Santamarina, los Pereda, los Duggan, los Martínez de Hoz y muchos más. Cincuenta grandes familias poseen cerca del 20 por 100 del terreno de la provincia de Buenos Aires, la provincia-reina, la provincia más rica de la República; es decir, lo mejor de sus cereales, de sus ganados, de sus campos de girasol, que, contemplados en su extensión argentina, parecen alegres carnavales de plantas. Un norteamericano, Archibald Mac-Leish, dice que la Argentina ondula en la mañana más allá de las colinas, como el mar más allá de los cabos. "País—añade—donde las distancias de una casa a otra son tan grandes como el ladrido de los perros en la noche más silenciosa y donde el gallo ha de cantar dos veces porque no se le responde. Un país tan llano que el tiempo parece inmutable y un siglo es como otro; tan vacío, que nada interrumpe la línea del horizonte. El cielo es tan inmenso, que los hombres plantan islas de eucaliptos en torno a sus casas para defenderlas de tanto azul. Un país de espacio tan grande que todas las visiones terminan en la eternidad. Es el país sin piedras, el país del pasto, en el que la hierba crece y crece como el agua y las perdices siguen al arado, como las gaviotas acompañan al navío..."

* * *

Esta comparación de la tierra argentina con un océano valora, sin duda, nuestra interpretación del gaucho. Yo he visto gauchos, pese a quienes creen en la Argentina que los hombres de la ciudad no pueden ya ver gauchos o no los reconocerían si los viesen. Es un hombre de la mar. Su mar es la llanura infinita; sus puertos, los "boliches" o pequeñas tiendas de "ramos generales", esparcidos por la lejanía; su embarcación, un caballo. El mismo reflejo de horizonte en los ojos, que se le tornan celestes. La misma caballeresca y el gusto de la ginebra. No es mayor el desprecio que un marino siente por el "homo terrestris" y por su lenguaje de tierra firme, que el del gaucho por el ser humano que no sabe echarle las "pilchas" a un tordillo, caer sin esfuerzo sobre la piel de cordero que cubre su silla o recado y darle a todo aquello la señal imperceptible—la magnética—del trote natural. Un trote corto, pero rápido y suave como el raso. No hay más finura profesional ni más gracia en la maniobra de un hombre de mar cuando abre su vela y se sienta al timón para beberse los vientos. El gaucho avanza también bajo el sol o bajo la borrasca. Lucha solo contra cualquier fuerza desatada. Ha de curarse sin ayuda, con su propia ciencia, si cae enfermo, lo que explica con frecuencia su longevidad, que es la longevidad del navegante y de todos los autárquicos en medicina. Tiene una mujer—una "china", la llama él—en cada pago, como el marino una novia en cada puerto, porque no otra cosa pueden tener los nómadas solitarios. "¡Qué lindo—piensa—andar bien montado y estar libre!" La sangre india, cruzada con la extremeña o andaluza, le hace triste. "El indio—se dice en la Argentina—no vive, dura." Es más triste que el marino, pero tan musical como él. Su acordeón es la guitarra. No pliega romerías, pero arranca una melodía de seda del cielo azul y la rasga. El gaucho, como el marino, aparece solo muchas veces en el centro del horizonte redondo, y un árbol o una vela en la distancia, es igual.

Pese a los escépticos argentinos, que juran que los ferrocarriles y Carlos Gardel acabaron con el gaucho, todavía esta raza ecuestre, este grupo humano a la jineta, cabalga. No se le puede ver, naturalmente, en los teatros; pero yo he conocido en San Antonio de Areco, el feudo de los Güiraldes, a varios de los reseros o pastores montados, compañeros de "Don Segundo Sombra", que arrearon con él torrentes de vacunos hacia los mataderos por los caminos polvorientos, a lo largo de cientos de leguas.

* * *

El gaucho es el personaje tradicional y entrañable de la vastedad argentina, con sus enormes latifundios. Se afirma que el latifundio, problema de aquellas tierras, es una consecuencia de la Constitución del 53, "obra de ángeles para ángeles". Al establecer la inviolabilidad de los bienes raíces, inició un proceso de acumulación y concentración de la propiedad rural. Las primeras colonias agrícolas se organizaron sobre la base de la propiedad familiar, de 20 cuadras españolas de exensión—la cuadra tiene 1.500 varas cuadradas—; estos campos, precarios en el inmenso mar de tierra de la Argentina, iban siendo abandonados después de varios años de labor, para buscar superficies vírgenes. Se produjo así un proceso de agricultura nómada que aún subsiste en algunas zonas de la República y que dió origen a la acumulación de leguas y leguas de campo entre los más sagaces y sedentarios. "Pero la tierra—se dice ahora—debe ser para los que tengan capacidad para cultivarla y voluntad para poseerla dentro de nuestra cultura y transición moral." Esta es la base de la nueva reforma agraria, aplicada, sin marchas forzadas, en ciertas extensiones del país.

* * *

El campo argentino y la capital argentina, Buenos Aires, son, en cierto modo, una contradicción. "Buenos Aires—escribe Erly Danieri, una discípula de nuestra María de Maeztu—representa el progreso; el campo, la tradición. A Buenos Aires se le identifica con Europa y al campo con lo vernáculo. Verdad en parte ilusoria, verdad a medias, como sucede con las verdades populares. Sin embargo, habituado a la grandiosidad de Buenos Aires, el porteño se siente eje de un sistema al cual da luz y normas; el hombre del interior acepta a regañadientes esta tutela y, más apegado a abolengos y tradiciones, desdeña el conglomerado cosmopolita de

la capital. Es un resabio también de la lucha que abarcó en la Argentina todo el siglo XIX; antagonismo que dió color a la historia del país y aun a su literatura, poniendo a los unitarios frente a los federales y a las páginas de "Facundo" frente a las del "Martín Fierro", epopeya del campo."

El campo argentino, no obstante, es la tremenda, la inexorable fuerza argentina. Un ejemplo: hay allí cien millones de cabezas de ganado diverso. Toca a seis cabezas de ganado por habitante. De esos cien millones, treinta y cinco son de vacunos, cincuenta y uno de lanares, seis de porcinos, siete de equinos y tres de caprinos, más medio millón de cabezas asnales y mulares. Entreguémonos ahora a la fantasía ante esta realidad. Se ha dicho alguna vez que la Argentina no necesita obras de defensa en sus costas, porque en caso de alarma, bastaría con arrear sus ganados hacia el litoral para que ninguna fuerza de desembarco pudiera atravesar tan hosca, movediza y espesa masa de animales. Los expertos de arte militar —más realistas—podrán decir la última palabra sobre la eficacia del sistema, y cualquiera que sea el informe, reconozcamos con emoción que el plan arrastra en su teoría un fuerte aire bíblico.

* * *

Mientras tanto, Buenos Aires recibe cada año en su recinto urbano la más brillante y lucida representación de esta riqueza, llegada en ejemplares de selección desde sus cabañas y "studs". Son las exposiciones nacionales de ganadería. Buenos Aires vive un poco a espaldas de la vastedad agropecuaria, pero el campo llega y penetra en la ciudad. Es una concentración de más de 3.500 reses preclaras, a las que hay que añadir 2.000 aves de razas tan distinguidas y tan diferentes de las que estamos acostumbrados a ver en los corrales populares de la mayor parte de las naciones, que se diría que ni pertenecen siquiera a la familia. A este concurso, seguido de una distribución de premios, con cocardas y cintas para adorno de los vencedores, y de una subasta apasionante y apasionada, llegan los toros Shorthon, rizados y lentos, con su cornamenta embrionaria; los Hereford, jaboneros, de pestañas rubias como las de cualquier dama escandinava; los Aberdeen Agnus, negros y definitivamente huérfanos de cuerna como leones marinos, a los que se parecen... Estas reses, engordadas a presión, relucientes, babeando sus moliendas de rumiantes, avanzan hacia los Jurados como paralelepípedos, como muebles, como cómodas forradas en piel, precedidos de la argolla. Y pasan también las vacas holandoargentinas, con su cartografía blanquinegra y sus fábricas de leche colgantes, como en los lienzos de Potter; y los caballos de las razas y mezclas más definitivas, desde los pura sangre finos y veloces a la vieja manera inglesa, hasta los percherones—los de Frisia—, de patas melenudas; y los cerdos rosados, como debieron de gustarle a Brillat Savarin cuando los llamó ángeles de la suculencia, suaves y rosados como niños, o plomizos, magros y altos, casi asnales, como los de Extremadura. Pasan asimismo los merinos australianos, que más que cuernos tienen caracolas, envueltos en un cirrus blanquísimo que produce hasta 10 kilos de lana en esquila, y los Lincoln neozelandeses, de pelo trefilado en cuerdas hasta el suelo...

Hace más de cincuenta años que se celebran estas exposiciones, estos concursos, estas subastas, a las que acude todo Buenos Aires como a una "kermesse" zoológica. Buenos Aires cumple así con el campo argentino, una vez al año, como si fuera de precepto. Y todo el cemento y el asfalto y el cristal de la ciudad, todo el charol de sus automóviles, todas las luces comerciales, zigzagueantes en la noche, y el Jockey Club y la Casa de Gobierno, parecen empequeñecerse durante unos días y llenarse de una justa modestia.

* * *

Los enormes silos y elevadores de grano del puerto de Buenos Aires le recuerdan también al porteño las verdes y rubias mieses de sus tierras. Aquello es como cereal envasado provisionalmente en cajas gigantescas, en espera de bodegas y banderas de todos los países. Normalmente, Argentina suele recoger cinco millones de toneladas de trigo en un año. Las últimas siembras fueron de 3.500.000 hectáreas de trigo, 1.800.000 de lino, 2.100.000 de avena, 880.000 de cebada, 1.800.000 de centeno y—lleguemos ahora al estupor—37.000 hectáreas de alpiste. Del maíz se tienen en estos últimos tiempos peores impresiones. Es, se afirma, el grano maldito, resto alegre y confiado de una embriaguez de grandes monocultivos. Durante la última guerra se quemaba maíz en la Argentina por falta de carbón y aun se exportaba—al Uruguay, por ejemplo—como combustible. Alimentaba hornos, empujaba locomotoras, producía... Yo he escrito muchas de las 3.000 crónicas enviadas desde Buenos Aires a Madrid en siete años, con luz eléctrica de maíz. He consumido así, en forma indirecta, parte de los cuatro millones de toneladas de maíz por año que crepitaron en las calderas de la Argentina últimamente.

Este fracaso del maíz como cultivo intensivo ha puesto en guardia al argentino, que trata de diversificar sus siembras por consejo del Estado y con su ayuda. Hay ya 30.000 hectáreas de tierra destinadas al olivo. La provincia de Mendoza es y será la reina del olivo, como lo es de la vid. Es una tierra rica, con mucha agua y larga tradición. La olivicultura argentina—proyectada sobre el futuro—prueba por otra parte, la transformación de aquel campo desde que Carlos Casado del Alisal, un español, fundador de la ciudad de Casilda, envió por primera vez trigo argentino al mundo. A aquel campo van hoy también los hombres sin impaciencias, los que labran para generaciones y desdeñan a los que se lo juegan todo anualmente a la suerte de una cosecha. Son hombres para el lujo del cultivo lento, reclinado en el tiempo; hombres de huella, que crean agricultura y dejan también paisaje.

* * *

El campo argentino, sin embargo, continúa planteando el problema de su levedad demográfica estacionaria y necesita con cierta urgencia, de nuevo, aquella oleada de inmigración que a principios de siglo rompió en las costas del país. Necesita más brazos, más impulso, más sangre nueva; pero exige que ese ímpetu no continúe apelmazándose en las ciudades, ya superabundantemente dotadas de parasitismo, sino que se derrame por el agro. He ahí el riesgo que intenta soslayar la actual política inmigratoria de la Argentina. La Argentina pretende, en cierto modo, seleccionar para dicha política los grupos humanos más adaptables al país y con mejores calidades para fundirse o incorporarse a la nueva vida. En buena ortodoxia democrática, no acepta el mundo ningún desnivel, ninguna diferenciación de razas; pero naciones tan eminentemente, tan ejemplarmente democráticas como los Estados Unidos de Norteamérica, iniciaron ya en 1921 un sistema de cupos de inmigración por nacionalidades, convertido en ley permanente en 1924. Por esta ley, los Estados Unidos sólo abren sus puertas al dos por ciento de los ciudadanos de un país cualquiera en relación con el número de sus compatriotas residentes en los Estados Unidos en 1890. Está claro. Hasta 1900, la masa humana que llegó a los Estados Unidos procedía del norte de Europa: irlandeses, escandinavos, alemanes. Luego llegó la gran corriente italiana, rusa y balcánica, que los norteamericanos consideran menos asimilable. Se trata, pues, de una ley selectiva, basada en intereses nacionales de primera fuerza, pero que no puede ser considerada exactamente como de esencias democráticas y antirracistas. La Argentina, en el fondo, también enfoca su problema de inmigración con ese criterio. No quiere el alud desordenado y confuso de otros tiempos. Prefiere contingentes humanos determinados, como los que pueden llegarle de Italia y España, cuya colaboración franca y leal en la grandeza del país está probada. Ellos, españoles e italianos, fueron los que se entregaron alegremente a la aventura de la colonización; los que no se quedaron siempre en las ciudades por mezquindad imaginativa, ni formaron grupos insolubles o tercos aislacionismos. En no pocas ocasiones ha declarado la Argentina su preferencia por esta inmigración de españoles e italianos, porque es consustancial con su vida misma, con su realidad de nación. Probablemente, más de dos millones de italianos residen hoy en la Argentina. Y un millón de españoles. Su trabajo es tradicionalmente honesto y la mayoría de ellos están fundidos, con sus familias, en el fondo vital argentino. Son los que han perdido, no la ilusión del retorno, sino la libertad de retorno, retenidos por la fuerza de aquellas tierras. Por lo menos, en los españoles, esa ilusión del retorno, que no llega a producirse casi nunca, se convierte con frecuencia en una permanente nostalgia de España llevada a ámbitos regionales y exacerbada en ellos. La Argentina no ha congregado en una sola fuerza, unida y ejecutiva, a sus residentes españoles. Los españoles están allí agrupados en islas de melancolías; balcanizados, tibetizados, como se dice ahora; atomizados por el infinitamente pequeño culto comarcal. Hay más de 200 sociedades españolas de recreo o de socorros mutuos en Buenos Aires. Hijos de un pueblo o de otro, de tal o cual provincia, o de un partido judicial. Los de Mondego tienen su asociación, y los de Cangas, la suya. Los más serios parecían los andaluces, que fundaron el Hogar Andaluz; pero poco después se producían escisiones en la confraternidad bética y se organizó el "Patio Andaluz", y a continuación—se dice—"El Patinillo", y más tarde, "La Cancela", y luego "La Reja"... En mis últimos días de Buenos Aires circulaban noticias optimistas sobre la probable fundación de una nueva sociedad, "La Maceta", que también quería representar, por cuenta y riesgo de su cuadro artístico, obras de los hermanos Alvarez Quintero. Pero estas cuestiones las dirimen los españoles entre sí, y a pesar de sus pequeñas querellas, más bien pintorescas, forman un bloque humano de gravitación decisiva..

* * *

El Almanaque de John Kieran, de Nueva York, afirma que en la Argentina se hablan dos idiomas: el español y el italiano. Juro que se trata de una tremenda equivocación del Almanaque de Kieran, inconcebible en una obra tan documentada y minuciosa que llega a advertir que en los estados del Vaticano la religión que predomina es el catolicismo. No, no se habla el español y el italiano, sino el español, sencillamente y totalmente. La gran aportación italiana a la vida argentina no ha amenazado nunca a nuestro idioma; no lo ha conmovido. Un poco de genovés o de napolitano, mezclado con cierto castellano en los sainetes del teatro criollo, como nota pintoresca o costumbrista, y eso es todo. Del español que se habla en la Argentina al castellano de Castilla hay quizá menos diferencia que el que distancia a nuestra lengua muchas veces en dos regiones españolas. Una guía azul de la Argentina, editada en Italia por el sistema Baedeker, en 1932, ofrece un corto vocabulario criollo, de unas cien palabras, en el que no pasan de veinte, a lo sumo, las que en verdad pueden ser definidas como argentinismos. Se dan como voces argentinas muchas que no pueden ser más españolas; como alcaucil, alzarse—por huir—, almacén, barraca, cabildo, cigarrería, caña—por aguardiente—, salinas, etc. La guía se ha equivocado, y la verdad, la exacta verdad, es que el castellano que se habla hoy en la Argentina no está en el declive de la degeneración, como se ha dicho algunas veces, sino bien puro y, en ocasiones, hasta con la extrema pureza de lo arcaico, conservado entrañablemente en las familias de campo. Hubo un tiempo de peligro a principios de este siglo; fué cuando la fuerte corriente inmigratoria colocó al habla en una encrucijada. Apareció el riesgo de que se desfigurase el lenguaje con algo de todos los idiomas del mundo, en una mezcla inverosímil de incorrecta pronunciación y hasta de aplicación incorrecta. El teatro de costumbres explotó aquella circunstancia con sus sainetes de arrabal, y por un momento estuvo la Argentina a punto de caer en el error—que ha sido también, en su día, un error de los españoles—de presentar las maneras y vicios populares como características de la vida nacional. Esta tendencia, sin embargo, quedó pronto aislada en los recintos teatrales, mientras grupos de ciudadanos cada vez más extensos luchaban por la pureza del castellano desde los cargos públicos, desde los grandes diarios, desde sus asociaciones y academias. "Mala señal—decían—es la degeneración de la lengua de un pueblo; con ella se puede llegar a la degeneración de una raza." Y cuando la mixtura hablada y celebrada en algún sector del país intentó extenderse por todos los ámbitos a favor de la radiotelefonía, un Gobierno le cortó estas salidas torrenciales con disposiciones de urgencia en favor del idioma. "Como un imperativo—dijo—debe repercutir en la conciencia de los argentinos la consigna de velar por la pureza de nuestra lengua castellana y evitar su degeneración, que puede presentarnos ante el mundo como rodando por las pendientes de una decadencia que no existe. El idioma constituye el índice más destacado de la cultura de un pueblo." Y un diario de la importancia de "La Prensa" decía en aquella ocasión, como apoyo de las medidas oficiales, que el castellano fué desde el siglo XVI el ornamento de la gente bien educada. Y añadía: "Los juicios de Sarmiento acerca de España son pintorescos, pero las más de las veces están reñidos con la serena ecuanimidad. Se ha dicho que Sarmiento habló mal de España como sólo puede hacerlo un español. Pero el antiespañolismo es inconcebible hasta en el largo período de las guerras por nuestra independencia." Otro gran periódico, "La Nación", decía también: "La lengua es la base de la educación patria. Por eso, en los países de clara conciencia nacional, la enseñanza del lenguaje propio tiene una importancia extraordinaria. Entre nosotros, donde la población escolar evidencia tan claramente la confusa aportación inmigratoria, la enseñanza de nuestro idioma, la defensa de nuestro idioma, incorpora de hecho los hijos de extranjeros a la comunidad argentina." Y la batalla se ha ganado en pocos años, contra oleadas y borrascas de croatas, búlgaros, rumanos, holandeses, polacos del

norte y del sur, gentes del Líbano, naturales de Georgia, vecinos del Cuerno de Oro y nativos de Oskub. Fué, como se afirmaba entonces, "un alegre deber de la nación y de todos nosotros".

* * *

En este reportaje rápido de la tierra argentina y de los argentinos, os quiero presentar también la ciudad de Mar del Plata, que ha brotado hacia el sur del Atlántico de los médanos de la costa Galana, como la llamó Juan de Garay. Era un pequeño puerto de pescaderos sicilianos antes de 1907. En 1907 se la declara ciudad. Había llegado hasta allí una locomotora con chimenea de borde de latón, como los cigarrillos egipcios, y algunos señores y señoras de Buenos Aires, a la buena y absurda moda de la época. Es una ciudad de ayer; de cuando se gestaba en Europa "la primera de las últimas guerras mundiales"; de cuando presidía la nación el vicepresidente Figueroa Alcorta, por fallecimiento del presidente Manuel Quintana; de cuando los changadores o cargadores de los almacenes españoles del barrio sur de Buenos Aires trabajaban "en pañales" y alineaban en la cinta de su sombrero ancho y negro cinco o seis palillos de dientes con tanto orgullo como un cazador prusiano de traje verde y botones de asta de ciervo, a la bávara, exhibe en su sombrero una brocha de pelo de corzo; de cuando se preparaban las fiestas del centenario de la Independencia y el pueblo esperaba a la Infanta Isabel; de cuando llegaba la gran ola de emigrantes de todo el mundo con sus pequeños baúles de madera y hoja de lata, empapelados por dentro con cielo de capillita, como habían llegado años antes al Klondike en busca de oro, y de cuando aparecieron en Buenos Aires, entre mármoles y "vermeil", a la vienesa, esas grandes confiterías que son "La París", "La Ideal", "El Molino", "El Aguila" y "Los dos chinos"... En cuarenta años, Mar del Plata se ha convertido en una ciudad veraniega de tal fuerza, que más de medio millón de seres pasan por sus playas durante cada temporada; en la más alegre y risueña concentración de grandes hoteles, chalets y "villas" que puede imaginarse. Su crecimiento es tan veloz, que ya se derriban, para construir otros, los primeros grandes hoteles, como el Bristol, con todas sus borlas, visillos de encaje, confidentes y el ascensor-jaula para elevar a los pisos cuellos de pajarita y sombreros con plumas de avestruz. Con la desaparición del Bristol desapareció de allí también la época que ignoraba las vacaciones de los empleados, de los obreros, de los "boys scouts" y hasta de los sirvientes; todos se acercan hoy a las mesas de juego del Casino con una familiaridad que sólo podía registrarse en Montecarlo a fines del siglo pasado, en el noble gremio de los lores. Porque la gran atracción de Mar del Plata, por encima del clima atlántico y de la sorpresa de su edificación en piedra, es el juego, hoy nacionalizado y al servicio de la beneficencia estatal. Un hombre de Navarra, Silvestre Machiniandarena, organizó esta fabulosa máquina de dividendos con su equipo de profesores, enlutados y sin bolsillos, que llevó desde nuestro San Sebastián, desde el San Sebastián que tenía entonces un magnífico "seminario de croupiers". Fué una organización poderosa. En Mar del Plata llega a jugarse más de un millón de pesos al día. Los beneficios son incalculables. Hoy es el propio Estado el que administra este renglón y distribuye las ganancias entre las instituciones de caridad. Mientras tanto, Mar del Plata avanza hacia el sur, dominando médanos, a un ritmo de más de treinta millones de pesos de construcción urbana por temporada. Y cada año aumenta esta cifra, esta inflación de chalets y hoteles, porque la masa humana de Buenos Aires y del interior inunda ya las costas en los meses de verano y las unta de multitud. Y es que el clima de Mar del Plata tiene todos los vientos y todas las fragancias marineras. Un familiar de la costa cantábrica se encuentra en Mar del Plata con temperaturas y borrascas íntimas, con galernas y brisas que no ha podido olvidar. También en Mar del Plata la boina vasca es una consecuencia del horizonte y del rizo atlántico y hasta de la edificación, y no se la pone nadie a su manera, sino como quiere el viento, que siempre es el que sabe más de la elegancia de la boina y el que le da a la boina, por último, el toque definitivo. En Europa, seguramente Biarritz es lo que más se parece a Mar del Plata. Las mismas "villas" con jardines reducidos, porque los terrenos tienen ya cotizaciones de esmeralda; el mismo exceso de urbanismo al borde del Océano y el mismo comercio de sucursales de las casas de París y de Buenos Aires, alegre y caro. El éxito de Mar del Plata como lugar de veraneo es tan grande, que está a punto de ser reconocido como lugar de invierno también, suprema aspiración de las grandes playas. Sólo cuando las grandes playas llegan a desdeñar las muchedumbres de calendario fijo y acaban por entregarse íntimamente a una minoría de aficionados a marejadas y chubascos en los meses invernales—como San Sebastián o San Juan de Luz—, es cuando alcanzan la categoría suprema.

* * *

Pero las playas no acotan ni monopolizan el entusiasmo de los argentinos. Su pasión es el hipódromo o los hipódromos. Un día de carreras en las pistas de Palermo o San Isidro es una migración fulminante, en toda clase de vehículos y trenes eléctricos rapidísimos, de Buenos Aires al suburbio. Algo así como una explosión de ciudadanos electrizados por una corriente continua de informaciones hípicas que previamente les sirve la prensa todos los días. El pueblo llano, y no sólo los socios del Jockey Club, acude a estas pruebas con su erudición de periódico y su esperanza de convertirla en ganancias. Y cuando fracasa en los cálculos, discute el error, que nunca, naturalmente, ha sido suyo, y se consuela exaltando en último término la grandeza ecuestre de la Argentina y la finura y brío de sus jinetes. Cuando murió "el negro Acosta", que no era negro, sino mestizo de indio, pude darme cuenta de su enorme popularidad. Nadie era entonces más popular que Acosta, como no fuera otro jockey, el uruguayo Leguisano. Las primeras ediciones de los periódicos de la tarde no alcanzaron por un pelo a publicar la noticia de la muerte de Acosta; pero los vendedores la daban de palabra, como un deber, al entregar el diario. Y aun suministraban una información ampliatoria, si se les pedía, contando detalles del deceso.

* * *

El futbol es todavía más popular; más popular, podríamos decir, entre el pueblo. Hay domingos en que Buenos Aires entrega cerca de 350.000 espectadores a este deporte. Dos stadiums de 70.000 localidades cada uno, el del River y el del Boca, absorben el cincuenta por ciento de esta "producción" de público; los demás campos de juego, de capacidad ligeramente inferior, se distribuyen el resto del entusiasmo, de la pasión y de los gritos de aliento. Es tan sustancioso el negocio, que está hoy a punto de quebrar. Los jugadores pretenden haber forjado ese magnetismo con su pedifactura impecable y exigen, en suma, una participación en los beneficios y ciertas seguridades como gremio. Los clubs dicen que ya están hartos. El último campeonato no ha terminado y se mantienen puntos de vista irreconciliables. Hay como una gallina de huevos de oro perfectamente preparada para morir por demasiado ponedora...

* * *

En la Argentina se puede asistir, aunque también parezca mentira, a una final de polo con 30.000 espectadores. Treinta mil espectadores que pagan muy cara su localidad y aun que la persiguen y logran con influencias, además de pagarla. Hasta ese punto apasiona allí, igualmente, un partido de polo. Hay, en primer término, la pasión por el juego; pero también el gusto del argentino por la habilidad ecuestre y su entusiasmo por los caballos. En este caso, son los famosos "petisos", tan ágiles y elásticos, tan veloces, que se disparan hacia la bola como un tiro. Algunas de estas jacas llegan a valer hasta 20.000 pesos cuando están bien adiestradas y entrenadas. La "flota" de un jugador de polo de primera clase, que debe mantener su prestigio y su diez de "handicap", es con frecuencia de 15 unidades. Un deporte caro en la Argentina también. Pero un deporte popular al propio tiempo, con su pasta, con su jalea de multitud en las graderías, desde que un equipo argentino realizó la hazaña de vencer a los norteamericanos.

* * *

Sin embargo, el juego de polo es exótico. Todos hemos oído decir alguna vez que es persa. Y los argentinos exhuman ahora su tradicional lucha del "pato", a la hora de competir a caballo en una destreza deportiva. Era en otros tiempos la diversión favorita del paisanaje. Se practicaba por el sistema de uno contra todos y todos contra uno. El número de participantes podía ser infinito. Se lanzaba entre la masa de jinetes un saco redondo de cuero, con un pato casero dentro, y todo consistía en que cualquiera de los participantes se apoderase del trofeo y huyera ante el escuadrón de sus perseguidores, que intentaba arrebatárselo. Ya "Concolorcorvo" se refiere al juego del "Pato" en "El Lazarillo de ciegos caminantes", aparecido en 1773, y cuenta algún caso curioso relacionado con estas batallas. "Al que vence—escribe también el marino español José de Espinosa y Tello, que viajó por el Río de la Plata hacia 1794—, todos le vitorean y le llevan a su rancho o al rancho que frecuenta o al de la dama que pretende, entre aplausos y zambra. Reinan todavía entre estas gentes muchos restos de la antigua gallardía española." Era un juego brutal, sin embargo. "Los paisanos—afirma Emilio Solanet—corrían así leguas y leguas, trillado el campo por los cascos y marcado por los contusos y muertos, como después de un malón de los indios." La Iglesia llegó a excomulgar "como miembros corrompidos" a quienes practicaran tal diversión, y negó la cristiana sepultura "a aquellos que llegasen a fenecer en un juego tan bárbaro." En 1840, el gobernador Juan Manuel de Rosas decretó penas mucho más severas que las que había dispuesto el Gobierno colonial; éstas sólo consistían en cien azotes y dos años de trabajos forzado para los reincidentes. Rosas agravó los castigos a pesar de haber sido él, en sus años mozos, como entusiasta y violento hombre de campo, un participante activo, con garra de campeón, en tan fabulosas galopadas, más guerreras que depotivas. Hoy se juega al "pato" sin violencias. Se le ha peinado. Hay un reglamento y una Federación. Compiten cuatro jinetes contra cuatro en un terreno de dimensiones iguales a las del polo. Y se hace "goals" en sus dos metas, con sus dos redes altas como las del "basket". Verdadero "rugby" a caballo, conserva, a pesar de la vigilancia reglamentaria, el brío, la bravura y la dureza de aquellas viejas y ásperas galopadas. La descomunal querella a caballo de otros tiempos se ha convertido hoy en uno de los espectáculos deportivos más bellos.

* * *

Este reportaje de la Argentina ha de ser breve, fatalmente. Lo limitaré a una panorámica de aquellas tierras y de aquellos hombres. A una síntesis de su fuerza de expansión. Habría mucho que decir de sus hombres de letras, del pasado y de hoy; de sus periódicos, de sus academias, de sus artistas... Pero prefiero insistir por ahora, en la fuerte atracción que ejerce su suelo, en cierto modo magnetizada, sobre el hombre de Europa. Aquel cielo azul tendido sobre el infinito, es inolvidable. Pasarán siglos, y ni Buenos Aires siquiera, avanzando con su asfalto inexorable sobre el campo, podrá disminuir en nada tanta vastedad. Tiene un horizonte redondo, como los océanos, y el firmamento ajusta en cualquier punto de la circunferencia como un fanal. También pasarán siglos y el arado podrá seguir penetrando en humus—la virginidad de la tierra—a lo largo de cientos de leguas. Yo he visto ese humus en sección vertical, cuando se abren zanjas o se excava el suelo para plantar casas. Es fabuloso. En los barrios residenciales cercanos a Buenos Aires, el humus rompe las baldosas de las aceras, las fragmenta y pasa a través del cascote con su tremenda vida vegetal.

He vivido en la Argentina como un argentino: en sus ciudades, en sus campos, en sus estancias. Conozco el ondulado tan castellano de aquellas sierras de Córdoba y las plantaciones de caña de azúcar de la Tucumania, vistas como un mar de esmeralda desde el Aconquija. ¡El Aconquija, que empieza en orquídeas y termina en pinos! Estuve en Salta y Jujuy, a las que llegan con sus caballerías todavía ibéricas, y a veces con sus llamas, los nativos del altiplano. He recorrido playas virginales aún a través de muchos kilómetros de médanos, y otras, como las de Pinomar y San Clemente del Tuyú, que improvisan hoteles y chalets sobre la arena calcinada a un ritmo vertiginoso. En aquel medio natural, muchas veces contradictorio; en climas diversos, desde el subtropical de vegetación húmeda y fastuosa, hasta el que envuelve en fríos grises de balada escandinava los lagos del Sur, viven los argentinos en una clara unidad biológica y espiritual. Las diversas peripecias del medio apenas modifican sus maneras externas; en el fondo, todos participan y son una consecuencia de la tierra y del futuro argentino, que es, paradójicamente, su mejor realidad de hoy.

La Argentina recorrerá con los años un camino que no podemos imaginar siquiera. Tal es su ímpetu y su fuerza. Pensad en una Argentina de cien millones de habitantes, es decir, seis veces más poderosa que hoy, y empezaréis a comprender. Yo he dejado a la Argentina en el trampolín, preparada para el salto. Será, os juro, un maravilloso espectáculo.

J A C I N T O M I Q U E L A R E N A

LOS RETRATOS DE LOS REYES DE ESPAÑA

ISABEL LA CATOLICA, cuadro de autor desconocido, descubierto últimamente en la ciudad de Zamora, y que representa a Isabel I de Castilla.
Abajo:
FERNANDO EL CATOLICO CON EL PRINCIPE DON JUAN

ISABEL LA CATOLICA CON LA INFANTA DOÑA ISABEL, fragmento de la tabla hispano-flamenca procedente, al igual que la que representa a Fernando el Católico, de Santo Tomás de Avila y que se conserva en el Museo del Prado.

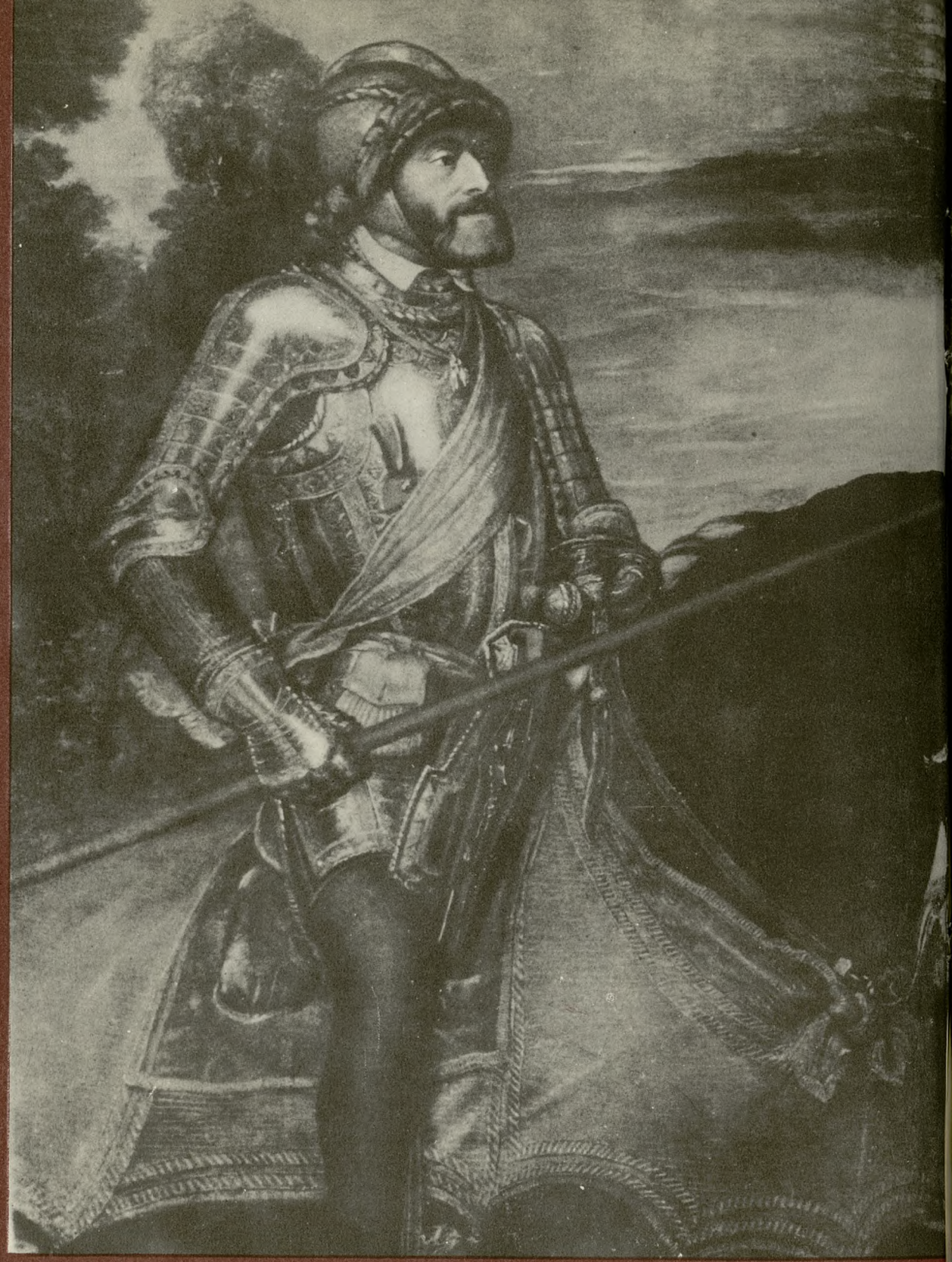
EL libro del eminente crítico y erudito Sánchez Cantón, mi querido buen amigo y compañero de Academias, obra de largo acopio y de pacientísimas investigaciones, «Retratos de Reyes», no se limita a ser una galería de retratos de todos los reyes y reinas de España como las antiguas, que no se hacían con intención de parecido sino más bien con objetivos genealógicos o históricos, puesto que en su estudio hay noticias de éstas para cada reinado, además de las abundantísimas referencias a los retratos de los monarcas, desde los reflejados en el tosco plomo de los sellos, que llegan a nosotros machacados por lo blando del metal y por el uso y antigüedad

del documento a que están adheridos; en las monedas que, a pesar de lo que dice el proverbio de que al Rey se le conoce por la moneda, unas por su rudeza y otras por la delgadez del cospel, que no admite sino escaso modelado, dan poca idea del rostro de los reyes de las primeras dinastías. En éstas, fuera de la mujer de Ataúlfo, cuyo bello perfil conocemos por raro caso, como último eco de una gran civilización pasada, de los sucesivos reyes no hay otra fuente de información que los monumentos sepulcrales; pero en éstos no tenemos en España ninguna escultura de la que pueda asegurarse sea retrato hasta fines del siglo XIV o principios del XV, y por ello y porque la monarquía asturiano-leonesa careció de moneda, queda como único recurso lo que Cantón llama «retrato literario» y que con tanta erudición y acierto rastrea en tumbos, diurnos, crónicas y documentos.

La penuria iconográfica medieval se trueca en exuberancia al trasponer el siglo XVI, tanto que la iconografía del Emperador desproporcionaría el libro — dice Cantón —, y a partir de Felipe III, la abundancia de cuadros, obras de buenos pintores, alterna con la de retratos literarios. Nada de lo que para describir a nuestros reyes y reinas se lee en las obras de Zurita, el P. Flórez y otras, hasta las de Dante y de Boccaccio, deja de recogerse en este libro.

Tienen nuestras dinastías la fortuna, de que carecieron otras, de contar entre sus retratistas pintores de la talla de Tiziano, Moro, Rubens, Velázquez, Mengs, Goya y Sorolla, por no citar sino a los muertos. Zuloaga hubiese figurado también entre ellos de no haber caído la Monarquía, puesto que preparaba un retrato de Alfonso XIII.

A los cultivadores de la historia de las Bellas Artes siempre interesa saber quién es el retratado cuando se trata de pinturas, de estatuas o de bustos literarios; pero, sin llegar a las teorías de Carlyle de que la Historia consiste en la historia de los grandes hombres, creo que la de éstos es siempre interesante para aquélla y, si son de esta categoría los que, por su nacimiento o por azares de la política, llegaron al Poder, ¿cómo no han de interesarnos los retratos de los reyes de España? Las vidas de los hombres célebres son — dice Quintana — de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse; y la presencia del hombre, su rostro, su fisonomía, es el mejor texto de cuanto acerca de él puede leerse, según Goethe.



CARLOS V EN MUHLBERG, fragmento del retrato ecuestre de Tiziano.

Punto controvertido es la semejanza de los antiguos retratos con el original. Quien retrata — según Melo —, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfección. No puede dudarse que, en épocas de expansión artística, las estatuas dejasen de ser fiel reflejo del personaje que representaban, ni que el famoso Xaid-el-Balad, que admiramos en El Cairo, como los faraones Totmés III, Ramsés II y otros, no nos den idea cabal de cómo fueron estos hombres en vida; puede admitirse que aquellos artistas los mejorasen, aunque en esto de parecidos se den casos chocantes, como el de cierto retrato de Napoleón I que había en el palacio de la emperatriz Eugenia, en Farnboroug, en el que se leía, de letra de la reina Hortensia: «parecido fantástico». El parecido del gran Emperador, a quien hemos visto idealizado en todo género de atavíos antiguos y modernos, era, no obstante, contra el irrecusable testimonio de la Reina, el de un cura italiano de aldea, rotundo y gordinflón.

Muy acertada es la opinión de Pacheco de que el retrato ha de declarar quién es el retratado, y quién el retratista; éste, sobre todo al retratar mujeres, se verá ante la contradicción señalada por un autor francés, de que «le peintre soit infidèle et que le portrait soit ressemblant»; pero desde los artistas egipcios hasta los pintores a que alude Pacheco, queda una enorme laguna. Después de la caída del Imperio Romano y hasta el fin de la Edad Media, durante los largos siglos obscuros, la iconografía no pudo brillar; pero ya en los siglos XIV o XV empezamos a contemplar obras bellísimas como la del sepulcro de Carlos el Noble, en Pamplona; el de Juan II, en Miraflores y otras. En estos bustos es interesante recordar que una exploración técnica del cadáver ha confirmado la autenticidad del retrato hecho por el artista, como ha ocurrido con Enrique IV. Estas coincidencias se dan también en las semblanzas escritas, de las que abundan felicísimas en nuestra literatura, en nuestra historia y en nuestro repertorio epistolar.

Conocido es el valor de estos retratos: los de crónica y documentos medievales tienen una fuerza descriptiva que parece estarse viendo al personaje; los de épocas muy posteriores, sobre todo los hechos por mujeres hablando de otras, suelen ser de absoluta veracidad si admiten que son bellas. Los retratados, por lo general, procuraron elegir los mejores artistas de su época; a veces juega en esta elección la suerte y otras los motivos políticos que inducen a los pintores a no querer retratar a los reyes, lo cual no es culpa de éstos. De entre ellos el más afortunado es Felipe IV, que vivió en tiempo de grandes artistas y pudo hacerse retratar por ellos.

cómo no se llevó a efecto no sé por qué, quedando sólo el busto legado por Ramón de Errazu al Museo del Prado.

Entre los retratos de Alfonso XIII, bien conocidos, hay uno de sus primeros años, ecuestre, de tipo velazqueño, pintado por Ramón Casas, que creo haber visto últimamente en Barcelona. El Rey, dinámico, activo y poco paciente, nunca fué buen modelo ni podía serlo; las sesiones para él tenían que resultar siempre largas, por mucho que quisiese abreviarlas el pintor; pero, ¿no habrá ocurrido lo propio con otros soberanos en las mismas circunstancias? A pesar de ello se dejó retratar mucho. Yo fuí instigador del proyectado retrato de Zuloaga, que se comenzó en Zumaya. Ni salió bien ni hubo tiempo de repetirlo, y el famoso pintor, mi tan buen amigo, me decía, siempre que de esto se hablaba, que cualquier notario echa un borrón. Declaraba su idea de poner la bandera española desplegada en el retrato a que alude Cantón entre sus observaciones al maestro sobre los escollos cromáticos de su proyecto audaz. Años antes, asistí muchas veces en La Granja a las sesiones en que Sorolla retrataba al aire libre, con uniforme de húsar, al Rey. Si éste no tuvo gran sensibilidad artística, protegió a las artes cuanto pudo, y en los principios del patronato del Museo del Prado, siempre difíciles, como los de toda Institución que comienza, nos prestó gran ayuda, llegando un día, a ruego mío, a visitar los encamonados, para darse cuenta del riesgo que

FELIPE II, fragmento del cuadro de Tiziano.

LA EMPERATRIZ ISABEL, por Tiziano.

En cuanto a la discutida personalidad de Felipe II, ¡cuán interesante lo que se lee en el libro de Cantón y qué efecto causaría en la ya no joven y nada bella María Tudor el espléndido retrato de su futuro, obra magistral de Tiziano! Del Rey se sabe que, al enfrentarse con aquella real y añosa fealdad, supo estar «muy galán» en las primeras entrevistas. Suerte nuestra ha sido que, por la revolución inglesa, tan nefasta como todas para el patrimonio artístico de las naciones, este retrato y el de Carlos V hayan vuelto a España.

Siglos después tuve la fortuna de traer dos interesantes retratos: uno del Emperador, copia del original perdido, así como otro del Gran Duque de Alba, que también traje, y uno de Felipe IV, original; todos, a mi juicio, pintados en Madrid.

Con la muerte de Carlos II cierra la Casa de Austria su ciclo español — dice Cantón — también para nuestra pintura. El gusto de aquellos reyes por los buenos cuadros, su interés por que los retratasen los mejores artistas, favorecieron el desarrollo pictórico; el enlace entre nuestra Monarquía histórica y nuestro arte queda de manifiesto una vez más; pero al llegar a Carlos IV se echará de menos el entretejido de noticias de la familia reinante, por los amargos sucesos de la época, mientras surge del apagado hogar de la gran escuela española, aislada y repentina, la viva llamarada del genio de Goya.

De la época contemporánea en que podemos dar fe de lo visto y oído, recuerdo lo mucho que se habló del retrato de la Reina Cristina que había de hacer Raimundo de Madrazo, de cómo se intentó y de

DOÑA ANA DE AUSTRIA, CUARTA ESPOSA DE FELIPE II, por Sánchez Coello.

FELIPE IV, por Velázquez.

FELIPE V, por Hiacinthe Rigaud.

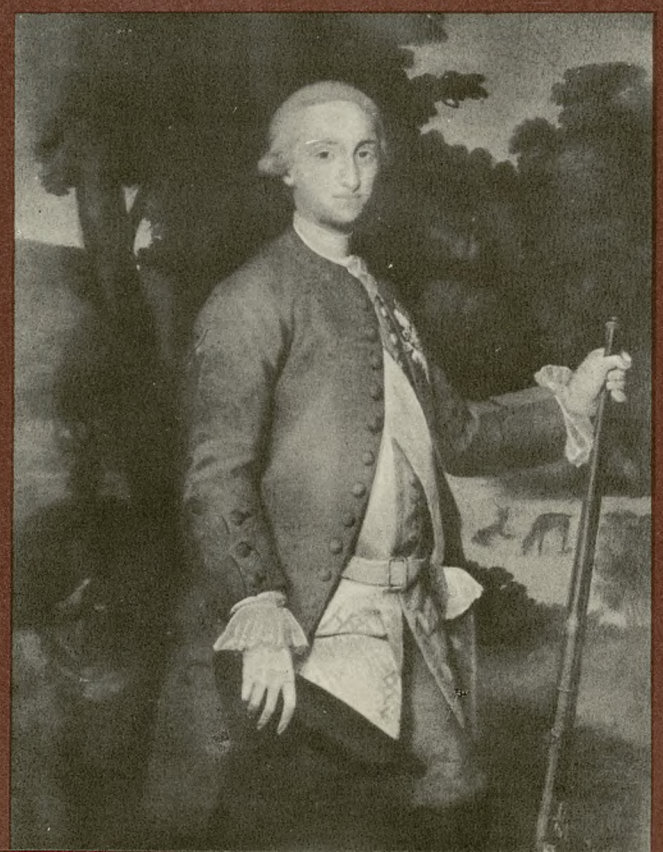
Arriba: FERNANDO, PRINCIPE DE ASTURIAS, DESPUES FERNANDO VI, por Jean Ranc. Abajo: DOÑA MARIA AMALIA DE SAJONIA, ESPOSA DE CARLOS III, REY DE LAS DOS SICILIAS, por Louis Silvestre.

aquello representaba para los cuadros. El interés del Rey ayudó mucho a conseguir los créditos indispensables en tiempos de Parlamento y de leyes de contabilidad, que tanto dificultaban cualquier determinación rápida. Este Museo, que en su esencia es una colección real, cuyos retratos son objeto de este libro, ha sido la donación artística más formidable que se recuerda, hecha con harto perjuicio del peculio particular de la Reina Isabel II, a quien se adjudicó su valor — casi treinta y nueve millones de reales — en las operaciones testamentarias.

Gracias a la magia del óleo y los pinceles, los reyes españoles continúan viviendo su milagro estético de inmortalidad plástica. Sus nombres dinásticos van asociados a firmas gloriosas de la gran pintura europea. El arte y la historia se enlazan y se funden, en continuo entrecruce, por los brillantes y suaves caminos de la ilustre pinacoteca, que se reflejan en las verdes acacias del señorial salón del Prado madrileño.

EL DUQUE DE ALBA

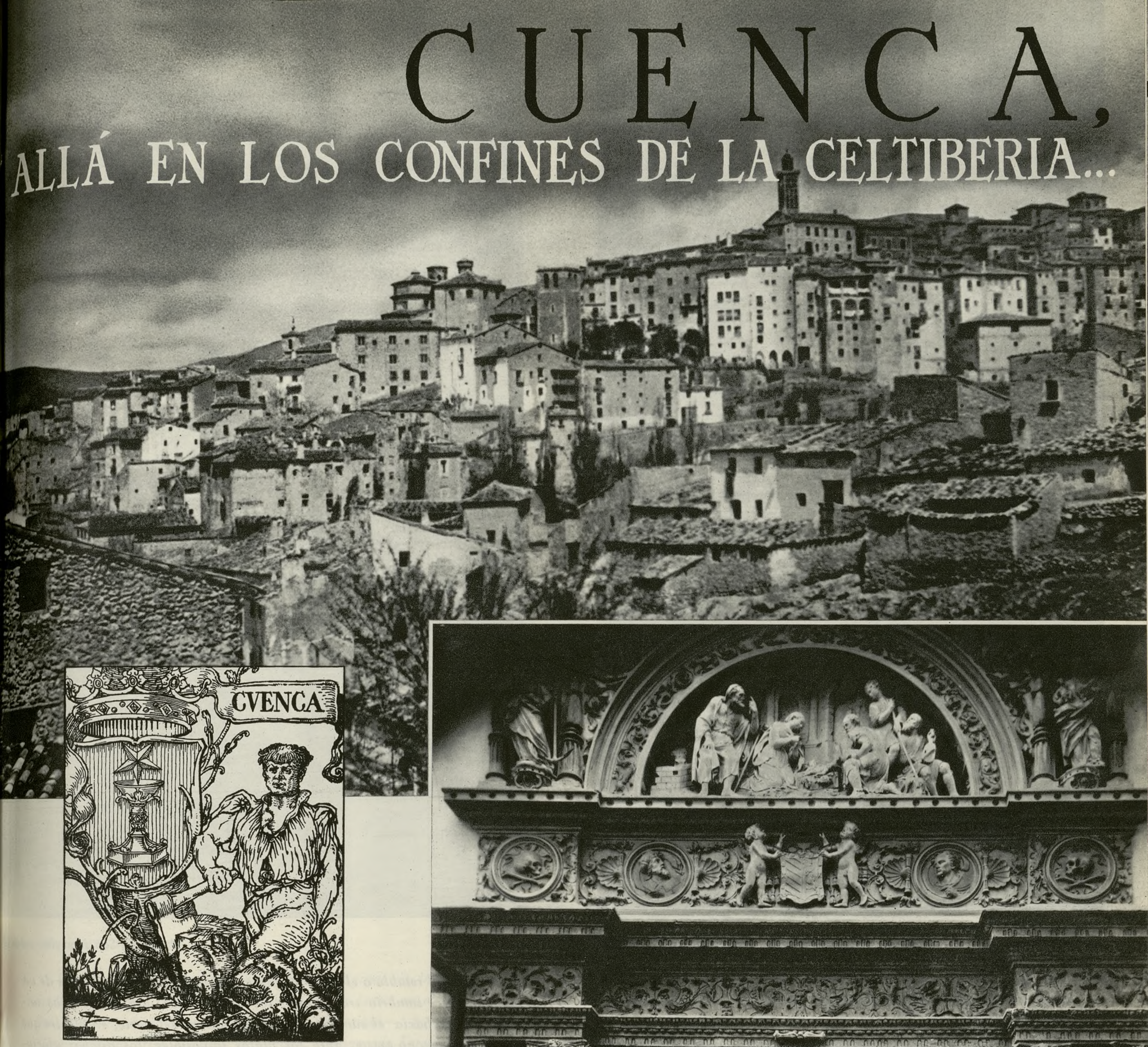
Arriba: CARLOS III A LOS OCHO AÑOS, por Jean Ranc. Abajo: DOÑA MARIA CRISTINA DE HABSBURGO, REINA REGENTE DE ESPAÑA, por Raimundo Madrazo.



CARLOS IV, PRINCIPE DE ASTURIAS por Antón Rafael Mengs.

CUENCA,

ALLÁ EN LOS CONFINES DE LA CELTIBERIA...

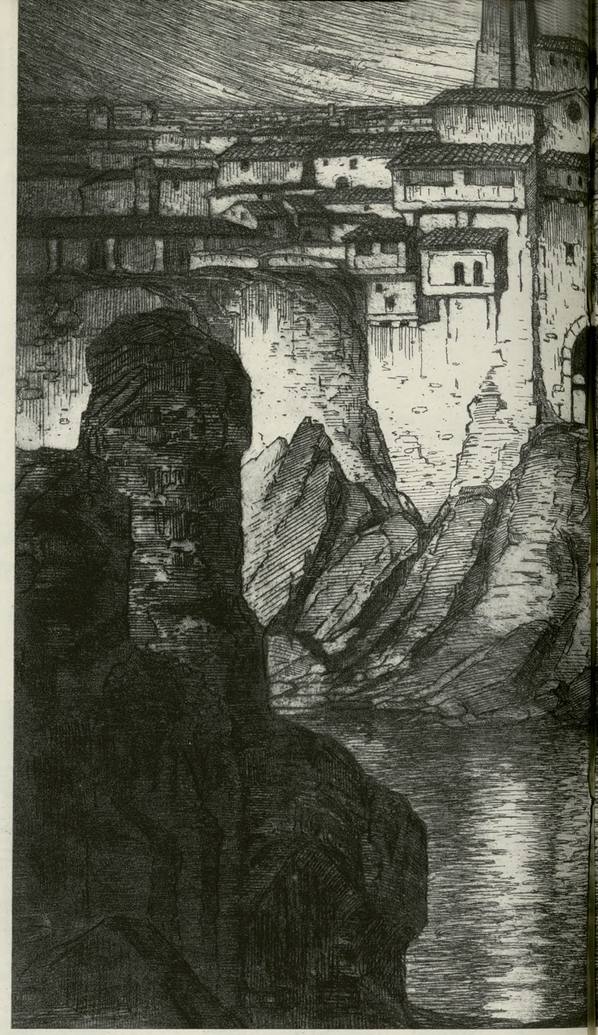


Arriba: El escudo de Cuenca de España y una panorámica de la parte alta de la vieja ciudad castellana que corona la famosa torre Mangana.—A la derecha: Una magnífica entrada de la iglesia de Santo Domingo.

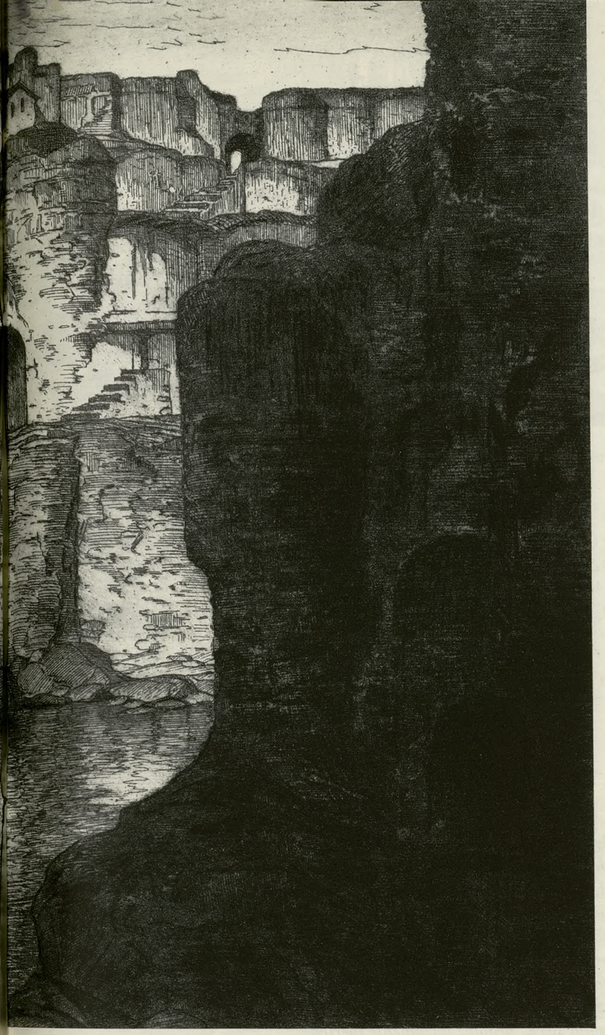
NO nos sirven los detalles exactos para decir cómo es Cuenca. Y hacemos esfuerzos por rehuir la expresión metafórica porque la ciudad está ahí, rotunda, con firmeza enraizada en los adentros misteriosos de estas tierras altas de Castilla que a veces abren los ojos descorriendo un párpado de suelo para la mirada de un agua honda cautiva en la sombra desde milenios. Las gentes de por acá, llaman torcas *—nombre de recio sabor celtibérico— al prodigio de este geológico mirar. Pero no suelen sorprenderse por que la sorpresa no se acostumbra entre ellas.*

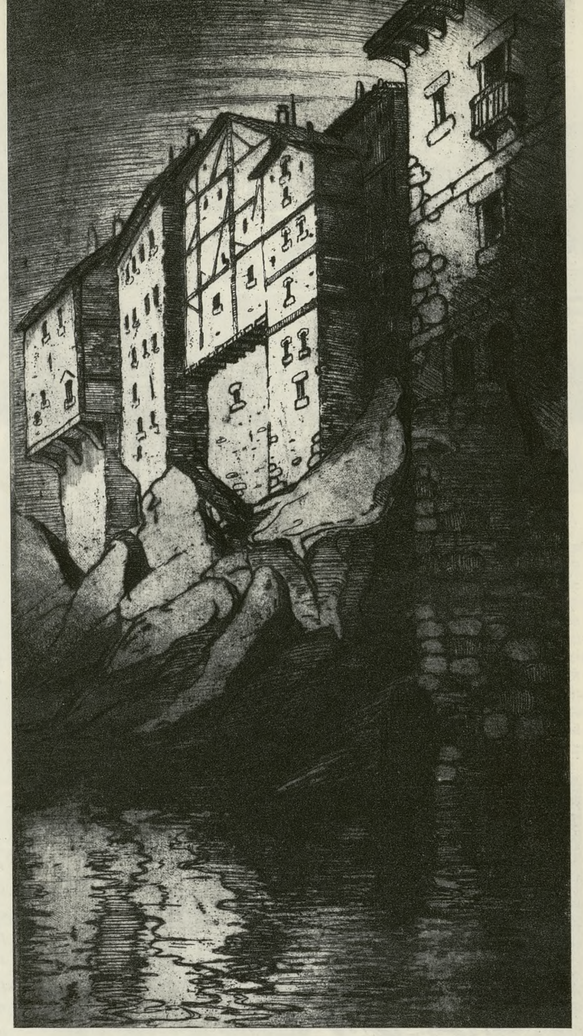
Quería decir que la dificultad descriptiva recurre al escape metafórico que, deliberadamente, no queremos utilizar. Describir las cosas de manera directa, sin trasposiciones, cuando como en la presente ocasión estas

La iglesia de San Pedro vista desde los cerros del Socorro.—Aguafuerte de Castro Gil.



El arco de San Juan visto desde el Júcar.—Aguafuerte de Castro Gil.





Viejas casas sobre las aguas del Júcar.—Aguafuerte de Castro Gil.

cosas se ofrecen sencillas y heroicas, nos parece una exigencia de su propia condición. Por todo ello, hace algunos años esperamos con impaciencia las páginas de don Miguel de Unamuno dedicadas a Cuenca. Don Miguel había paseado sus callejas y metídose en las entrañas de Cuenca hasta sentir el frío de muerte de la Capilla de Caballeros en la Catedral —la Capilla de los Albornoz— a cuya puerta la Descarnada proclama su triunfo «hasta de los guerreros victoriosos» tendidos entre las sombras espesas del recinto con su inútil punta en blanco en alabastro. También subió hasta coronar los airosos mogotes que festonean las hoces del Huécar y el Júcar para mirar a sus pies las rapaces de bronce altivo girando silenciosas sobre la maravilla de la ciudad copiada en el espacio imposible del reflejo, en esa luz que las aguas retienen, que se queda retrasada, como abrevando cuando ya la tarde se ha ido. Don Miguel vivió las horas de su estancia en Cuenca aún más metido en sí que de ordinario, sorprendido de la pervivencia de un espíritu que ni el olvido, ni el desdén, ni la piqueta, habían logrado desterrar. Y si entre las sombras de iglesias y casonas, luces, reflejos o roces le traían con una mirada en el cuadro recóndito, con un brillo en el regio estofado dormido, con el frío hondo de una forma o el rumor profundo de abejar sombrío en el retablo o el sillar la presencia de un mundo de detrás de un agazapado y sombrío trasmundo, sobre las cimas, atalayando las anchas tierras hacia el sur o el anfiteatro roquero del norte, en el aire que de tan limpio no existe, ante los platas imposibles, los nimbos gloriosos y los clarinazos de luz entre nubes desgarradas para la apoteosis, Dios estaba más cerca. Dios estaba más cerca, si, triunfante la esperanza del frío sutil de la claustra y aun de la representacion plástica de la estrofa manriqueña —aquel Don Jorge que en tierras de Cuenca se citó con la Muerte— en la fusión de las aguas del Júcar y el Huécar a los pies mismos de los muros de Cuenca para seguir juntos haciendo camino hacia la mar del morir.

Yo esperaba ansioso las páginas del maestro porque en él la expresión discurriría por el cauce honrado, sencillo y hondo que Cuenca pide para ser entendida, más aún, para no ser traicionada. El recio castellano de Unamuno serviría a la grandiosidad de los paisajes y la vida conquenses sin temor a la evasión que la originalidad topográfica facilita. Que las casas, yedra urbana de las rocas modeladas humanamente por las aguas; los chopos delgados, guardas nobles dignos de Cuenca, tan esbeltos que el viento en vano se esfuerza por rendir su galanía al soplar colérico contra el filo verde que el árbol inscribe en el aire; las aguas, completando en su limpio reflejo el milagro de la Ciudad engarzada en puro espacio, espolean la imaginación adelantándola por los caminos sensuales de la metáfora.

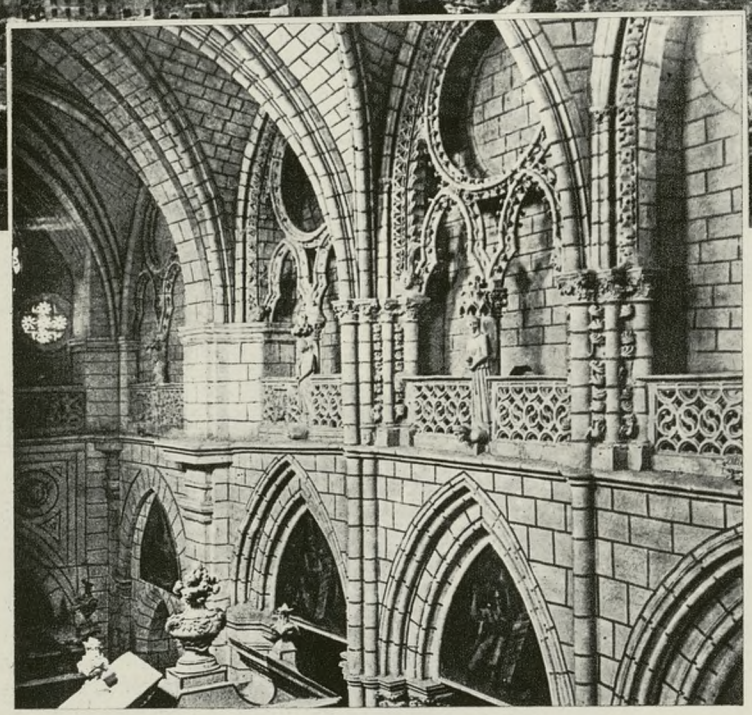
Unamuno vió a Cuenca y la diseñó en páginas de indispensable recordación. Para ello le fué preciso una rumia lenta en el sosiego de su Salamanca: «Aquí en esta Salamanca —escribió—, acostada vera del Tormes que la brisa bajando de Gredos, espinazo de España, aquí, a digerir, a cocer sensaciones de Cuenca, encrespada entre las hoces de sus dos ríos...». La vió «paisaje natural —terreno y caserío—», de modo certero y sobrio, «castillo interior de las entrañas de la tierra madre, aún más que Avila de Santa Teresa». Y no creo, por mucha que sea la agudeza de los que en lo sucesivo describan a Cuenca, pueda ninguno sustraerse de estas coordenadas encontradas por el genio de don Miguel.

Conviene más a la naturaleza de la ciudad que al fenómeno geológico próximo a ella, el nombre de «Ciudad Encantada» dado a este último. Si entre las piedras erosionadas por las aguas y los vientos hasta las fantasías más romas adivinan calles y figuras modeladas en las rocas calizas, la insensible fusión en Cuenca de piedra y muro, la continuación fiel de la traza rocosa en los volúmenes de los edificios y hasta la distribución irregular de huecos en las fachadas como obedeciendo al capricho de las aguas naturales, hacen pensar en la fundación legendaria de la ciudad por el mismísimo Hércules, nuevo y apenas conocido trabajo que merece su inclusión en el índice de las míticas hazañas. Imperdonablemente Don Enrique de Aragón, Marqués de Villena, famoso escritor y hombre de ciencia tachado de nigromante en su siglo, gran señor feudal en suelo conquense, olvidó también en su poema «Los trabajos de Hércules», éste de la erección de la ciudad, sin duda el más bello y perdurable de todos. «Ciudad Encantada», Cuenca misma, paradójicamente la de mejores cimientos aunque sorprendida a medio vuelo, ofrecida a los cielos por extrañas representaciones ciclópeas inmovilizadas en un instante mismo de su empresa, quizá castigadas en el momento decisivo de su rebelión y ya con el fuego celeste en las manos. Que Cuenca se decora con un friso de singular teogonía donde el delirio y la serenidad clásica alternan extrañamente unidos.

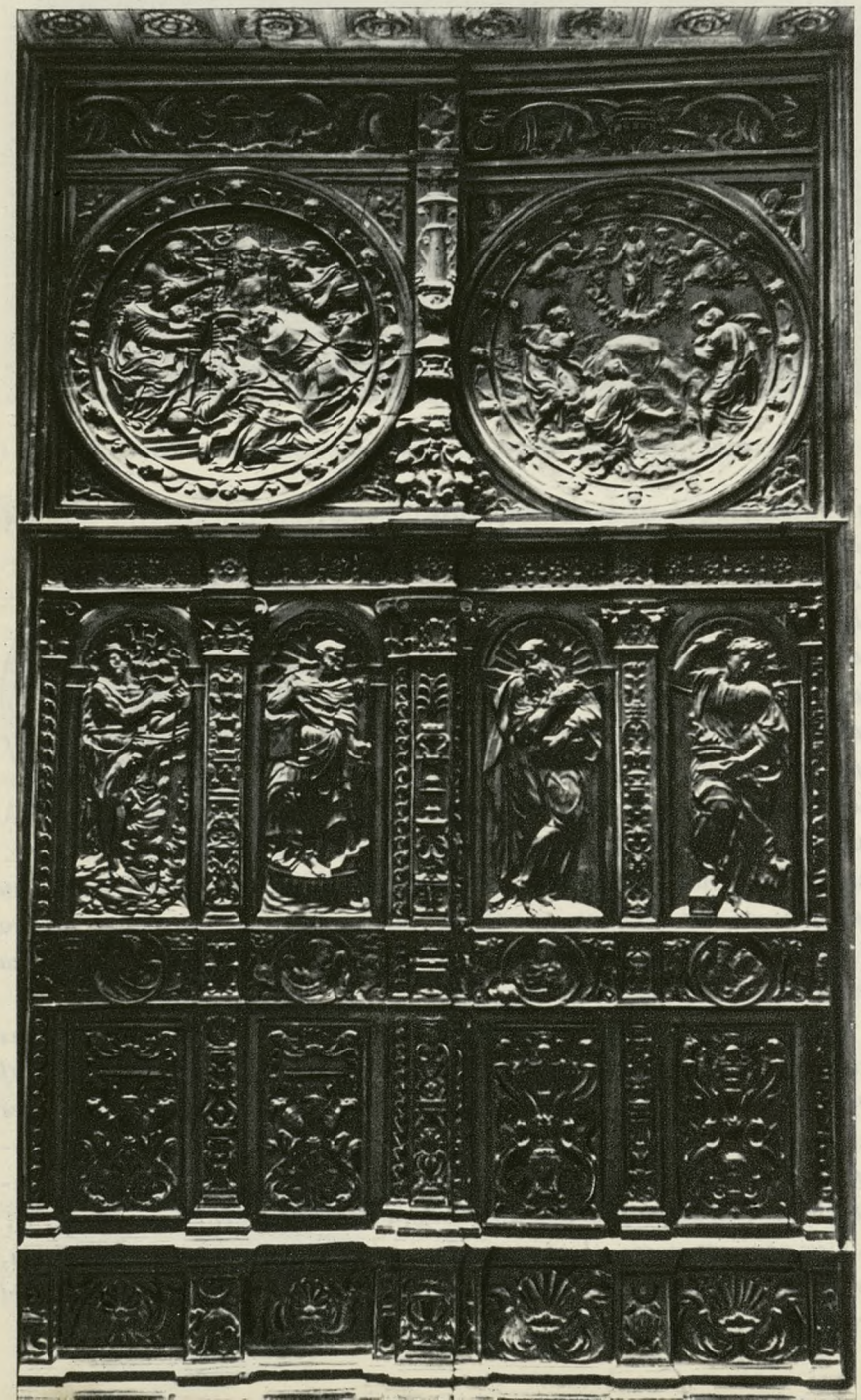
La solidaridad que hace paisaje natural *las creaciones humanas fundidas con la tierra entrañable y desentrañada, liga también al hombre y con tal fuerza que el conquense sobre suelo de Cuenca es un elemento más en la unidad total, un estrato que si la muerte disgrega con su asperón, se renueva no obstante en el tiempo con imperturbable hieratismo sumiso a los mandatos del origen.*

Y si paciente como el agua urde o cincela, como la roca también, de vez en vez, se desgaja torrencial y magnífico para volver pasado el estrago a su reposo de siglos.

Arriba, a la izquierda: Panorámica de Cuenca desde el cerro de San Cristóbal.—A la derecha: Hoz del río Huécar.



Arriba: Triforio de la Catedral.—Abajo: Preciosa puerta tallada de la iglesia de Santo Domingo.



Lejos de su tierra, desarraigado, el hombre de Cuenca es una fuerza impetuosa capaz de instaurar de nuevo la Iglesia de Cristo en Roma, como lo hiciera Gil de Albornoz, debelar el misterio de las tierras vírgenes de América con Alonso de Ojeda o sembrar a manos llenas el mejor trigo de la raza con los Hurtado de Mendoza.

Y en los ámbitos ilimitados del espíritu, la aventura del hombre de Cuenca se llama Fray Luis de León, Melchor Cano, Fray Ambrosio de Montesinos, Alfonso y Juan de Valdés, Luis de Molina, Hervás y Panduro...

* * *

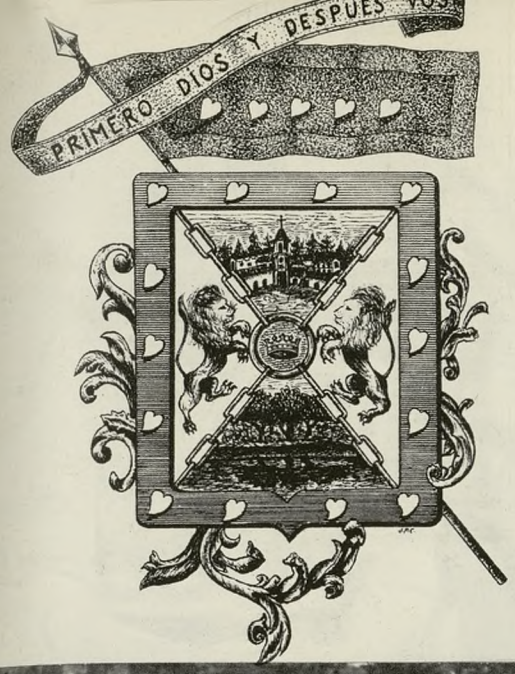
Dos siglos largos de lamentable olvido arruinaron la que fué en tiempo poderosa ciudad. Las guerras civiles y la invasión napoleónica hicieron a Cuenca víctima de repetidos expolios. La revolución roja consumó la cobardía. Otra ciudad cualquiera, sometida a tan reiterada labor destructora —complementada por la incomprensión de innumerables concejos— hubiese desaparecido, perdido su carácter, diluído en el gris de tantos pueblos españoles. Pero Cuenca subsiste precisamente por el valor que Unamuno destacó. «Paisaje natural», hace monumento de su propia ruina y transmuta la profanación confiriéndole en el tiempo una fisonomía suya, propia, reciamente ibérica.

Desde el año 1939, Cuenca avanza en el camino de su recuperación. La guerra civil que tantos daños le infligiera, popularizó, no obstante, sus valores olvidados y sus posibilidades. Porque en los últimos cien años, incomprensiblemente, Cuenca permaneció aislada, como encerrada en un paréntesis, al margen del discurso de las demás provincias españolas. En los tres años interminables de la revolución fué mesa de miles y miles de desplazados y despensa de pueblos limítrofes con su hidalga generosidad. Su población ha aumentado notablemente y una sistemática y racional explotación de sus riquezas minera y forestal —de las más importantes de Europa— le incorpora al ritmo progresivo de los pueblos más inquietos de la Península.

Para el viajero hispanoamericano, Cuenca debiera ser obligado lugar de peregrinación. Dolorosamente no sucede así.

En su catedral, desde siglos, siguen esperando entre banderas arrebatadas al infiel y gallardetes ganados a los corsarios ingleses en aguas americanas los restos de dos virreyes, Don Andrés y Don García Hurtado de Mendoza, que dejaron en el nuevo continente fecundos viveros de raza, huellas imperecederas de sus elevados conceptos porque ellos fueron a las tierras recién amanecidas para la civilización a cumplir el mandato generoso de un Imperio crecido a la sombra de la Cruz.

FEDERICO MUELAS
CRONISTA DE CUENCA



CUENCA

CASTILLA DEL OTRO MUNDO

Arriba: Escudo de la ciudad de Cuenca, del Ecuador y vista aérea de la misma ciudad. En el centro de la fotografía puede verse la nueva Catedral en construcción.

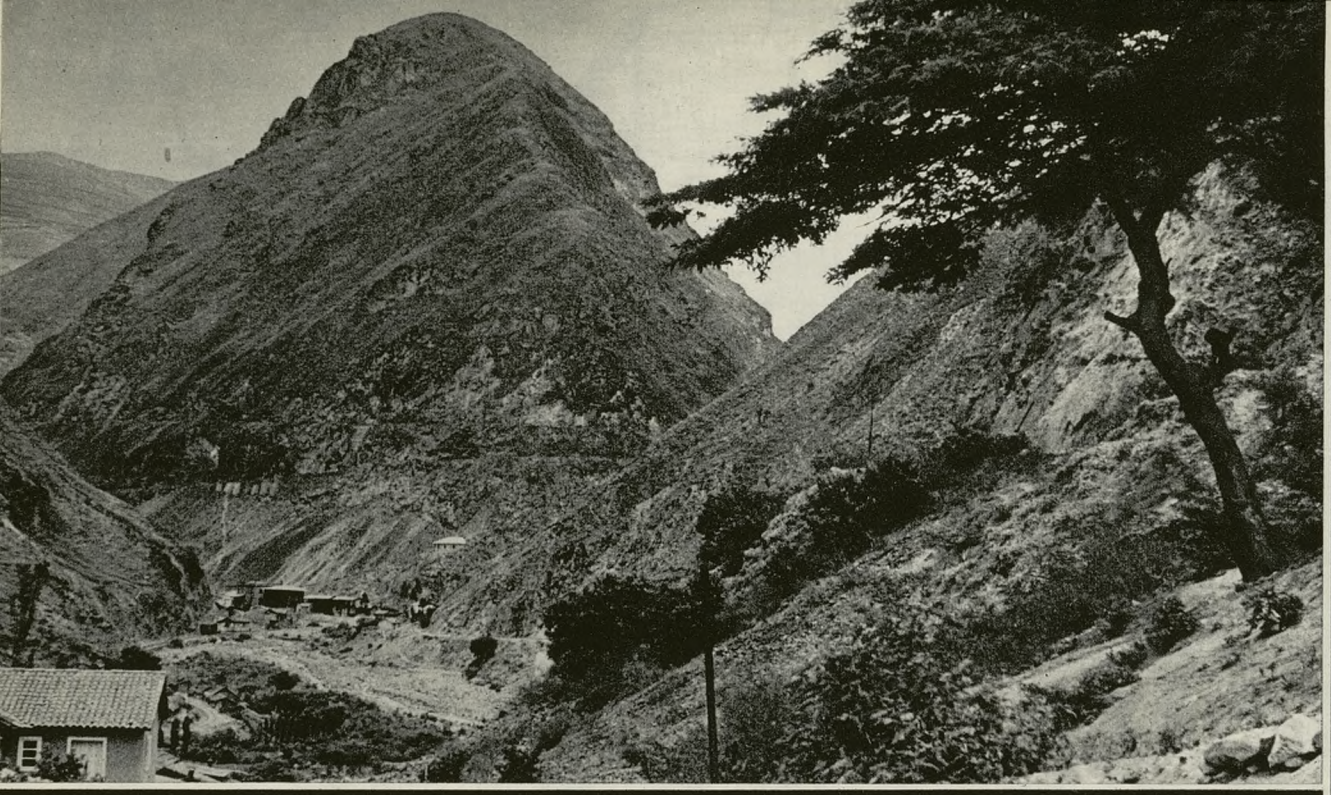
El Chimborazo coronado de blancas nieves.

El tren sale de Quito a la del alba, rumbo al sur, por la avenida de los volcanes. En la gloriosa luz de la mañana, sobre el paisaje verde de los valles, desfilan a derecha y a izquierda los altos picos nevados o sin nevar. Hemos salido de entre los plieges del Pichincha y dejamos atrás el suntuoso espectáculo del Cayambe —alta mesa de hielo—, y el del barco de nieve del Antisana, seguido por las crestas del Sincholagua, el Pasochoa y el Rumiñahui, cabezas jóvenes que aún desdeñan las canas. A la derecha pasa el Atacazo, veteado de azufre, y se yergue desnudo el Corazón, cuyo vértice hoy tiene hebras de plata, He aquí de pronto a la izquierda, el gran cono nevado del Cotopaxi —perfecto Fujiyama de los Andes—, y un poco más allá, del otro lado, los nevados gemelos Illiniza. El tren cruza los páramos ateridos, la ciudad de piedra pómez de Latacunga y el oasis de Ambato entre colinas de polvo. Jadea por las estepas de Urbina, frente a la mole blanca del Chimborazo, que parece la testa marmórea de un emperador. El Carihuairazo es un escudero que le guarda la espalda y el Tunguragua los mira de lejos, fosco y agrio, con un mechón de nieve sobre sus entrañas de fuego. Pasa un tropel de indios impasibles, arreando a unas llamas enigmáticas, con cuellos de góndolas vivientes. Hemos llegado a Riobamba en pleno mediodía, bajo el cénit del sol ecuatorial.

En medio del piélago petrificado de las cordilleras y el mar ensimismado de los indios más ausentes que en parte alguna junto a las nieves del "tata" Chimborazo, Riobamba es una isla de humanidad y de castellanía. Ya no es la nobiliaria ciudad de San Felipe, arrasada por los terremotos con todos sus palacios y sus templos, pero aún luce en su catedral algunas de sus piedras bien labradas y todavía deambulan por sus calles las viejas estirpes ceremoniosas de los Dávalos y los Avilés. En el ocaso contemplamos desde sus terrazas un espectáculo de ensueño: el Chimborazo de color de rosa y el incendio de las nieves del Altar, esa gran era andina, con dos cuernos de roca, que es el trono del Dios del Sinaí.

Descansar en Riobamba es excusado. en ese "Hotel de irás y no dormirás", donde las locomotoras de la estación parece que relinchan por las alcobas de los huéspedes. Así no perderemos el tren de la otra madrugada, el que nos transporta por Cajabamba y la laguna de Colta, siempre admirando al padre Chimborazo, hasta las dunas frígidas de Palmira, a casi cuatro mil metros de altura, y nos hunde después en el cañón del río Chimbo para montarnos en la mismísima "Nariz del Diablo". Al pie de esta verruga de la cordillera, por la que el ferrocarril trepa en esguinces, retrocediendo tres veces, el empalme de Sibambe es realmente un apeadero endiablado, del que arranca en la tarde un triste autocarril que se pierde muy pronto en las soledades y en las nubes. Vamos casi resbalando por las fenomenales laderas de Chunchi, en un aire de encima de este mundo, y nos sobrecogen la lluvia y la neblina en los páramos estratosféricos de Tipococha. Descarrilamos una vez, pero otra nos detenemos a tiempo ante una piedra. En la cerrada oscuridad casi astronómica, el autocarril es un pequeño mundo humano que debe cruzar como un bólido encendido ante los indios absortos en la tiniebla de sus cabañas.

Transidos del misterio de los Andes, llegamos a una estación de luces turbias, donde nos reciben caballerosamente unas claras voces castellanas. Esta es Azogues, vieja tierra minera, y detrás de ella perforamos la noche con una procesión de faros de automóvil. Hemos llegado a otra ciudad dormida, de anchas calles silentes, y hemos oído desde nuestro lecho los broncos sones del reloj de una catedral. A la madrugada, día de sábado, ha pasado ante nuestro balcón y se ha ido amortiguando poco a poco el canto de un rosario de la aurora. Se arrastraban los pasos de gentes numerosas, que alternaban con dejos musicales exóticos las cadencias de las avemarías. Nuestro sueño era un duerme-



La «Nariz del Diablo» cerca de la Cuenca ecuatoriana.

Chola cuencana tejiendo sombreros de paja toquilla.

Arriba: Niños («guaguas»), ataviados para un «paso de niño».—Abajo: Procesión en Gualaceo de Cuenca.

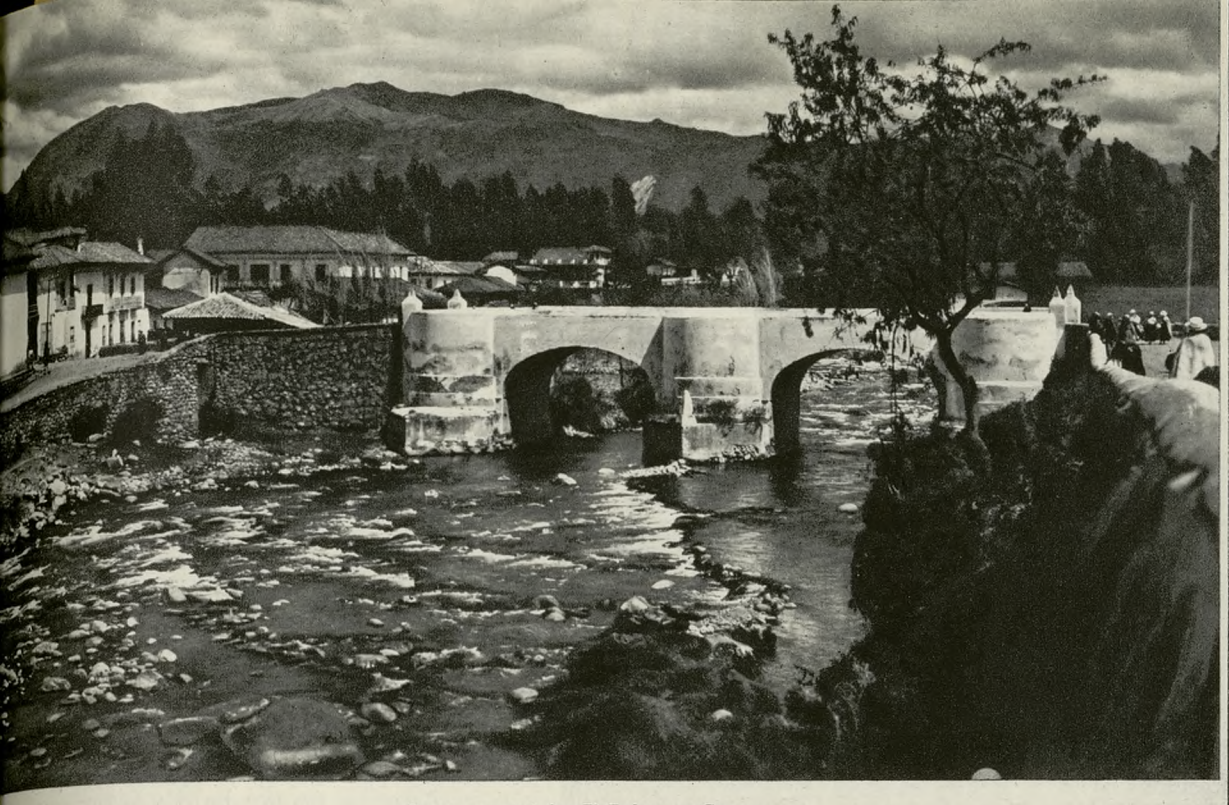
vela de trasmundo, con volcanes nevados, indios taciturnos, llamas como esfinges y cirios en procesión. Nos sentíamos en un mundo distinto, no de allende los mares sino de encima de las nubes. Y al despertar nos vimos en Castilla.

NUESTRA "MONTAÑA" EN LOS ANDES

Alta Castilla de por las fuentes del Ebro, con nubosas montañas y ríos cristalinos; con praderas de pastos y filas de eucaliptus. Estábamos en Cuenca, la de América, no empinada sobre rocas como la Cuenca de España, la de las hondas hoces del Júcar y del Huécar, sino tendida sobre un llano verde —Guapdondélig "llanura como el cielo"—, con tres ríos de sauces a los pies, entre maizales pingües y copudos capulíes. (El capulí es la guinda de los Andes, eufónico rubí vegetal para los madrigales y las églogas.) Estábamos en la ciudad de Santa Ana de los Ríos, llamada de Cuenca porque al virrey Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se le encendían en Lima las nostalgias de su Cuenca natal.

Y era verdad que nos sentíamos en Castilla. Nos rodeaban gentes de prócer estatura y rostros rubicundos, que hablaban castellano con el tonillo cantarín de Santander; buenos apellidos: Dávila Ordóñez, Crespo, Toral, Arízaga, Romero, Valdivieso, Tamariz, con los cuales se entremezclaron los Cepedas que fue-

Convento de la Concepción.



Puente español de «El Fado», en Cuenca.

ron hermanos de Santa Teresa de Jesús; gentes a un tiempo mismo señoriles y patriarcales, como los hidalgos de la "tierruca" de Pereda; blancas familias prolíficas y robustas como nuestras estirpes de Cantabria. El pueblo mestizo que bullía en el mercado tenía muy buen color, de salud y de sangre, y abundaban entre él los niños rubios. Con sus refajos multicolores de "bayeta de Castilla" y sus mantos o "macanas" de largos flecos almidonados, lucían las cholas cuencanas sus lindos rostros, casi de mozas de Lagartera o de Medina, bajo el insólito tocado de sus sombreros de paja toquilla, orlados a veces de rayos rubios por los ribetes aún sin terminar.

Erase el día de Reyes y estaba el pueblo en las calles, en pintorescos "pasos de Niño" que acompañaban a las imágenes del Infante Divino entre banderolas y hojas de rosa, con criaturitas vestidas de capitanes castellanos y de jíbaros de la selva del Amazonas. En la iglesia de Santo Domingo, ornada con quince estupendos lienzos barrocos de los misterios del Rosario, voces infantiles cantaban agudamente en el coro los villancicos que allí llaman "tonos de Niño", entre un gran estrépito de campanillas y de fingidos gorgeos de pájaros:

Perdona, Niñito,
si un beso te dí
porque tu boquita
—boquita, Niñito -,
creí un capulí...

"PRIMERO DIOS Y DESPUES VOS'

Es que nos hallábamos en medio del pueblo más tradicionalmente castellano y católico de los Andes del Ecuador, fruto del largo asentamiento de los conquistadores de España y de su buena inteligencia con los "cañaris" indígenas; inteligencia de guerra con los varones de bronce, sin cuya ayuda no hubiera sido posible la derrota de los caciques de Atahualpa, e inteligencia de amor con sus hermosas mujeres. Estábamos en la ciudad española que pobló en 1557 el bravo andaluz de Baeza D. Gil Ramírez de Dávalos, capitán ya maduro y aún fecundo, y a la que el virrey Cañete dió sus propios blasones de cadenas y hojas de álamo y su misma corona de marqués, bajo un mote heráldico derivado de aquel de "Dios e Vos "de su abuelo D. Iñigo, el de las "serranillas".

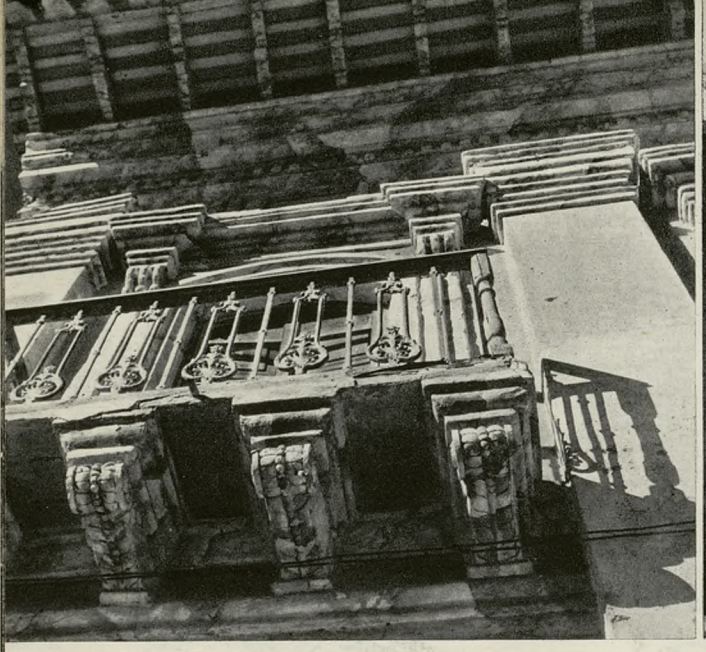
"Primero Dios y después Vos" es la leyenda del escudo de Cuenca, sabrosa frase ambigua de religión y de cortesanía, porque tanto se aplica a Nuestra Señora del cielo como a las damas de los pensamientos varoniles. Mote valiente y de sentido cierto, que se refleja lo mismo en la estricta ortodoxia de los cuencanos que en la galanura de su tradicional inspiración poética, fruto de su clara sangre y de su privilegiado solar. "Primero Dios y después Vos" parece un lema de cristianos viejos, bien avenidos con su fe y con el esplendor de su conquista, arraigados en Castilla y desenvueltos en Andalucía, pletóricos de empuje en la Andalucía Mayor de las Indias.

Tiene por eso esta Cuenca, junto a la solera castellana, un acento andaluz inconfundible, enjalbegado de cal y ornamentado de espejos barrocos. Su anchuroso cogollo virreinal luce una catedralita blanca, con un órgano de parroquia de Carmona; un Cabildo campesino, como un caserón de cortijo; un conventico del Carmen, con una puerta de columnas báquicas y curvas de granadas y racimos; y otro convento de monjas de la Pura y Limpia Concepción, con la espada-

Fachada del convento del Carmen.

Pórtico del mismo convento.

Arriba: La antigua Catedral de la ciudad ecuatoriana.—Abajo: Fachada del convento de la Concepción.



Típico balcón de una antigua casa de Cuenca

Porche de una vieja vivienda cuencana

Detalle de la puerta del Carmen.

ña de doce ojos más hermosa que España echó a volar en las Américas. Las casas de esta Cuenca tienen por eso, tras sus dinteles de pétreos follajes típicos y sus balconcillos saledizos, patios encantados con guacamayos y con flores. Por eso tiene esta Cuenca un puente blanco que lo llaman del Vado y un anchuroso Ejido verde que contemplará su ensanche, entre las linfas y los guijarros del Tomebamba, el Tarqui y el Yanuncay.

LA "FABRICA" DE UNA CATEDRAL

A una ciudad así, de cierta estirpe, cuya sangre es la garantía de su fidelidad y su progreso, le estaba reservada una alta empresa, águila real de los nidos de antaño, inverosímil en estos tiempos de prosa comercial y en aquel rincón casi innacesible de los Andes. A finales del siglo XIX, cuando caía sobre el Ecuador la ola del laicismo liberal, los cuencanos decidieron construir en su plaza mayor una catedral de ciento seis metros de largo por cuarenta de ancho, con dos torres y tres cúpulas de setenta u ochenta metros de altura. León se apellidaba el obispo que emprendió semejante tarea y en verdad que era empresa de leones, propia de los herederos de aquellos canónigos de Sevilla que resolvieron levantar una catedral tan grande "que los que la vieren nos tuvieren por locos".

Ahí está en pie la catedral de Cuenca, con su ábside completo y sus bóvedas a punto de cerrarse, con sus labores de tierno mármol indígena sobre el buen ladrillo de su mole rotunda, un tanto híbrida en su estilo entre románico y bizantino, proyecto de un religioso alemán que se inspiró flagrantemente en el "Sacre Coeur" de Montmartre. El canónigo que la dirige, con fervores de creyente y de enamorado, responde a los castellanos nombres de Palacios y de Bravo, y el maestro de obras que se afana por los altos andamiajes, para hacer honor a la raza que engendró a los alarifes y escultores de Quito, es un indio llamado Luis Antonio Chicaisha.

Aquel canónico quijotesco, firmísimo baluarte de hispanidad en su tierra, nos invitó una mañana a visitar la "fábrica". Así nada más, la "fábrica", como en Cuenca se denomina castizamente la obra gloriosa de su catedral. Recorrimos con él la enorme cripta, verdadera catacumba en la que duermen los muchos hijos ilustres de Cuenca en el último siglo, y ascendimos despues, por amplios caracoles, a los potentes arcos de la fábrica insigne. Arcos de triunfo para el obispo León, de perpetua memoria, y para el obispo Heredia, que rige hace veinticinco años la sede cuencana; para el canónigo y para el indio constructores y para todos los cuencanos, religiosos y seglares, con cuyo amor y cuyo sacrificio se está alzando la mayor de las catedrales de la América del Sur.

«Macana» o paño de las cholas de Gualaceo, cerca de la Cuenca ecuatoriana, con el escudo de España del reinado de Fernando VII.

Y LA CASTILLA DEL AMAZONAS

Nuestro entrañable descubrimiento de la Castilla del otro mundo tenía que redondearse con un hallazgo de maravilla. Detrás de esta Castilla de los Andes hay otra Castilla de la selva, hacia el Amazonas, la frustrada Castilla de las Especias, de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, y la Castilla de los mineros y de los misioneros, decapitada por la insurrección de los jíbaros y la expulsión de los jesuítas. Desbordáronse los castellanos de Cuenca y de Loja —la otra ciudad de los Andes, cuyo escudo representa a un escuadrón de caballeros saliendo de un castillo embanderado—, y por los arduos cauces de los ríos se precipitaron desde el promontorio de la cordillera al verde mar inmóvil de las selvas. Fundaron en el oriente ecuatorial las ciudades de Zamora, Logroño, Avila y Valladolid..., quimérica Castilla de las minas de oro, donde hoy la selva ha vuelto a germinar sobre la sangre y el trabajo inútiles.

Aunque no tan baldía la empresa de Castilla. Quien esto escribe estuvo en Gualaceo, aguas abajo del gran río de Cuenca, por el portillo que abren las murallas de los Andes en busca del Morona y del Santiago, tributarios del Río de las Amazonas. En Gualaceo se remansa un arroyo eglógico, llamado de Santa Barbola en los cronicones españoles, que arrastraba harto oro en los siglos pasados. Es Gualaceo un pueblecillo chico, a modo de un villorrio de Castilla, con su parroquia consagrada a Santiago Matamoros y su plaza de casonas con soportales de madera, como las "casas pinariegas" de Burgo de Osma, allá en el corazón de Soria pura. Yo he visto en esa plaza una procesión castellanísima, con una Virgen menuda en andas de cuatro mozas y un breve séquito humilde de músicos y de cofrades. Entre los indios lampiños había algunos con barbas rojizas, nietos de sabe Dios qué godos o qué celtas. Y en el mercado del pueblecillo remoto, a millares de leguas de Castilla, en el borde de un mundo aún fantasmal, he visto cómo las cholas de Gualaceo compraban a docenas sus "macanas" con el "Sello España". Con el escudo de España, sí; el escudo borbónico de hace ya siglo y medio, rodeado de palomas y de floreros ingenuos. Y en el pie esta leyenda: "VIVA ESPAÑA".

Llaves de la ciudad de Cuenca (Ecuador)

ERNESTO LAORDEN MIRACLE

LAS MISIONES ESPAÑOLAS EN CALIFORNIA

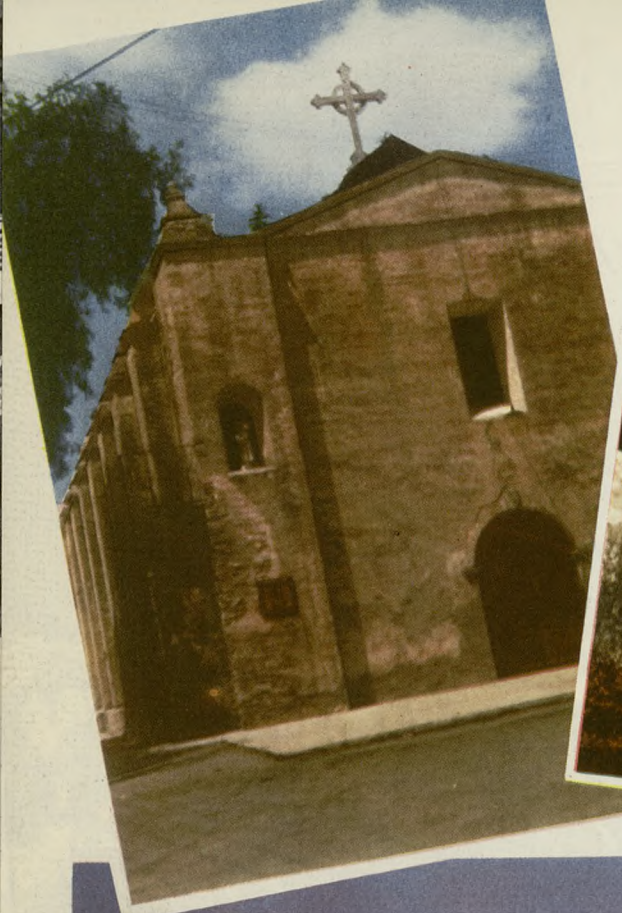
Arriba: Panorámica de la ciudad de San Francisco de California.
Abajo: Capilla de la Prisión Real, en Monterrey (California).

Cuando en 1767 fueron expulsados los jesuítas de las misiones de la Baja California, se encargó su continuación a la Orden franciscana. Es entonces cuando el mallorquín fray Junípero Serra va a pie desde Sierra Gorda hasta el Pacífico. Pero el fundador franciscano no se conforma con reorganizar las viejas misiones. Proyecta seguir hacia el Norte la obra evangelizadora, por los inmensos litorales del mar Pacífico. Para llevar a cabo lo que parece un sueño irrealizable, organiza tres expediciones simultáneas: dos terrestres y una marítima. Los expedicionarios franciscanos fundan hasta una docena de misiones en la costa que entonces se llamó Nueva California y hoy es la California norteamericana. De aquel gigantesco esfuerzo misional de fray Junípero, nacieron ciudades como Monterrey, San Diego y San Francisco. El celo y abnegación de los franciscanos españoles, que colgaron campanas de los gigantescos «sequoias» a lo largo de la inmensa costa californiana, quedaron jalonados por las ciudades fundadas y por una serie de monumentos que hoy todavía nos habla de aquella gesta gloriosa.

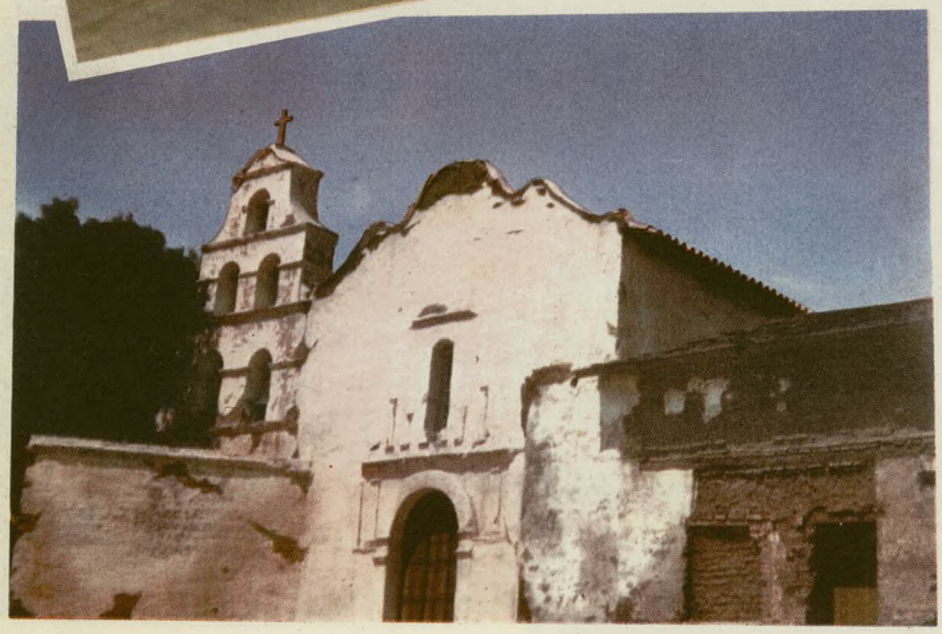
Algunas misiones se hallan en la actualidad en perfecta conservación y en pleno funcionamiento. Otras muchas están en ruinas; pero todas ellas son visitadas cada año por millares de personas procedentes de las diversas partes del mundo. Los registros que se llevan en las misiones demuestran que no sólo son visitadas por turistas o simples curiosos, sino que también recorren la ruta de fray Junípero estudiantes de Historia, poetas, artistas, arquitectos, ingenieros y jóvenes intelectuales de otras disciplinas, que consideran este largo camino de las antiguas misiones como una ruta del saber y del progreso humanos.

Para llevar a cabo la instrucción y evangelización de los indios aborígenes de California, los padres reunían a éstos a su alrededor, agrupándolos por familias y fundando pueblos con todas las características de la civilización europea. De esta manera los indios fueron, a la vez que cristianizados, instruídos en la práctica de los diversos oficios artesanos, cultivos agrícolas y fomento de la ganadería.

La segunda parte de este programa sistemático de colonización, era aún más importante. Suponía todo un programa social. Tan pronto como los indios habían adelantado lo suficiente en su instrucción para regirse por sí mismos y proseguir la práctica de las tareas aprendidas, los padres dividían entre ellos la tierra, el ganado y las



De izquierda a derecha: Misiones de San Gabriel, San Marcos, en Carmel, y Misión de Fray Junípero Serra, en San Fernando.



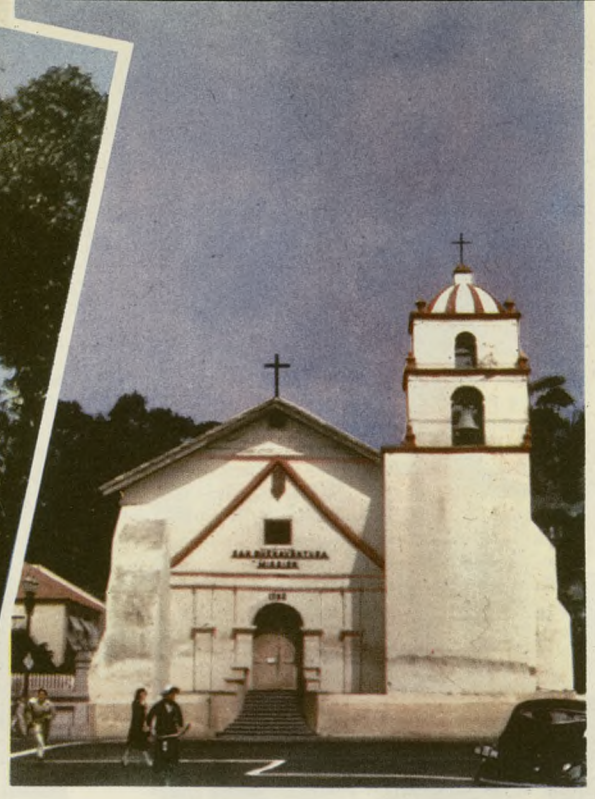
Arriba: Misión de San Diego. Abajo: Misión Pala.

Arriba: Misión de San Javier, en Tucsón (Arizona). Abajo: Misión Dolores, en San Francisco.

herramientas. Con tal procedimiento se convertían a un tiempo en cristianos, en verdaderos súbditos de España y emancipados propietario de sus tierras y hogares.

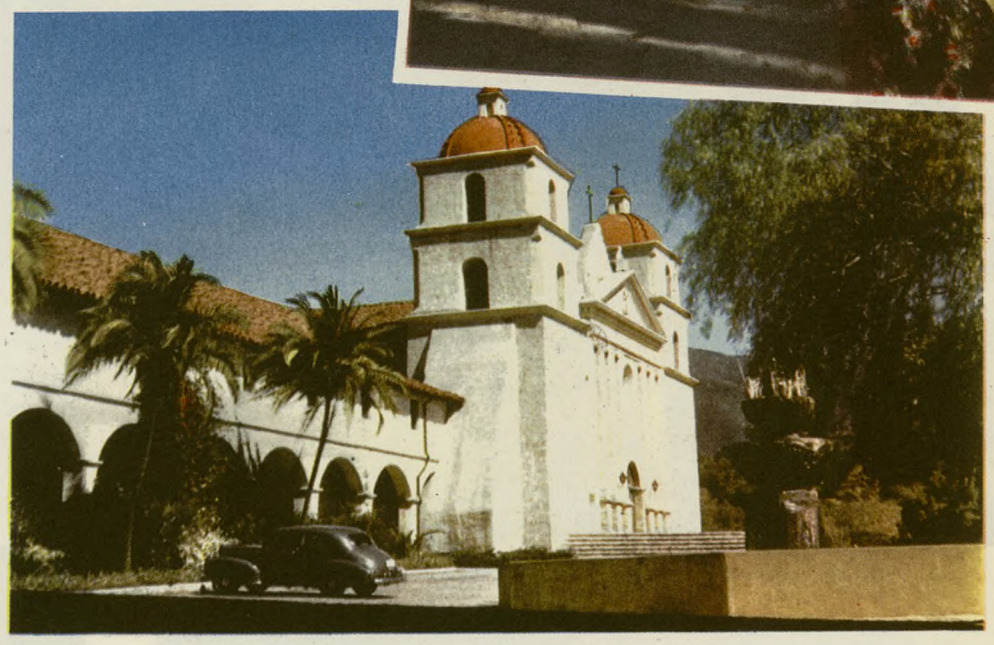
Pertenece a fray Miguel José Serra, famoso en la Historia bajo el nombre de fray Junípero Serra, el mérito de este sistema misional, que desempeñó tan importante papel en la historia de la fundación de California. Fray Junípero había nacido en 1713 en la aldea mallorquina de Petra. Enviado a América en 1749, ejerció su labor misionera durante 20 años en Méjico y Baja California. Hasta que en 1769 inició sus expediciones hacia el Norte. En el curso de los últimos quince años de su vida, el padre Serra puso a contribución su indomable espíritu y su incansable laboriosidad. Dejó creada la extensa cadena de misiones que se extiende desde San Diego a San Francisco.

Todavía en nuestros días, después de haberse convertido algunas misiones en verdaderos emporios de civilización, la memoria del padre Junípero Serra conserva un gran prestigio y se le nombra con respeto entre todos los norteamericanos de todas las clases sociales y de diversas creencias. Existe una estatua del padre Serra en el mismo corazón de los Angeles y, por así decir, a la sombra de su famoso City Hall. También en San Francisco existe otra estatua del padre Serra: tiene



De izquierda a derecha: San Luis Rey, Misión de San Buenaventura y San Juan de Capistrano.

Arriba: Misión de San Juan de Capistrano. Abajo: Misión de San Luis Obispo.



Arriba: Misión de Santa Bárbara. Abajo: Misión de San Fernando.

un muchacho indio a sus pies. En las montañas de California, un campamento de verano para muchachos lleva el nombre de «Campamento fray Junípero Serra». Puede decirse que en toda la extensión del gran estado de California, el nombre de Junípero Serra está identificado con los más altos ideales del espíritu y la más noble de las empresas humanas.

Tanto el padre Serra como sus hermanos franciscanos demostraron acierto y juicio seguro en la elección de los más ventajosos emplazamientos para las misiones. Una prueba de su acertada elección es que en los lugares donde fueron colgadas un día las campanas de las misiones hayan nacido después algunas de las más florecientes ciudades modernas de América, tales como San Diego, Santa Bárbara, San José y San Francisco. En dichas ciudades se conoce bajo el nombre de arquitectura californiana, lo que no es en realidad otra cosa que la adaptación a las construcciones posteriores de la arquitectura clásica de las misiones. Muy interesante a este respecto es consignar el origen de las techumbres de tejas (característica predominante en la arquitectura californiana). Como era lógico, en los comienzos de las misiones los techos de las iglesias y demás edificios eran de redes y pajas. Con tales materiales las cabañas eran fáciles de incendiar por medio

de flechas con las puntas encendidas, que solían arrojar contra ellas los indios hostiles. Como una consecuencia de tales ataques, según el testimonio del historiador padre Francisco Palou, en la localidad de San Luis Obispo comenzaron a emplearse los techos de tejas antes de ser generalmente adoptados.

Las históricas misiones de California, cuyos edificios se hallan en pie todavía, las prósperas ciudades emplazadas alrededor de las mismas y los millares de cultos visitantes que cada año acuden a las misiones, constituyen elocuentes testimonios de la ingente y perdurable contribución que aportaron los misioneros españoles a la cultura americana de California.

JAMES M. KEYS M. A.

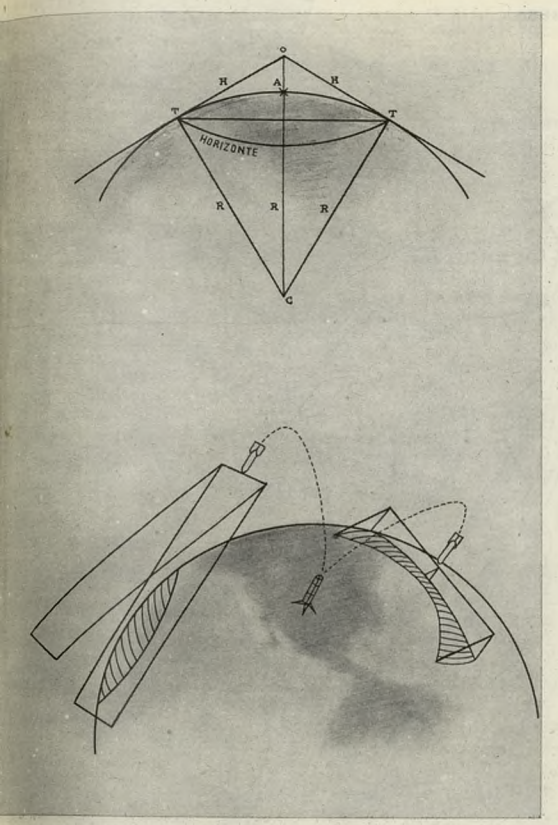
Arriba, a la izquierda: Claustro de la Misión de Santa Bárbara. Abajo, a la derecha: Misión de San Fernando Rey de España. Ambas, en California.

Arriba: Misión de Santa Bárbara. Abajo: Patio de la Misión de San Gabriel.

NUESTRO PLANETA VISTO DESDE EL ESPACIO

A 100 KMS. DE ALTURA PRIMERA VISION FOTOGRAFICA DEL GLOBO TERRESTRE

Clyde T. Holliday examina dos de las cámaras empleadas en el experimento de fotografía desde cohetes. La cámara de la izquierda se utilizó en el cohete tipo V-2 y la de la derecha (a la izquierda del Sr. Holliday) se usó en el "Aerobee".



La figura de arriba muestra cómo la distancia al horizonte visible, depende, esencialmente, de la altura del observador y la de abajo cómo la bomba cohete V-2 impresionó oblicuamente un casquete terrestre, el de la izquierda, y la bomba "Aerobee". a la derecha, tomó verticalmente una faja de terreno.

No tratamos de ofrecer en estas páginas un reportaje sensacional. Desde otros medios informativos y plurales se ha hablado ya de la excursión de las V-2 por los espacios casi siderales y de las enseñanzas científicas que han proporcionado estas "tournées" mecánicas. Aquí, sin embargo, en este concienzudo trabajo, nuestro colaborador R. Munaiz, reúne las informaciones dispersas, agrupa lo plural y ofrece sus estudios personales en torno al tema. Así, el lector dispone de estas páginas en que la síntesis científica es una estupenda curiosidad periodística: una amenidad. Y como amenidad las ofrecemos, al margen del "record" sensacionalista.

CUANDO llegaron a mis manos estas impresionantes fotografías de nuestro planeta, primeras tomadas desde el exterior del mismo, creí hallarme en presencia de unas fotografías lunares, logradas a través de un poderoso telescopio. Hube de fijarme en las visibles masas de nubes para reconocer que «aquello» se refería a la Tierra. Tuve que estudiar el resto de la interesante documentación para admitir la autenticidad del hecho. Sólo entonces me rendí a la evidencia.

El insobornable espíritu crítico que en todos nosotros alienta protestaba aún. ¿Será posible esto?... Y ¿cómo puede serlo?... La cosa no podía quedar así. Requerí mis útiles de dibujo, mi regla de cálculo, mis mapas, mis tablas de logaritmos, y... a Roma por todo. Durante algunas horas emborroné mucho papel.

No creo pueda interesar al lector el pormenor de aquellos garabatos, y de ellos le haré gracia. Mas a poca curiosidad que en él hayan despertado estos ensayos maravillosos, querrá conocer con agrado algunos pormenores de ellos.

Estamos, señores, en presencia de una sensacional documentación gráfica, debida al Servicio de Información de la Marina de los Estados Unidos.

COMO EMPEZO LA COSA

Hace algún tiempo, elementos técnicos de la Armada norteamericana vienen estudiando con interés la posible utilización, desde buques de guerra, de proyectiles-cohetes de largo alcance. Disponían para su trabajos de algún ejemplar—botín de guerra—de la bomba-cohete alemana A-4, más conocida como la V-2, o segunda de las armas de represalia, que, como se sabe, el pueblo británico padeció en cantidad no despreciable. Como fruto de trabajos nacionales, se disponía también del «Aerobee», proyectil norteamericano, similar en su concepto y proporciones generales al anterior.

Estos proyectiles son lo bastante conocidos para dispensarnos de su descripción. Constan esencialmente de un cuerpo de bomba o casco, fusiforme, con una cabeza de combate conteniendo una tonelada de explosivo, una cruz de aletas estabilizadoras en la cola y un sencillo motor de reacción, a base de combustibles líquidos. El conjunto tiene una longitud de 12 a 14 metros y pesa otras tantas toneladas. Tiene un alcance horizontal de 400 a 600 kilómetros y puede alcanzar velocidades de 4.800 kilómetros-hora. Pero en su trayectoria, vertical al principio y luego muy poco tendida, la llamada ordenada máxima (altura del vértice o punto más alto) es considerable y se sitúa sobre los 100 kilómetros en la alta estratosfera.

OBJETIVOS PROPUESTOS

Antes de pensar en emplear estos artefactos como armas de guerra, dada su reciente creación, se creyó preciso ensayarlos minuciosamente, estudiar su trayectoria, a fin de poder gobernarla a voluntad, y con esta idea se puso manos a la obra.

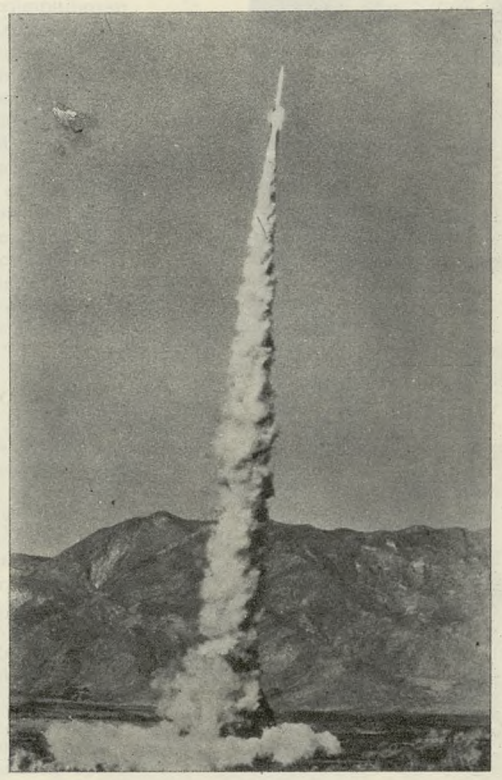
Como la destrucción del proyectil no interesaba ahora, sino todo lo contrario, se juzgó conveniente sustituir la cabeza de combate por una ojiva especialmente acondicionada para alojar un conjunto de instrumentos registradores que, además de describirnos toda la trayectoria, nos cuenten todo lo que vieron por aquellas inexploradas alturas, por aquellos fantásticos cielos negros, nunca de antes navegados, nos midan presiones, humedades, temperaturas, radiaciones, nos obtengan muestras de aire enrarecido y, ¿por qué no?, nos hagan fotografías desde allá arriba.

Los documentos gráficos que ilustran este artículo son, pues, la parte menos importante, pero acaso la más espectacular, de los resultados recogidos.

LOS PREPARATIVOS

Durante el pasado verano preparóse el experimento en los terrenos de White Sands (Arenas Blancas), en el Estado de Nuevo Méjico, bajo del dirección del Laboratorio de Física Aplicada de la Universidad de John Hopkins (Maryland), en colaboración con el Departamento de Artillería de la Armada norteamericana.

En un polígono situado no lejos del pueblo de Las Cruces—de grata toponimia española—se erigió una torre de lanzamiento, ligeramente inclinada en la dirección apetecida, como puede verse en alguna de los fotografías. En otra aparece el profesor Clyde T. Holliday, del citado laboratorio, examinando, después de la prueba, dos de las cámaras fotográficas empleadas.



Arriba: El "Aerobee", propulsado por carburante líquido, abandona la plataforma de lanzamiento.—Abajo: Momento en que el cohete es lanzado a las altas capas de la atmósfera a una velocidad aproximada de 4.800 kilómetros por hora.

Se trata de cámaras cinematográficas automáticas o fotoametralladoras, de construcción metálica, enorme solidez y mecanismo relativamente sencillo. Iban cargadas con 30,5 metros de película. El «Aerobee» llevaba dos, una de ellas cargada con película ordinaria, visible a la derecha de la foto. La otra llevaba película en color. La V-2 llevó sólo una cámara cargada con película en negro, que aparece en la izquierda de la foto.

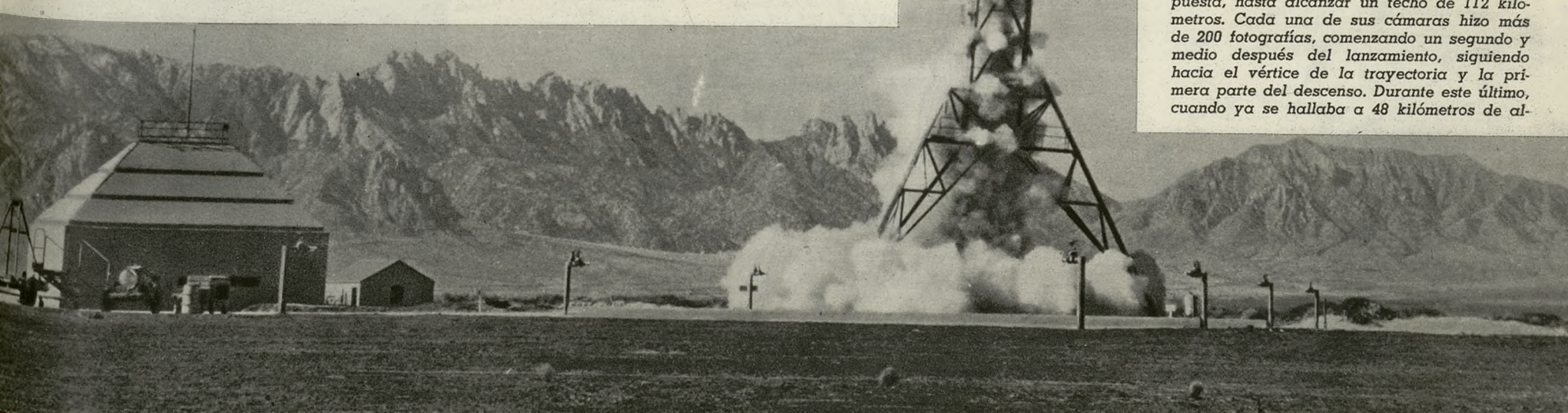
En la ojiva de los proyectiles se instalaron además sendos meteorógrafos registradores, radiosondas aéreas especiales que transmiten por radio las indicaciones de los instrumentos; bolómetros para medir la intensidad de los rayos cósmicos, explosivos de mando automático para desmontar en el momento adecuado las diversas partes del cohete, etc.

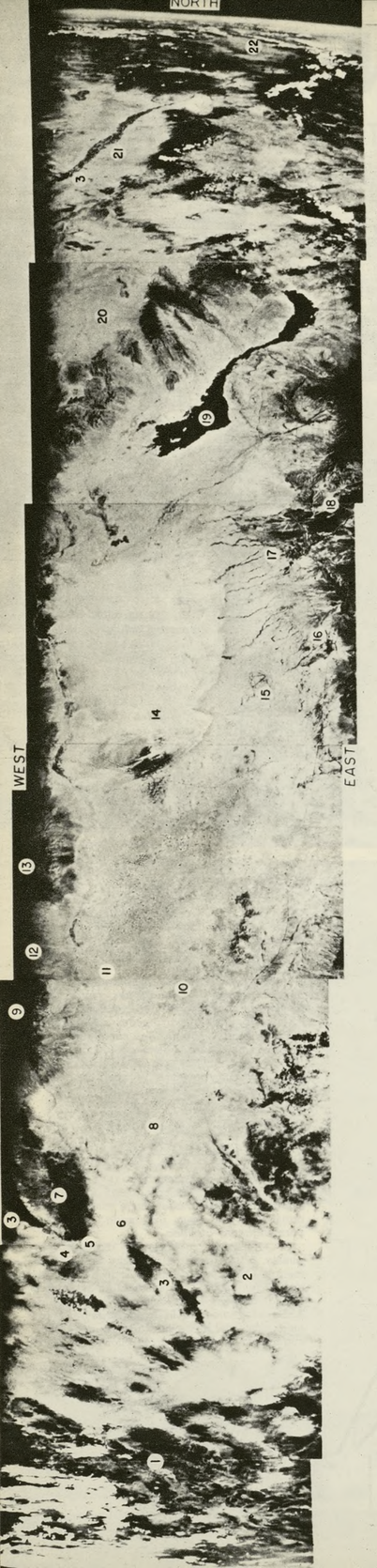
No paraban aquí los preparativos. En la base terrestre de operaciones, entre otros medios de comunicación, se contaba con una estación de Radar para poder seguir en su vuelo a ambos proyectiles, determinar sus trayectorias, alturas, velocidades y puntos de caída, para facilitar así la busca y recogida de los instrumentos recuperados en el desierto de Nuevo México.

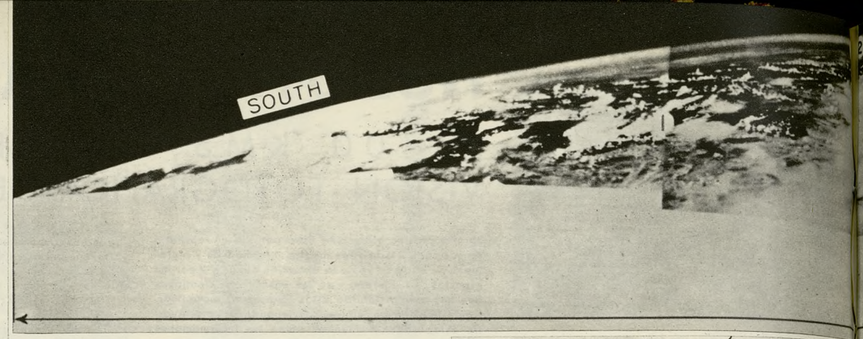
DOS DISPAROS A LA ESTRATOSFERA

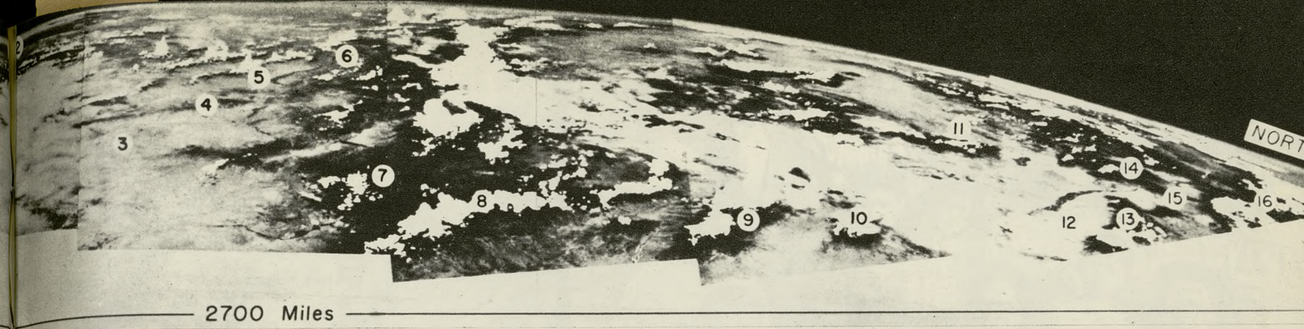
Sucesivamente, los dos excepcionales proyectiles fueron enviados a la estratosfera. El «Aerobee» iba propulsado por combustibles líquidos; el V-2, por alcohol quemado con oxígeno líquido, además de consumir para otros fines un agua oxigenada especial y permanganato alcalino.

El «Aerobee» subió en la dirección propuesta, hasta alcanzar un techo de 112 kilómetros. Cada una de sus cámaras hizo más de 200 fotografías, comenzando un segundo y medio después del lanzamiento, siguiendo hacia el vértice de la trayectoria y la primera parte del descenso. Durante este último, cuando ya se hallaba a 48 kilómetros de al-









Publicamos en estas páginas tres impresionantes fotografías tomadas desde el "Aerobee" y del V-2 a una altura aproximada de 91 kilómetros. En ellas se aprecia claramente la curvatura de la tierra, así como las nubes que cubren su superficie y las sombras que éstas proyectan sobre nuestro planeta.

tura, se hizo estallar por telemando una carga explosiva que separó la sección de cola, para así destruir el equilibrio aerodinámico e impedir la rotura del aparato al entrar en la atmósfera inferior a elevada velocidad o temperatura. En virtud de estas operaciones, la ojiva se desprendió a tiempo y fué encontrada con sus instrumentos, en pleno desierto, al cabo de diecinueve días. Como resultado de aquella prolongada exposición al calor del sol se deterioró la película en color, pero la negra se encontraba en perfectas condiciones, como se puede apreciar.

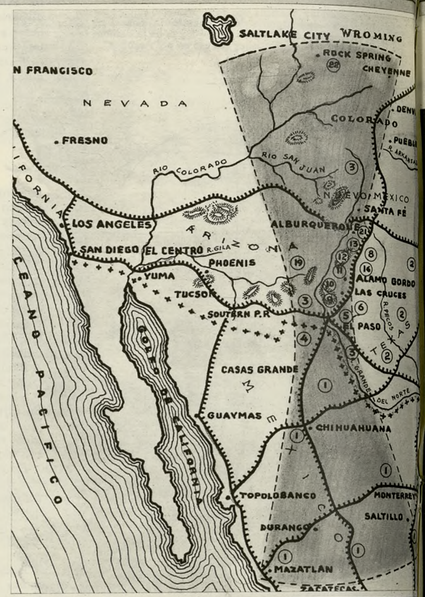
El cohete V-2 hizo un recorrido más tendido y subió a poco más de 95 kilómetros. Su cámara operó con arreglo al plan preestablecido. Durante el descenso, cuando llegaba a 38 kilómetros de la tierra, se hizo desprender su ojiva, la cual, con su cámara, cayó por separado, y fué encontrada al cabo de tres días, un tanto abollada, pero en buenas condiciones, así como la película por ella impresionada.

¿QUE PASO DESPUES?

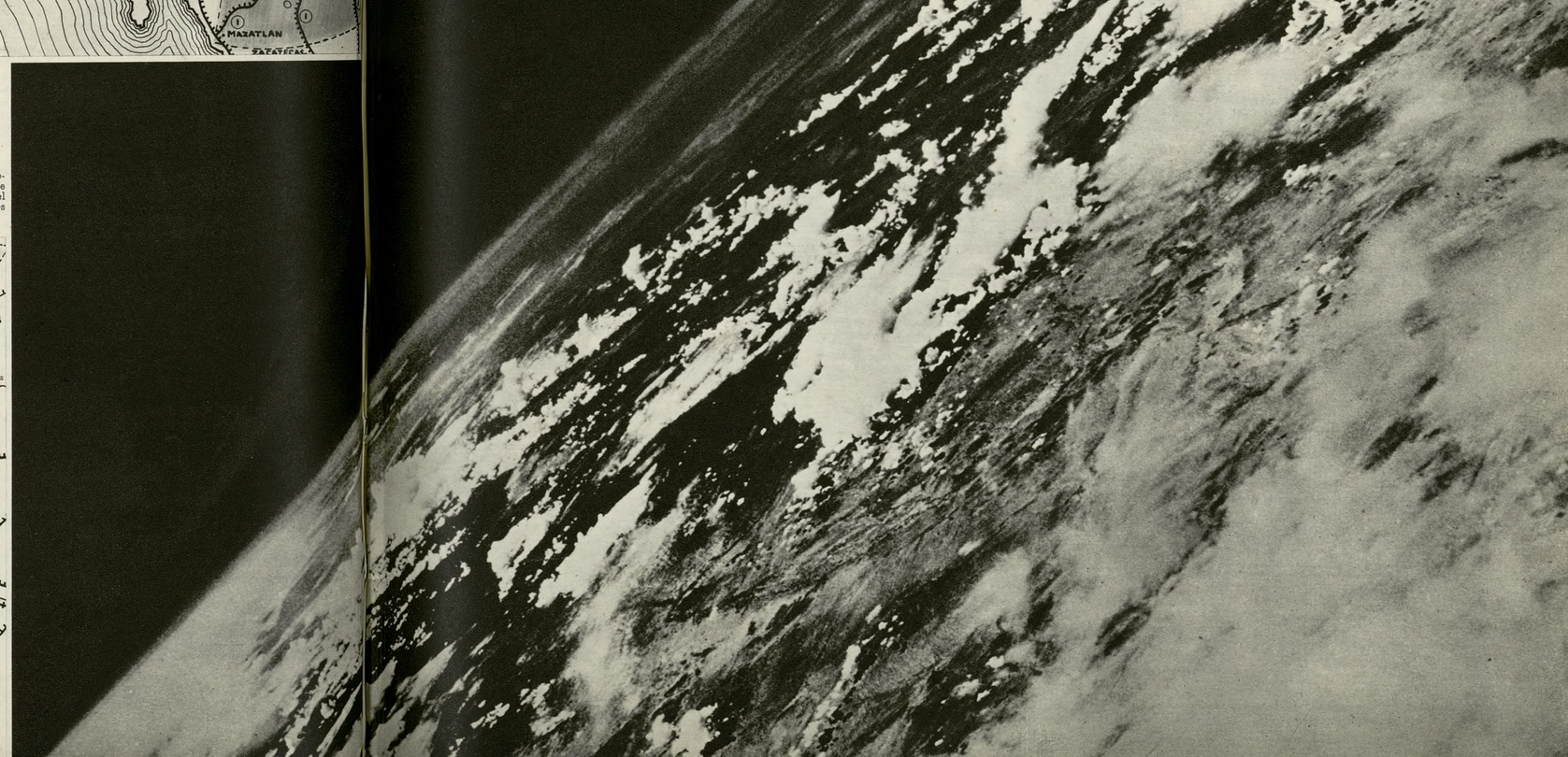
Después del experimento, los equipos de observadores e interpretadores aerofotogramétricos dedicáronse minuciosamente a la formación de los llamados mosaicos fotográficos, obtenidos superponiendo fotografías sucesivas, cuyo intervalo de obtención se calcula siempre de forma que todas se solapen o superpongan en un 30 a un 60 por 100, lo que siempre permite identificar algunos puntos comunes en cada dos contiguas y elimina la posibilidad de que algún espacio del terreno sobrevolado haya quedado «saltado» sin entrar en alguna fotografía.

Una vez formados los mosaicos (cuya reproducción preside este reportaje), hubo que proceder a la delicada tarea conocida por «restitución», que consiste en situar en el mapa las porciones fotografiadas desde el aire y corregir la aparente deformación que la oblicuidad de las fotos o los desniveles del terreno pueden ocasionar en las pruebas, lo cual falsearía determinadas mediciones, si se omitiese tal restitución.

(PASA A LA PÁGINA 53)



Arriba: Restitución aproximada, sobre el mapa de los Estados Unidos, del mosaico fotográfico obtenido desde el cohete "Aerobee". Los números se corresponden con los de la fotografía y los del texto.—Abajo: Otra restitución, también aproximada, sobre el mapa de los EE. UU., del mosaico obtenido por el cohete V-2. Asimismo los números se corresponden con los de la fotografía y los del texto.



FAMILIAS NUMEROSAS ESPAÑOLAS

D. Domingo Camacho Barrios y D.ª Concepción Trujillo Jorge rodeados de sus 16 hijos. Premio Nacional de Natalidad de 1949.

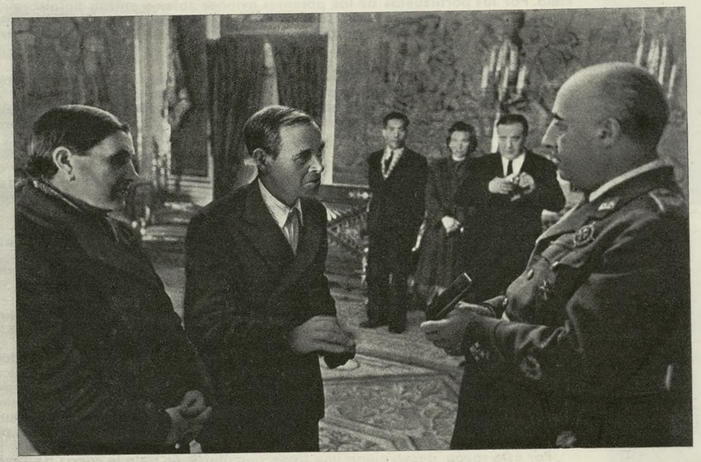
D. José Martínez Martínez y D.ª Francisca Millán Morga merecieron, en 1949, por sus 13 hijos, Premio Provincial (Madrid) de Natalidad.

La familia Aguirre con sus 15 hijos. Premio Provincial de Natalidad 1943, correspondiente a Madrid.

Laureano Moncunil y su esposa, Asunción Cirac, con sus 13 hijos, Premio Provincial de Tarragona en 1946.

D. Antonio Román Pedrate y esposa, en compañía de sus 15 hijos. Premio Nacional de hijos habidos en 1946.

El matrimonio Unzu, de Pamplona, junto con sus 17 hijos, mereció, en 1943, el Premio Nacional de Natalidad.



En esta página, arriba: El Generalísimo Franco felicita a un matrimonio campesino por el número de hijos dados a la Patria. Abajo: S. E. entrega a otro matrimonio, también campesino, la Medalla de la Natalidad y se interesa por sus medios de vida.

DE SEIS PAREJAS

89 HIJOS

SANTA CRUZ DE TENERIFE.–Ha salido en avión para Madrid el matrimonio compuesto por Domingo Camacho Barrios, obrero portuario, y Concepción Trujillo Jorge, galardonado con el Premio Nacional de Natalidad. Este matrimonio tiene dieciseis hijos. El Instituto Nacional de la Vivienda le regalará una casa.» (De la prensa de Madrid.)

TODOS los años, cuando la primavera se anuncia aún precoz y tímidamente sobre el paisaje, florece también en la prensa española una noticia alegre y honda. singular y emotiva, que entraña un acto humano y social de alta y venturosa significación, Merced a esta noticia, que renace solsticio a solsticio en todas las columnas impresas, con rango ya tradicional en los anales del nuevo calendario hispano, la familia pasa de ser una simple célula demográfica más o menos importante, a la categoría de monumento eugenésico nacional.

Esta célula de seres vivos que antes servía, cuando más, para llenar los ficheros de alguna caritativa asociación particular, o bien de ocasión inspiradora para interesadas dialécticas de folleto revolucionario, y hasta de fácil materia argumental de melodramas y folletines, es hoy máxima preocupación del Estado, que a través de su ministerio de Trabajo se acerca a ella con toda la potencia y el estímulo de la más generosa protección.

19 de Marzo. La hoja del almanaque, engalanada de festivo color, simboliza en la patriarcal hagiografía del bendito San José, toda la grandeza y la virtud de la familia cristiana, unida en torno al Evangelio de Nuestro Señor. Y en ese día cruzan las Avenidas del Palacio de El Pardo, entre los primeros glicinios de la tierra castellana, gentes sencillas y buenas, que van a recibir el premio a su noble y patriótica ejecutoria: el Premio a la Natalidad.

Instituído por iniciativa del Jefe del Estado, es él mismo quien lo entrega y quien recibe a los premiados en los salones henchidos de historia y trascendencia que en ese día cambian su perfume protocolario. por un clima de confortadora llaneza. Su Excelencia quiere subrayar de esta manera el espíritu del régimen español, cuyo empeño más ambicioso se dirige en vuelo protector siempre hacia los humildes y, ahora, a los que dentro de esta condición han creado y sostenido un hogar grato a los ojos de Dios y de la sociedad

CUANTIA DE LOS PREMIOS

Serían necesarias centenares de páginas para recoger toda la legislación actual que en beneficio de la familia española lleva promulgada el Estado. Sólo es posible, por lo tanto, intentar un insuficiente resumen, condensado y circunscrito al tema que nos ocupa.

El Instituto Nacional de Previsión, por medio de su Caja de Subsidios Familiares, convoca todos los años un concurso entre matrimonios estableciendo un orden de preferencia, cuyos méritos sustanciales se refieren al número de hijos y a los medios económicos de cada cual.

Hay dos premios generales de quince mil pesetas. Uno para hijos habidos y otro para hijos vivos. Y cien premios regionales de cinco mil pesetas —dos por provincia—, aplicados a las mismas circunstancias anteriores. El total que se reparte anualmente pasa, par lo tanto, del medio millón de pesetas, cantidad que significa un gran alivio y una notable ayuda para la solución de muchos problemas hogareños.

Por su parte, la Comisaría General de Abastecimientos ofrece a cada familia galardonada un racionamiento extraordinario y gratuito.

Las estadísticas nos dicen que, hasta la fecha, la mayor calidad prolífica corresponde a las áreas campesinas

GALERIA DE PREMIADOS

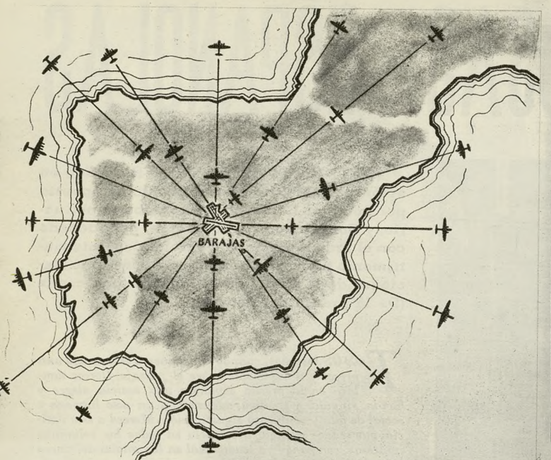
El año 1949, al igual que sus precedentes desde que se instituyeron estos premios, nos proporciona un grato y atrayente material gráfico. Las placas fotográficas de muchas cámaras se han llenado de gestos, sonrisas, caras infantiles, satisfacciones maternas y alguno que otro simpático bigote antiguo y romántico, en cuya significación capilar se conserva aún el signo de autoridad hogareña.

La biografía del matrimonio ganador de la recompensa de quince mil pesetas, para la categoría de hijos habidos, no puede ser más simple y más aleccionadora al mismo tiempo. Robustiano González Fernández se casó una mañana campesina con Beatriz Gómez García. El párroco de Tapia de Casariego, pueblecito recatado y lírico de la Asturias occidental, les echó las bendiciones. Hubo convite de sidra y castañas, de rosquillas de yema y «fabada» estrepitosa, de manzanas y nueces, de arroz con leche y abundante pan de borena. Luego, Robustiano cogió sus aperos de labranza y contempló el paso del sol y de las lluvias, de las estaciones y de las cosechas. Unas buenas, otras peores; pero la tierra es generosa al fin y al cabo, y el hogar iba saliendo adelante. Beatriz, ya se sabe. Lavar pañales en ese río de aguas folklóricas que tienen todos los rincones asturianos, y criar hijos uno tras otro. Hasta diecinueve. Y ahora, el balance actual: Don Robustiano, 49 años. Doña Beatriz, 45. De los diecinueve retoños, tres están dormidos para siempre en el pequeño e íntimo cementerio del pueblecito. Dos se han casado. Y catorce viven en el lar paterno. Ingresos de esta familia, diez mil pesetas anuales, con ocho de los hijos comprendidos en los beneficios del subsidio correspondiente.

La campesina pareja González-Gómez es ya reincidente en galardones eugenésicos. En 1947 obtuvo el premio nacional de hijos vivos y el regalo de una vivienda de las diez que el Instituto del ramo ha de construir para su entrega a las familias numerosas. Y en ese mismo año, el Instituto Nacional de Colonización le otorgó uno de sus premios de 50.000 pe-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 52)

EL MUNDO PASA POR BARAJAS



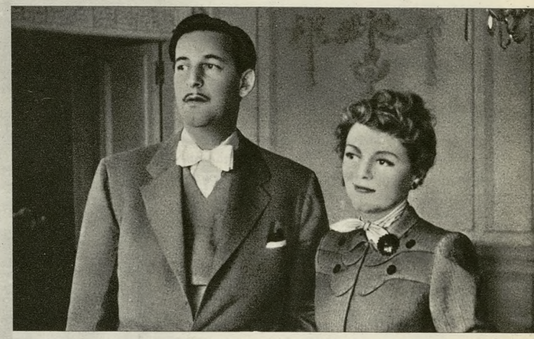
La actriz cinematográfica Margaret O'Brien en la calle de Alcalá de Madrid.

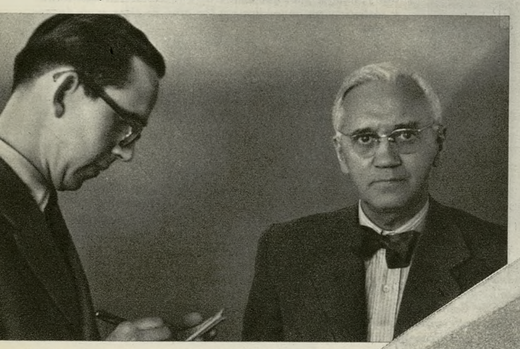
El ex-rey de Italia, Humberto de Saboya, conversa con el autor de este artículo.

D. Laureano Gómez, ex ministro de Asuntos Exteriores de Colombia.

Mary Pickford rodeada de periodistas.

Randolph Hearst a la salida del Museo del Prado de Madrid.


La artista cinematográfica Janet Gaynor, acompañada de su esposo el modisto Adrián, momentos después de su llegada a España.


El Dr. Fleming y nuestro colaborador Sr. Blasco.

Mr. Albert W. Barckiei, que fué Vicepresidente de los EE. UU. en tiempos de Roosevelt, en el aeropuerto de Barajas.

EN la nueva Geografía aérea del mundo, Barajas es la capital de España. Su tamaño métrico y demográfico es relativamente pequeño, pero sus límites no tienen fin. A la nueva capital hispana le ha nacido una maravillosa dimensión: el cielo.

Los cuatro puntos cardinales de Barajas no son más que uno: el aire libre y sin medida coincide en el aeropuerto. Una madeja de hélices, carlingas, vidas y pasiones se enreda el aire sin fronteras ni confines. Resbalando sobre él, una encrucijada de caminos azules y se desenreda muchas veces al día sobre las claras y suaves pistas.

Siluetas metálicas y fragorosas se desprenden del cielo a la tierra y de la tierra al cielo. Por las portezuelas de los potentes aviones salen y entran enjambres de viajeros, cada cual con su historia, su aventura o su problema.

El periodista que va una vez a Barajas, ya no podrá eludir jamás ese centro de gravedad profesional y humana. Todo cuanto material apetezca, sueñe y se imagine para sus cuartillas, allí lo tiene.

Así me pasó a mí hace algún tiempo. Una mañana llegué hasta el aeropuerto por curiosidad. Un minuto después aterrizaba un aparato. En el umbral de la portezuela apareció un hombretón de dos metros de estatura y ciento treinta kilos de peso. Aquella envoltura física era ya una noticia. Después, su propietario fué todo un reportaje.

Al cruzar la aduana mostró su pasaporte de tapas color marrón. El agente de policía leyó un nombre: «Randolph William Hearst». Y el periodista supo entonces lo demás: «Propietario de veinte periódicos y revistas en los Estados Unidos».

Mr. Hearts fué mi primera entrevista en Barajas. Sus declaraciones —breves y sencillas— causaron sensación en Norteamérica. El gigante editor —tanto anatómica como industrialmente— no se recató lo más mínimo para afirmar de manera rotunda que había venido a «ver, oír, anotar, redactar cables y publicar artículos, muchos artículos, sobre la verdad de España».

Aquel viaje abrió una profunda brecha en la barrera de mutismo internacional hacia las cosas y los asuntos españoles. Y a partir de entonces, y durante doce meses sucesivos, Madrid recibió por Barajas —convertido ya en fecundo campo de mi pluma— la visita voluntaria de 1.477 personalidades de talla mundial. De todas ellas, sólo pude recoger la palabra y siluetar la figura de 301. Exactamente la cantidad de números que salen al año por las prensas de mi periódico.

La colección de recortes de aquella diaria labor me dice que los hispanoamericanos son los que más han viajado: 146. El resto lo compuso una variada mezcla de británicos, franceses, italianos, chinos, negros, australianos y otros representantes de todos los colores del mapa mundi.

¿El personaje más interesante? Quizá alguien escogería al doctor Fleming, o a Jane Anderson —considerada por Stalin como su «enemigo público número uno»— o a Mary Pickford, o a Marcel Achard... Para mí todos lo fueron igualmente, desde un punto de vista profesional. Y con un común denominador: la sencillez, excluída naturalmente, Rita Hayworth.

Por esta razón, deseo elegir una frase, una idea o un detalle capaz de revelar la personalidad de las figuras mundialmente famosas que en el plazo de un año ofrecieron a Madrid unas horas de su agitada vida.

EDUARDO HAEDO (Senador Uruguayo).—«Las conferencias panamericanas, a fuerza de repetirse tanto, van perdiendo interés, porque siempre se eluden diplomáticamente los problemas de fondo. Desde hace treinta años se ha venido anunciando que en la próxima reunión serían tratados tales o cuales asuntos, y la verdad es que nunca se hace. Esto ocasiona mucho descontento y una absoluta falta de fe.»

FRANCISCO BULNES (Diputado chileno).—«Renegar de España es tanto como renegar de la Patria.»

BARCLAY ACHESON (Director de «The Reader's Digest»).—¿Que a qué atribuímos el éxito que supone editar catorce millones de ejemplares de nuestra revista? ¡A que siempre hemos mantenido el principio de hablar del lado bueno en lugar del malo, de la vida humana.»

JORGE NEGRETE (Artista cinematográfico).—Rodeado de guardias, para librarse de sus admiradoras, me dijo: «No tengo nada que decir.»

LAUREANO GOMEZ (Político colombiano).—«Donde haya un comunista, jamás existirá una democracia sólida.»

SIR ALEXANDER FLEMING (Descubridor de la Penicilina). «¿Que si es malo fumar o beber? Yo fumo y bebo.»

JOSEFINA BAKER (Artista).—«Qué edad tienes, Josefina»—le pregunté—. «Nunca miento, y, por eso, no quiero responderte», me contestó.

ATANASIO GONZALEZ SARAVIA (Presidente de la Academia mejicana de la Historia).—«Como banquero, odio al dinero; como historiador, me gustan las novelas policiacas.»

BURTON K. WHEELER (Senador norteamericano).—«Considero que es urgente dar a los alemanes una esperanza de algo concreto, definido, real, inmediato. Si no, Alemania caerá en manos del comunismo y, entonces, se habrá perdido a Europa »

THEO SVEDBERG (Inventor sueco).—«Obtuve el Premio Nóbel al demostrar que con un solo gramo de energía atómica puede moverse un trasatlántico de sesenta mil toneladas durante varios viajes de ida y vuelta entre Europa y América.»

CONRAD HILTON (Rey de los hoteles en norteamérica).—Soy propietario de los veinte hoteles más importantes de los Estados Unidos. Y lo que más me horroriza es la vida de hotel.»

TYRONE POWER (Artista cinematográfico).—Antes de casarse con Linda Chistián, le pregunté: «¿Cree usted en el amor?» Y, me respondió: «¿El amor? ¡Oh... sí! ¡El amor!.»

HUMBERTO DE SABOYA (Ex-Rey de Italia).—Mi pregunta: ¿Gasta el señor mucho dinero?» Su respuesta: «¿Cómo quiere usted que gaste lo que no tengo?»

REY DE BUGANDA.—«No me gusta la música de «jazz», pero me entusiasman las corridas de toros.»

EUGENIO LASCARIS (Griego).—«¿Que quién soy yo? Sólo diez veces Príncipe de Grecia.»

DANIEL CARPIO (Nadador peruano que atravesó a nado el Canal de la Mancha y el Estrecho de Gibraltar).—«Cuando pierda la vida, cruzaré el Mar Muerto.»

ROBERT MAC CORMICK (Propietario del «Chicago Tribune»).—«Siempre llevo, de oro, dos relojes de pulsera. Uno, me da las horas. El otro, los cuartos.»

BURT BRYAN BALABAN (Norteamericano, mago de la televisión).—«No pasarán muchos años sin que los norteamericanos, gracias a la televisión, puedan contemplar a Conchita Piquer cantando y bailando en un teatro madrileño.»

RITA HAYWORTH (Actriz cinematográfica).—Se limitó a huír de los periodistas, acompañada de Alí Kan, propietario de potros y diamantes.

M. DE BOURSAC (Secretario de la Organización Internacional de Aviación).—«Siempre viajo en automóvil. Me espantan los aviones.»

MARY PICKFORD (Actriz cinematográfica).—«Si me compara con Henri Ford, no tengo mucho dinero.»

LORD MARQUES DE DONEGALL (Periodista británico).—«Cuantos trabajamos en los periódicos somos algo aventureros. Porque no me negará usted que en la aventura se encuentra siempre la noticia. ¿Verdad?».

KARAM ILAHI ZAFAR (Misionero del Islam).—«Veinte años predicando y sólo he conseguido un prosélito para mi religión.»

LUIS SANDRINI (Artista cinematográfico).—«Soy partidario del matrimonio, pero también del divorcio.»

ARTHUR VARELA CID (Inventor del hidroplaneador).—«A los cuatro años de edad ya confeccionaba aviones de papel.»

WALTER LIPPMANN (Comentarista norteamericano).—«En mi carrera periodística tuve muchos disgustos. Y a todos ellos, añada usted el último: Mi fracaso, al anunciar la derrota del Presidente Truman.»

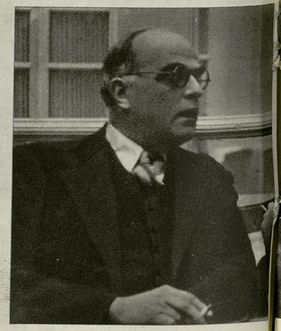
VILLIAM BARKLEY (Vicepresidente de los Estados Unidos).—«Quien sólo habla de sí mismo, merecería ser apaleado.»

VAN DER DUSSEN (Emigrante holandés, con su esposa y once hijos).—«Mi familia es pequeña todavía. Espero tener más hijos, muchos más.»

WILHEIM DOUGLAS (Generalísimo del Ejército sueco).—«Sí: Creo firmemente en el estallido de otra guerra mundial. En tal caso, Suecia defendería a toda costa su neutralidad.»

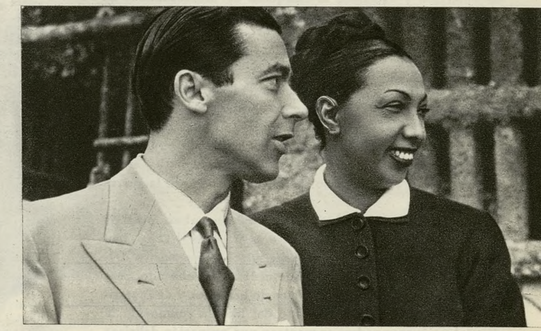
(PASA A LA PÁGINA 52)

El Rey de Buganda en la terraza de un café madrileño.


El famoso dramaturgo norteamericano, Thornton Wilder, durante su larga estancia en Madrid.

Rita Hayworth pasó también por Barajas.

El delegado de Australia en la O. N. U., William Hodgson.


La célebre bailarina Josefina Baker en el Parque del Retiro de Madrid.

HA NACIDO EN MADRID UN DESCENDIENTE DEL GRAN MOCTEZUMA II

La Marquesa de Moctezuma con la Duquesa de Montoro y otras damas de la aristocracia española, durante una fiesta benéfica.

El futuro, D. m., VI Marqués de Moctezuma, duerme plácidamente en brazos de su madre.

El recién nacido recibió las aguas bautismales en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, de Madrid.

EL nacimiento de un niño no suele salir casi nunca de la órbita más o menos familiar.

Ahora bien, cuando ese niño es el descendiente de un reino, como el príncipe de Edimburgo, o de una ilustre familia, los cronistas dejan correr sus plumas en ditirambos más o menos afortunados. Nosotros queremos consignar este nacimiento por lo que el niño pudiera tener de rasgos atávicos y porque su título es sinónimo de una generación vinculada a la majestad y al poder, rigiendo una raza fuerte y generosa que asombró a los conquistadores cuando se enfrentaron con la cultura azteca.

* * *

En su casa de la madrileña y señorial calle de Miguel Angel, una muchacha muy joven y grácil ha recibido su primer hijo. Hace un año toda la prensa española se ocupó de su enlace.

Contraía matrimonio con Gonzalo de Chavarri y Santiago Concha, hijo de los marqueses de Gorbea y de Agui a Real, de rancia nobleza, y ella era María Luisa Girón y Canthal, V marquesa de Moctezuma y XII nieta del Emperador de Méjico.

La marquesa fué una de las muchachas que más han brillado en nuestra sociedad. Su vida social era intensísima, al mismo tiempo que empleaba muchas de sus horas en deberes de caridad.

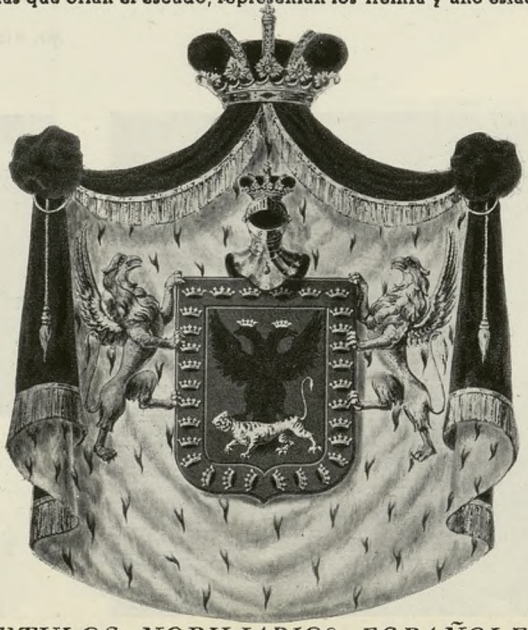
Asidua colaboradora de la duquesa de Montoro, hija del duque de Alba —el título más universalmente conocido de la nobleza española—, en los comedores de niños pobres que la gentil Tana patrocina y sostiene, y protectora de varios patronatos de enfermos y ancianos, la marquesa de Moctezuma se ha alejado algo de su labor benéfica y social desde su matrimonio.

Unicamente cada quince días, en su casa y en torno a esta descendiente de los aztecas se reúne lo más selecto de la sociedad madrileña, en las partidas de juego que los marqueses organizan. Mientras se juega al «bridge» o al «pinacle» se comentan mil temas interesantes, pues el marqués es un hábil conversador al mismo tiempo que muy versado en historia. Ahora Gonzalo de Chavarri se dedica a reconstruir los archivos de su casa y de la de su mujer, destruídos por la guerra civil española.

Sus mañanas en el Archivo Histórico Nacional examinando expedientes de las Ordenes Militares y demás legajos han dado por resultado el poder rehacer su árbol genealógico desde el 1100, y el de su mujer desde el 1500. Es abogado, pero sobre las leyes prefiere los estudios de heráldica y de investigaciones históricas. El nacimiento del hijo ha conmovido la casa y los jóvenes padres encuentran una ocupación deliciosa en atenderle.

La casa marquesal de Moctezuma tiene también otros títulos, como son el ducado de Ahumada —un duque de Ahumada fué el fundador de la Guardia Civil, benemérita institución armada española que durante más de un siglo está encargada de la seguridad interior del país— y el vizcondado de las Torres de Luzón, pero sobre estos títulos la predilección de la familia se ha cifrado especialmente en el marquesado de Moctezuma, sin duda por lo exótico de su origen, y la ejecutoria y cuantos documentos y recuerdos históricos se relacionan con el título y sus ascendientes son conservados con todo cariño.

Arriba: María Luisa Girón Canthal, V Marquesa de Moctezuma y descendiente directa del Emperador de Méjico.—Abajo: Escudo de armas de la Marquesa de Moctezuma. Las treinta y una coronas que orlan el escudo, representan los treinta y uno estados de Méjico.



De cómo pasó el apellido Moctezuma a ser título nobiliario español y pertenecer a familias cristianas siendo su origen gentil, vamos a tratar brevemente.

Sabido es que un hijo del Emperador Moctezuma II, llamado Huepautzín, se convirtió al catolicismo y recibió en el bautismo el nombre de Pedro, llamándose desde entonces Pedro de Moctezuma, señor de Tula.

No se sabe cómo los hijos de este vinieron a España y se establecieron en Peza, pequeño anejo de Guadix. Andando el tiempo, parte de la familia pasó a Ronda, donde entroncaron con la casa prócer de los Girón, que radicaba en aquella ciudad. El nieto del Emperador, Pedro Tesifonte, vizconde de Ilucaín, se dice que permaneció en Peza, y de ahí arranca la rama principal de los Moctezuma, vinculada al ducado de este título, que lo ostenta ahora don Fernando Moctezuma y Marcilla de Teruel, por la muerte de su hermano mayor, Luis, asesinado por los rojos españoles en 1936, a pesar de la enérgica protesta e intervención del Presidente de Méjico, Cárdenas.

De esta rama de la familia y de los recuerdos del Emperador, que guardan de generación en generación, ya nos ocuparemos extensamente en páginas sucesivas. Felipe IV otorgó a estos descendientes el condado de Moctezuma, Carlos III le concedió grandeza de España, e Isabel II lo elevó a ducado, creando asimismo el marquesado de Moctezuma para la rama entroncada con los Girón, que es el título que hoy ostenta la joven dama María Luisa Girón y Canthal, V marquesa de Moctezuma y XII nieta del Emperador.

Como documento curioso tenemos una real cédula de Felipe V, dada en el Pardo a 15 de enero de 1736, en la que se declara reconocer a don Pedro de Moctezuma como sexto nieto del Emperador, y al hijo de éste como pretendiente al trono de Méjico. Por todo lo cual, y en gracia también a servicios que hicieron a su Majestad, les concede por los días de su vida mil pesos sobre las cajas reales de Méjico.

Ignoramos si otros soberanos de España concedieron también a los descendientes de Moctezuma alguna pensión análoga, o sólo se limitaron a títulos nobiliarios y menciones honoríficas.

TITULOS NOBILIARIOS ESPAÑOLES DE ENTRONQUE AMERICANO

BLANCA ESPINAR

La región de LOS CAZADORES DE HOMBRES

Arriba: Los jíbaros junto con el cacique delante de una choza. Se puede ver, sobre las hojas de los plátanos, yuca masticada para la preparación de "chicha blanca". Abajo: Las mujeres después de masticarla, la escupen para la fermentación.—A la derecha: Un indio jíbaro toca el tambor, llamado "tundul".

Un grupo de jíbaros envenenando las flechas antes de salir de cacería.—Este reportaje de fotografías en color natural, fué tomado por nuestro corresponsal gráfico en el Ecuador.

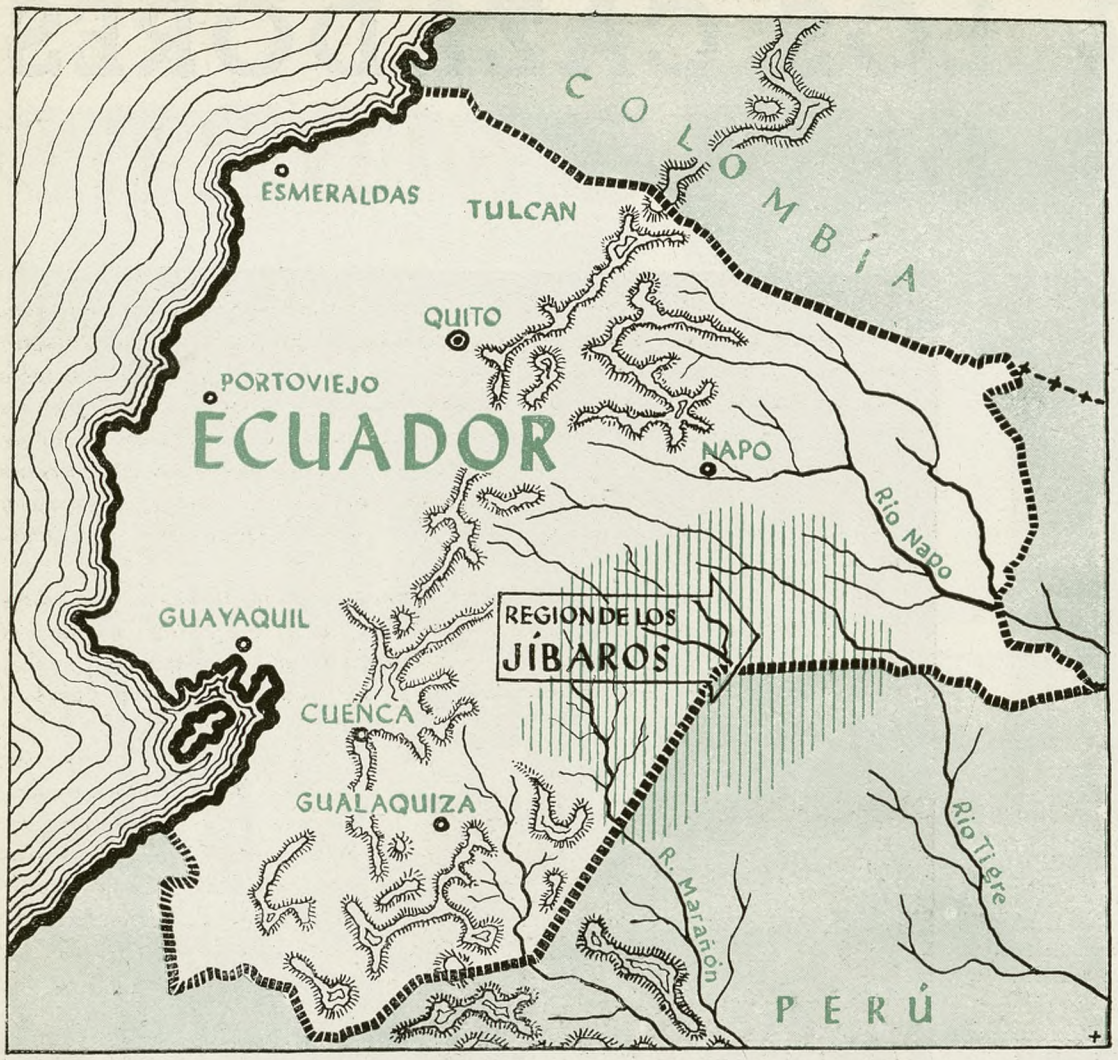
BODO WUTH

DESDE la cima de la cordillera oriental de los Andes, y mirando hacia el Oriente, se divisa el infinito océano de verdura que se agita en una extensión de tres mil quinientas millas, a lo largo de la costa atlántica. Comprende varios millones de millas cuadradas de tierra, velada por la lluvia incesante, bañada por las frías corrientes que descienden de las cúspides andinas y atravesada por ríos de ancho cauce que nacen en el páramo. Esta es la morada de millones de especies vegetales e insectos y también de tribus indígenas, muchas de las cuales son desconocidas para el hombre blanco.

En esta fría y húmeda selva, el indio se ha abierto paso al través de la tupida maleza y ha formado un oasis en la espesura para construir su vivienda y cultivar su campo de mandioca. La inmensidad del Amazonas le es desconocida y jamás ha soñado en el mundo que se extiende más allá de los límites de su región. Su imaginación abarca tan sólo la selva que le rodea. Los límites de su región no están establecidos por tratados, sino por el temor, la superstición o el capricho geográfico. No tiene pasado y el futuro le tiene sin cuidado. No tiene lenguaje escrito. Ni siquiera posee alguna vaga historia legendaria. Su noción del tiempo es totalmente distinta de la nuestra.

Toda su tradición y su acervo mental se reducen a una colección de leyendas populares—en las cuales es él el personaje central—que explican cómo vino a la vida y en lo que se convertirá cuando deje de existir. Esporádicamente, en el curso de los siglos han penetrado en su región, trayendo consigo costumbres y hábitos superiores, hombres extraños, de apariencia "mágica" y gustos aún más extraños. Algunos de ellos vienen a buscar con verdadero frenesí los dorados guijarros que relucen en los claros arroyos de la selva; otros vienen a cambiar arcos por un líquido viscoso que podría obtenerse más sencillamente haciendo incisiones en la corteza de diversas clases de árboles; algunos otros llegan a alterar la tranquila existencia de los nativos por razones aún más recónditas: su objeto de investigación es el indio en sí. Desean saber quién es, quién ha sido anteriormente, conocer sus pensamientos... Su anhelo es comprender la rutina cotidiana de la vida del indio.

El nativo ha contemplado con franca hilaridad a los barbudos sabios, mientras éstos recogen pacientemente los piojos de las aves muertas para colocarlos en pequeños frascos llenos de un líquido mágico. Ha observado a otros recolectando hojas de plantas y prensándolas cuidadosamente entre dos hojas de papel. Ha mostrado una sorpresa infantil ante la cólera e irritación del hombre blanco



cuando estas extrañas colecciones se han perdido al caer en una corriente. ¡Hay tal profusión de hojas en la selva! Ha aprendido con asombro que en la tierra de los hombres blancos es necesario plantar los árboles.

—Mirad—dijo un anciano filósofo de la selva—, aquí, para plantar un árbol, tenemos primero que derribar veinte.

En las bajas colinas de los Andes Orientales, en este paraíso de los coleccionistas botánicos, habitan unas tribus cuyos hombres se cazan entre sí. Son los indios jíbaros, quienes a sí mismos se denominan indios "shuara", y que son temidos tanto por los mestizos como por los blancos. A través de los siglos, los jíbaros han sido conocidos como el pueblo más sanguinario de cuantos habitan en los tres millones de millas cuadradas de la región amazónica. En el estado más primitivo de salvajismo selvático, surgiendo lentamente de su confusión en relación con los fenómenos naturales, estos hombres se cazan entre sí, dan muerte y decapitan a sus enemigos y reducen las cabezas al tamaño de un puño. Aunque su región es ya accesible, han conservado su renombre a causa de esta macabra costumbre y permanecen hasta el presente temidos e ignorados.

Su vida es estática y uniforme. Habitan en una sola vivienda, construída en el corazón de la selva virgen, y allí nacen, viven y mueren en un espacio cuyas dimensiones escasamente llegan a doscientos pies cuadrados. Aquí se representa el drama de su vida. La selva es el terreno de cacería del jíbaro, su laboratorio. Extraños temores le acosan por todas partes. El genio del bosque acecha por doquiera. El indio cree que las lagunas, los lagos, el bosque, los animales, están animados por espíritus, que constantemente buscan hacerle daño. La peste los sorprende a veces, a menudo por conducto del hombre blanco, quien les ha llevado la tuberculosis, la sífilis, la viruela y la disentería.

No obstante su sórdida reputación de salvajismo, el jíbaro recibe con agrado al hombre blanco y lo hospeda tan cordialmente como se lo permiten las comodidades de la selva. Abre las puertas de su casa al visitante y trata como mejor puede, dentro de los límites de su comprensión, de portarse como un buen amigo y huésped. Si el hombre blanco corresponde a esta hospitalidad, el indio conserva su condición de ser primitivo, dotado de interesantes modalidades, aunque a veces peligroso.

El cazador de cabezas ha sido juzgado y analizado. Sus pequeños artefactos y ornamentos de plumas han sido coleccionados y catalogados. Las cabezas que él reduce a pequeñas proporciones para fines religiosos, han sido negociadas profusamente.

Cuando nos unimos al desfile de los curiosos visitantes blancos, no buscábamos El Dorado. Los tesoros de los Llanganatis no constituían el objeto de nuestra investigación; no buscábamos pigmeos, ni una raza de indios blancos en el Amazonas, ni una boa *constrictor* de quince metros de largo, ni los restos de los exploradores o aviadores perdidos que hubieran caído accidentalmente en la selva. Estábamos coleccionando insectos de organización social, o, más específicamente, termitas. Nuestros esfuerzos por recorrer todo el territorio ecuatoriano nos llevaron a la región en donde los hombres se cazan entre sí. No formábamos la expedición mejor equipada para llegar a esta región, ni tampoco la peor. No formábamos la más grande; por el contrario, constituíamos posiblemente la más pequeña de cuantas habían llegado allí. "Nosotros" éramos, sencillamente, mi esposa, Cristina, botánica, y yo, termitólogo. Con excepción de nuestros peones y cargueros, estuvimos completamente solos durante los ocho meses que permanecimos con los cazadores de cabezas.

La época y estación que se elijan para ir al Ecuador dependen de lo que se esté coleccionando. Los coleccionistas de orquídeas prefieren hallarse en la Amazonia septentrional durante los meses de abril, mayo y junio, porque el punto culminante de la estación lluviosa es también la estación de las flores. Los entomólogos no necesitan ser tan cuidadosos. Los insectos, en el Amazonas, tienen una especial omnipresencia. No hay un solo mes del año o una sola hora de las veinticuatro del día que no tenga su grupo peculiar de plagas. El coleccionista no necesita buscar los insectos; éstos lo buscarán a él.

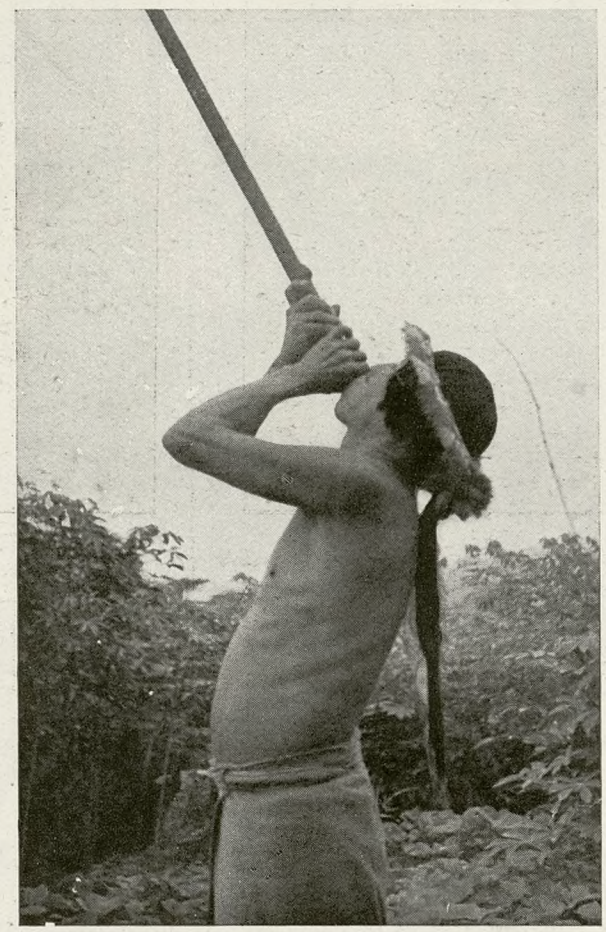
Para llegar a la región de los cazadores de cabezas, sin embargo, tuvimos necesidad de hacer un viaje largo y difícil. No teníamos por delante una tarea fácil, puesto que había que cruzar los Andes por la zona amazónica.

A TRAVES DE LAS CORDILLERAS

Por cualquier camino que el viajero elija para entrar en la región amazónica, bien sea por Papallacta, en la carretera Quito-Napo, la tradicional vereda Banos-Puyo, o el camino que tomamos nosotros, el de Cuenca a Gualaquiza, tiene forzosamente que entenderse con la mula. La mula, y sólo ella, puede llevaros a través de las elevadísimas cordilleras azotadas por el viento. Ella os transportará, junto con vuestros enseres, hasta mucho más allá de donde un caballo se hubiera desplomado; ella os hará sentiros relativamente cómodos, porque mide cada uno de sus pasos y prueba la senda que conduce de un precipicio a otro. Actúa así según sus propios hábitos y deseos. Tiene un paso determinado, y pobre del que intente hacerla trotar. Sabe hasta dónde debe llegar en el curso de un día, y entonces, cuando da por cumplida su jornada, ni siquiera los golpes la harán moverse. Y aunque uno lance imprecaciones, maldiga al animal y desee verlo desaparecer para siempre, la reflexión da al fin la medida de la gratitud que merece el animal. Se recuerdan los días en que la mula lo ha llevado a uno sobre su lomo; días interminables en que el animal ha recorrido pacientemente caminos que sólo por un considerable esfuerzo imaginativo pueden recibir este nombre.

Como si la mula no fuera un problema suficiente, en el viaje a través de los Andes amazónicos existe el arriero, o mulero. Ha vivido durante tanto tiempo con sus cargas, que ha terminado por adquirir una gran semejanza con ellas.

Rara vez, o casi nunca, se encuentra en el Ecuador un arriero con una abundante provisión de mulas. Un mulero profesional tiene, como máximo, cinco o seis. Rara vez tiene un peón más de una mula, y conseguir diez mulas más implica llevar consigo los diez peones correspondientes. Algunas de las grandes haciendas están mejor equipadas, pero sus animales están trabajando constantemente en las faenas agrícolas. A causa de la dificultad que existe para alquilar o comprar mulas, el viajero debe tener sumo cuidado en conservar su equipo, a menos que desee esperar varios días mientras se recorre el país en busca de refuerzos.—L. M.



A la izquierda: Mapa que señala la región ocupada por los jíbaros.—Abajo: Dos tipos característicos de "La región de los cazadores de hombres". Un indígena dispara su bodoquera o cervatana, llamada "umbi", y una mujer jíbara nos muestra su hijita.—Bodo Wuth.

HUELLAS DE ESPAÑA Y HEROISMO PARAGUAYO

La selva avanza sobre las ruinas de las Misiones de San Lorenzo Guazú.

LA labor catequista de los misioneros, emprendida en un escenario indomeñado, entre tribus hostiles, supone un despliegue de abnegación, de fervor religioso y de inteligencia que nos reconcilia con la especie humana", dice el ex Presidente del Paraguay, D. Natalicio González, en su libro "El Paraguay eterno".

Se ha dicho que las Misiones jesuítas del Paraguay fueron el primer Estado que puso en práctica el comunismo. En parte es verdad. Sólo en parte, porque el régimen de propiedad privada existió en las doctrinas guaraníes y predominó sobre el sistema de propiedad común. Esta fué subsidiaria: sirvió para completar lo que la iniciativa particular no alcanzaba a lograr por indolencia, condiciones climatológicas adversas o por falta de brazos dedicados a la defensa de los poblados contra los "mamelucos" de Sao Paulo.

Fuera o no comunista el Estado jesuíta, no es seguro que fuese implantado de buenas a primeras, como plan preconcebido, por los misioneros de la Compañía de San Ignacio. Parece muy probable que los jesuítas adoptaron, perfeccionándolo, el sistema que ya practicaban, tal vez en forma rudimentaria, las tribus guaraníes de una extensísima zona que hoy forma parte no sólo de Paraguay, sino también de Argentina, Brasil y Uruguay.

Esta adopción por parte de los misioneros de un régimen de vida autóctono es lo que ha hecho decir a los historiadores que en esta parcela de América la conquista se hizo al revés.

Lo que conocemos de la vida de los guaraníes, debido muy especialmente a las narraciones de los jesuítas, nos indica que la propiedad mueble, de casi nulo valor, como es de suponer, era enteramente privada; no así la inmueble, que era de dos clases: el "abámbaé" (propio del hombre, del indio), que era la tierra entregada u ocupada por el individuo y obligado a trabajarla en la medida de sus fuerzas, y el "tupámbaé" (Tupá: Dios, propiedad de Dios, propiedad común), que representaba la colectivización de la tierra, cultivada bajo la fiscalización del grupo en sus orígenes y del "Estado" jesuíta después. En el cultivo del "tupámbaé" intervenían por turno todos los miembros de la comunidad, y posiblemente hasta el establecimiento de las Misiones esa participación no tuvo lugar de una manera sistemática. Y la producción de esta propiedad colectiva venía a suplir las fallas de la privada, y era además la base del comercio exterior de las Misiones, y de sus reservas salían las vituallas y provisiones para las expediciones que se emprendían con fines de interés para la comunidad.

El régimen de comunidad agraria, recogido por nuestras leyes de Indias, llega como una institución hasta nuestros días, perpetuada por la tradición, a pesar de los esfuerzos realizados, sobre todo por la legislación que parte de 1870, y que, sin conseguir inculcarlo enteramente en el espíritu del pueblo, se afana por establecer el derecho de propiedad en el campo paraguayo sobre abstractos moldes de importación.

En el ambiente de las doctrinas jesuítas, que no era siempre el de una Arcadia, como lo quiere la imaginación romántica de Chateaubriand y de los viajeros que pintan un paraíso de las zonas que recorrieron sometidas al régimen de comunidad narrado, prosperó y se pobló lo que hoy comprende Paraguay.

Las invasiones de los "mamelucos" de San Pablo, que periódicamente hacían incursiones en busca de esclavos, y los abusos de los encomenderos, a los cuales nuestra legislación de Indias—no siempre cumplida—trató de poner freno, fueron poco a poco arruinando una labor, tan paciente como inteligente, realizada por los Padres de la Compañía de Jesús; ruina que culmina con la expulsión de los jesuítas, decretada por Carlos III, aunque aquí no tuvo lugar hasta diez años después que en España. Hoy no queda de las Misiones más que el recuerdo, literatura y unas ruinas esparcidas por todo el Paraguay, sobre las cuales avanza implacablemente la selva.

Las doctrinas se disolvieron y sus componentes se vieron abandonados a su suerte frente a la explotación del blanco y del mestizo—que fué peor—, y se interrumpió el progresivo aumento de la población, que la inmigración no alcanzó nunca a suplir, detenida por las mejores condiciones de clima y prosperidad material de las márgenes del Río de la Plata.

Sobrecoge hoy el ánimo ver el mapa del Paraguay y pensar que en esa extensión, dividida verticalmente por el río Paraguay, vive una población que no llega al millón de habitantes. De éstos, alrededor de trescientos mil viven en la capital y pueblos próximos. El resto, en unos cuantos pueblos del interior y en los interminables hierbales de mate, quebrachales y estancias de ganado.

Este brevísimo bosquejo de la distribución de la población paraguaya sirve de presentación al problema demográfico—quizás el problema del que parten los demás—, ante el que se debate este país desde los comienzos de su vida independiente, y muy especialmente desde el último tercio del siglo pasado. En 1870, al terminar la guerra que este país sostuvo durante cinco años con la Argentina, Brasil y Uruguay unidos, quedó en el Paraguay una población masculina inferior a 30.000, cifra compuesta en su mayoría por ancianos y niños. En esa lucha se puso por primera vez en práctica, en la proporción correspondiente, la "guerra total": el Paraguay quedó materialmente destrozado. Los astilleros, fundiciones, industrias, altos hornos, fábricas de armas y el comercio, que Carlos Antonio López preparara y que su hijo, el mariscal Francisco Solano López, perfeccionó y puso en movimiento para la lucha que iba a sostener contra una superioridad numérica abrumadora, fueron destruídos, saqueados, arrasados, como anuncio de lo que nuestra generación había de ver estos años en Varsovia, Londres, Coventry, Berlín.

Restos de la iglesia de Humaitá (hoy monumento nacional), que fué un baluarte de las defensas del mariscal López contra la invasión extranjera.

El mariscal López intentó forzar el bloqueo que ahoga a este territorio mediterráneo; violó la neutralidad de un vecino para atacar a otro, y después de invadir extensos territorios en el sur, tuvo que replegarse a sus selvas, esteros y cenagales, estableciendo allí sus líneas defensivas, con las que con suerte varia, pero siempre con un heroísmo y una audacia que pasman, mantuvo a raya durante años a los ejércitos de la Triple Alianza. Los nombres de Curupayty, Humaitá y Cerro Corá, donde el mariscal cae cuando no tenía más que un puñado, así literalmente, de hombres, levantan la admiración y mueven al respeto aun de sus enemigos externos e internos. Que también tuvo su quinta columna, a la que no perdonó. De ella formó parte un hermano que, ante la evidencia de la traición, fué fusilado.

Hoy, todavía, Paraguay paga el paso por el Gobierno de este Quijote mestizo ambicioso, heroico y visionario.

M I G U E L C O R D O M Í

escenas de caza

LOS animales tienen un mundo mágico y tierno creado por los hombres. Un mundo de fábula y arte, cuyos límites son las páginas de los cuentos, el cromatismo pictórico y las bellas litografías, y cuyo meridiano se ha prolongado, en esta última hora de la técnica, hacia el milagro luminoso de la pantalla.

El asunto animalista ha tentado y curioseado a muchos pinceles ilustres en el área de la estética universal. Sin embargo, en España no es frecuente la incursión de nuestros artistas en tema tan lleno de sugestiones y motivos propicios a la composición colorista. Por eso es digno de relieve y de loa el caso de Calvet, que ha empleado su paleta en ofrecernos las más hermosas muestras de un gran estilo pictórico en la difícil especialidad de la vida naturalista.

De Calvet son las escenas que ilustran esta página. Realizadas con mano maestra, comprenden paisajes y especies animales genuinamente españolas. Los marcos en que se desarrollan estas escenas vienen a ser como un resumen paisajístico de la Península, tan rica en variedad y contrastes.

Primero, la alta montaña, con el incomparable urogayo como protagonista principal. Después, la sierra baja, donde pulula la roja perdiz. Y, por último, la llanura tan abundante en lagunas naturales o artificiales que reflejan en su líquida superficie los campos de arroz y el inmenso mundo de aves acuáticas habitantes de estas zonas.

En el primero de los cuadros de Calvet queda admirablemente recogida la circunstancia cumbre de la época amorosa del urogayo, cuya climatología reproductora surge y culmina en el mes de las flores. El urogayo, interesantísimo personaje del deporte cinegético, vive en España en las regiones pirenaicas y en las montañas cántabras, astures y leonesas, y está considerado en los países de la Europa central como una especie de caza mayor.

Prácticamente, la captura de esta soberbia ave—que llega a pesar hasta seis kilos y medio—, no puede llevarse a cabo más que en el tiempo de su celo frenético. En tal momento, denuncia su presencia el cazador, en la madrugada y al atardecer, por su canto o reclamada en las proximidades de la hembra, con la especial particularidad de que en ese instante pierde los sentidos del oído y la vista durante varios segundos, que el cazador aprovecha para acercarse a la pieza.

A este cuadro que hemos glosado cabría oponerle una objeción—la única—, y es que el urogayo, representado en el momento de su canto amoroso, mantiene sus ojos abiertos cuando en realidad debía tenerlos cerrados. Aparte de este detalle, todo es admirable en el lienzo: la proporción de los cuerpos de la hembra y el macho, el colorido de sus plumajes y el ambiente montañero.

El segundo cuadro nos lleva a las bajas serranías, donde tanto abunda la brava perdiz roja. Pero no sola, por desgracia, sino rodeada de la alimaña que tan graves destrozos causa en la caza menor. Se trata de los dos jóvenes raposos, aprendices de ladronzuelos, que ven frustradas sus argucias de bandidos novatos con la huída a tiempo de la pareja de perdices. Observemos las magníficas y distintas expresiones de los dos zorros. En uno, de coraje y rabia, y en el otro, de desencanto, al comprobar que sus ardides han sido burlados.

Finalmente, y en el tercer lienzo, está lograda de mano maestra la tonalidad del amanecer sobre la laguna, en la que pululan cercetas, silbones, rabudos, azulones y demás componentes de la amplia familia acuática. Hora incomparable en la que el cazador se encuentra ya colocado en su puesto, en espera de que se vaya creando la luz necesaria para empezar el fogueo, en el cual agotará sus municiones con gran acopio de piezas, si la suerte le es propicia.

Los pinceles han captado, lleno de movimiento y realismo, el instante en que la pareja de azulones despega ruidosamente del agua, dejando marcadas en la superficie esas ondas concéntricas que se ensanchan lentamente hasta difuminarse.

C O N D E D E Y E B E S

CHOPIN EN MALLORCA

CIEN AÑOS DESPUES DE SU MUERTE

DE Sóller a Valldemosa va la carretera, blanca de sílice y caliza, como una cinta cinematográfica, en una rápida sucesión de planos desconcertantes, bordeando la cornisa de la Costa de Oro. Y, finas siluetas de encalado ensueño, van pasando los blancos caseríos silenciosos, los hotelitos colgados sobre el mar, la cala rumorosa de Deyá —diríase un pueblecito de cantón suizo, a orillas del Lemán— y las atalayas magníficas de los Miradores, desde donde se ve la espuma del agua, como nubes de otro cielo que se arrojase sobre los acantilados. Junto a Deyá, la "Foradada"; la gran roca, en la que el mar abrió el capricho de un "ojo de buey" y sobre la que se conserva la negra mancha de la hoguera que encendió Rubén, cuando ataviado de cocinero, quiso guisar una paella junto al Mar de Petrarca.

A orillas del camino, los olivos —bacantes de la latinidad— se estremecen en el espasmo de una danza diabólica, mientras ladera arriba, los viejos anacoretas de Miramar reposan bajo los pinares o rezan, en la frescura de las estancias blancas, frente a la verdad tremenda de una humana calavera. Luego la carretera deja la espesa floresta y la compañía del mar —un mar único, increíble, alucinante— y abriéndose al valle, llega a Valldemosa, la villa mallorquina de Santa Catalina Tomás —la santita mucama— y de Raimundo Lulio, que pasó en la Trinidad sus años de anacoresis y de enseñanza de lenguas orientales; allí nació "Blanquerna", la cigarra de Dios; ermitaño poeta con celda, fuente y capilla.

Reposa el pueblo entre las cercas de higueras y naranjos, almendros y algarrobos, en el encanto de una página de Gabriel Miró, en esa paz recoleta de la Isla de la Calma —la "Roqueta", dicen los paisanos—, y dominando huertos y callejas de espesas celosías, el tejadillo verde de la torre de la Cartuja parece un monje encapuchado sobre el que pusieran los pájaros sus alegres estridencias paganas.

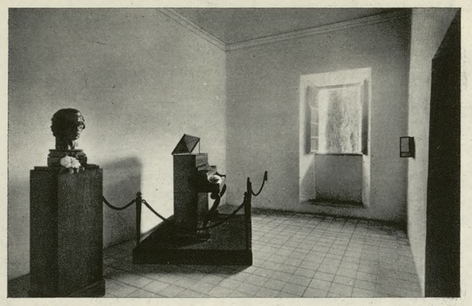
SANTUARIO DEL SILENCIO

Decir Valldemosa es decir la Cartuja. El viejo edificio grande, gris y traspasado de salmos, conserva airosos sus muros del siglo XIV y es un santuario del silencio; hollado con demasiada frecuencia por las pisadas bruscas de turistas irreverentes. Sonriendo al valle que se extiende hasta el sur de la isla, hasta las llanuras de Manacor y Porto Cristo donde se encienden candilejas de maravilla en las estalactitas de los grutas fantásticas, la Cartuja, rodeada de cipreses y limoneros, conserva todavía su majestuosa grandeza y su silencio, ese callar sereno de los monjes blancos que se advierte en claustros y corredores y que pervive en las celdas encaladas primorosamente y en los jardincillos risueños colgados sobre el valle. Fundada como Monasterio de Cartujos en 1339, por D. Martín de Aragón, el oscuro edificio fué víctima en 1835 de la Ley Mendizábal, que al nacionalizar los bienes eclesiásticos, expulsó de la Cartuja a los trece monjes que la habitaban. Las celdas fueron alquiladas o vendidas a particulares, que lo mismo las utilizaban como graneros que como residencia de verano. Muchas de ellas estaban vacías y en otras se conservaban las viejas sillerías corales, los grandes facistoles o el sillón del Rey Don Martín, mientras la humedad corroía los frescos de la iglesia y crecía la hierba en el cementerio viejo de los monjes.

EXTRANJEROS EN VALLDEMOSA

Un día de diciembre de 1838 llegaba a la Cartuja un extraño grupo compuesto por una mujer, un hombre y dos niños, Eran Jorge Sand —nacida Aurora Dupin, baronesa Dudevant—, Federico Chopin y Mauricio y Solange, hijos de la Sand. Un catarro del anterior invierno había dejado a Chopin una inquietante tosecilla y Mauricio pasaba por una crisis de adolescencia. El médico de París recomendó a ambos una temporada de descanso en un clima meridional. Jorge Sand pensó en Italia, país que ya conoció con Alfredo de Musset en una borrascosa y lamentable aventura, pero al fin se eligió Mallorca como punto de invernada, y un buen día de Noviembre de 1838 el vapor "El Mallorquín" zarpaba de Barcelona rumbo a Palma de Mallorca con los cuatro pasajeros a bordo.

La señora Dupin causó sensación en la pequeña ciudad provincia-



na. Los pantalones rojos de la escritora, sus horribles cigarros, la ropa masculina de Solange y un ejemplar de "Lelaia" que corrió de mano en mano, espantaron a aquellas gentes sencillas. Por otra parte la enfermedad de Chopin —vislumbrada claramente por los isleños— y la misma compañía del músico con una mujer casada, divorciada, con dos hijos que no eran de ambos, motivaron un natural retraimiento de los palmesanos contra los que Jorge Sand pretendió vengarse calumniosamente en "Un hiver à Majorque" Después de una breve estancia en Palma y luego en Sont Vent, el grupo se trasladó a la Cartuja donde encontró fácilmente acomodo, permaneciendo allí durante dos meses, ocupando la celda número cuatro del corredor de los monjes.

Chopin escribía a sus amigos de París, encantado de la belleza del paisaje y de la paz del ambiente y todo fué bien durante escaso tiempo. El carácter viril y pasional de la escritora chocó pronto con la excesiva sensibilidad del desdichado Chopin Y pronto se abrió entre ellos un abismo definitivo que les separó ya para siempre. La Sand, fracasada en su teatral papel de dulce y abnegada enfermera, pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, mientras el joven músico, derrumbado sobre el teclado de su Pleyel, escuchaba aterrado el rumor obsesionante de las gotas de lluvia y sus ojos con fiebre veían largas filas de monjes encapuchados por los fríos corredores y un sacristán borracho golpeaba las puertas y se arrastraba bajo la arcada, llamando a un fantástico "Padre Nicolás". En aquellas horas de soledad y angustia nacieron los atormentados poemas de los "Preludios" y algunos Estudios, Baladas, Scherzos y Polonesas.

A los dos meses de su estancia en Valldemosa el grupo emprende el retorno a Francia, dejando en la celda el rumor de sus voces y las cascadas escalofriantes de las melodías.

EN BUSCA DEL RECUERDO

Pasaron los años y pasaron aquellas vidas azarosas e inquietas como agujas de marear. El pianino Pleyel llevado por Chopin a Mallorca quedó en poder de Elena Choussat, esposa de un banquero de Palma, mientras en la celda abandonada se dormían los ecos de palabras y notas. El actual propietario del Pleyel —Don Gabriel Quetglas Amengual, auténtico caballero mallorquín— recibió en 1919 una carta de M. Edouard Ganche, Presidente de la Sociedad Federico Chopin, de París; M. Ganche quería comprobar si el piano Pleyel conservado por los herederos de la señora Choussat de Canut era el que usó Chopin durante su estadía en la Cartuja. Había una prueba documental: una carta del músico, fechada en Marsella el 28 de marzo de 1839 y dirigida al Sr. Canut. El señor Ganche, con su esposa, llegó a la isla y comenzaron las investigaciones para determinar la auténtica celda de Chopin; un dibujo de Mauricio Sand "La cellul"— permitió identificarla plenamente y el Sr. Quetglas la adquirió, colocándose en su muro de entrada una placa conmemorativa por la "Societé Chopin'" en la que figuraban entonces, además de M. Ganche, Eduardo Herriot, el Conde Zamoysky, la Condesa de Noailles, Lecomte, Paúl Valéry, Charpentier, Rabaud, Vidor, Pablo Casals, Alfred Cortot, Paúl Dukas, Maurice Ravel y otras figuras destacadas de la vida intelectual francesa.

En la celda restaurada se colocó un busto de Chopin. obra de Borrel Nicolau —escultor de las formas tremendas y visionarias— y el pianino Pleyel. al aire el teclado que se estremeció bajo las manos del genio. Y sobre el marfil amarillento, los guardianes de la celda renuevan diariamente una rosa blanca, mientras otras florecillas —rojas, verdes, azules— son el homenaje del valle mallorquín ante el busto del músico. Sobre el teclado inmóvil, sólo tres manos han buscado la "nota azul", fueron las manos de Wanda Landowska, las del Padre Massana, S. J., y las de José Casasnovas.

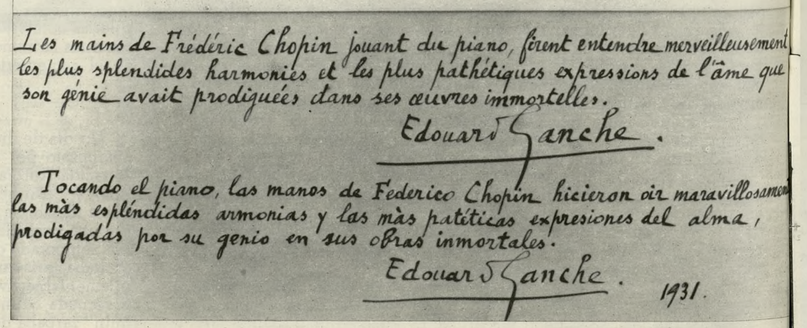
En esta celda se conservan numerosos documentos, entre ellos las Memorias de la señora Choussat —llenas de referencias—, la carta de presentación de la Baronesa Dudevant al banquero Canut, y la carta de Chopin que prueba la autenticidad del piano, pruebas incontestables, todas ellas de la legítima posesión del Pleyel. Un Comité Pro Chopin, integrado por Herriot, Aurora Sand, Cortot, J. Estelrich, M. Sureda y otras figuras francesas, organizó en los años 1931 al 1935 audiciones musicales sobre obras chopinianas. Actuaron como solistas Horszowsky, Rubinstein, Cortot, Unisky y Sulikowsky.

Aquella celda silenciosa es visitada diariamente por esos peregrinos de la belleza que buscan tenazmente el recuerdo emocionado de los grandes hombres. En el libro de Oro de la auténtica celda, quedan los breves autógrafos nerviosos del actual Gran Duque de Rusia, de la princesa Mercedes de Baviera y Borbón, de los pintores Anglada Camarasa, José de Togores y Enrique Ochoa; del músico Padre Massana, S. J.; del escultor Illanes; del político y diplomático Conde Lubiensky, de Costa, Marshall, Padilla, Manen, Rufino, Ekitai Ann... El "pauvre piano majorquin" de que habla la Sand en sus Memorias, parece perdido definitivamente; en otra celda de la Cartuja se enseña uno, carente en absoluto de pruebas históricas, mientras Wanda Landowska afirma poseer en su Escuela de Saint-Leu-La-Foret el auténtico instrumento, afirmación sólo basada en conjeturas.

LA CARTUJA Y CHOPIN

En otoño de 1933. Nino Salvaneschi, el escritor ciego que describió en "Sirénide" las bellezas de Capri y que ha buscado las consecuencias artísticas del amor y el dolor, firmaba en la Cartuja su prólogo a "El tormento de Chopin", la más apasionada y humana biografía del músico polaco. El es quien afirma que Valldemosa no fué un simple episodio en la vida de Chopin, sino una etapa decisiva; el músico llegó a la isla buscando "la primavera o algo más" y en ese "algo más" quiere ver Salvaneschi el presentimiento de su desgracia por el músico; enfermo incurable, el clima de la isla no pudo hacerle ya ningún bien. La laringitis diagnosticada por un médico benévolo, se había convertido en una lesión grave que habría de llevarle a la muerte diez años después —en 1849— de su invernada en la Cartuja. Agotado, amargo, solitario, Federico Chopin añoraría muchas veces la paz de la Cartuja. las admiraciones verdes de los cipreses, el eco de los grandes salones vacíos, el silencio recoleto de las celdas y el rumor de la fuente enclaustrada, con las grandes hojas amarillas flotando en el agua, como pequeños barcos fantásticos que nunca llegarían al puerto de su ventura. Y recordaría con terror aquella noche estremecida de espectros o aquella otra carnavalesca, en que hombres y mujeres con cabezas de pájaros bailaron el bolero mallorquín —más obsesionante, más rítmico, más enervante que nunca— junto al viejo cementerio de los monjes donde la Luna vertía su tristeza imposible. Chopin sembró los rincones de la celda de sus blancos pañuelos perfumados, donde florecieron extrañas y terribles flores rojas. Y "enfermo detestable" según la Sand, pronto comprendería la tragedia de su destino llamándole a voces como al nórdico príncipe maldito; allí, en Valldemosa, se consumió la hoguera inútil de aquel amor absurdo entre la viril escritora y el delicado polaco, que desde entonces vivieron alejados y extraños, incluso durante los nueve años que aún duró el torpe y fracasado idilio. La historia ha disculpado a Federico Chopin; su silencio abnegado, su delicadeza al no acusar nunca, forman un notable contraste con la actitud de Jorge Sand que parece haber escrito sus obras para justificarse ante la posterioridad, lavando sus sucias manos en el agua inefable de la hipocresía. Valldemosa conserva celosamente el culto al recuerdo al músico. Está el aire de la cuarta celda como petrificado y quieto; aquel mismo aire que tembló desgarrado con la angustia infinita de los "Preludios", mientras el pobre sacristán borracho llamaba al "Padre Nicolás" y el músico lloraba abrazado a su ataúd toda la tristeza de su fracaso y de su gloria.

JOSE MARIA PEREZ LOZANO



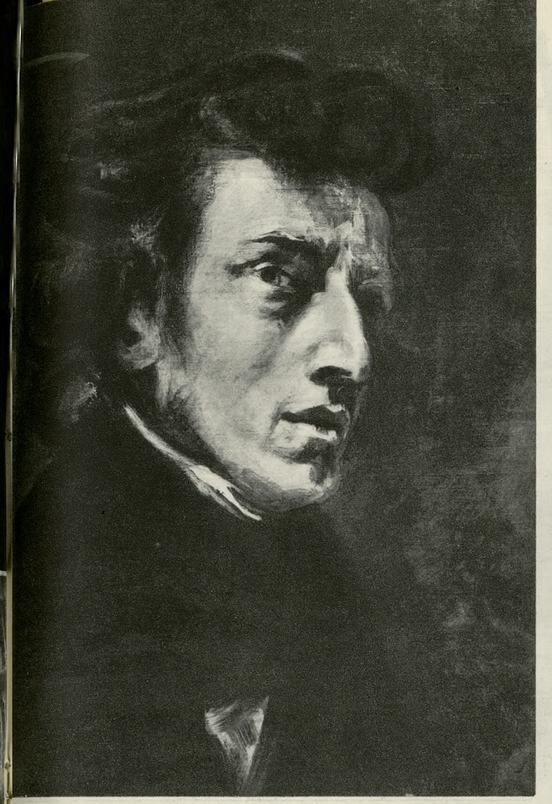
Les mains de Frédéric Chopin jouant du piano, firent entendre merveilleusement les plus splendides harmonies et les plus pathétiques expressions de l'âme que son génie avait prodiguées dans ses œuvres immortelles.

Edouard Ganche.

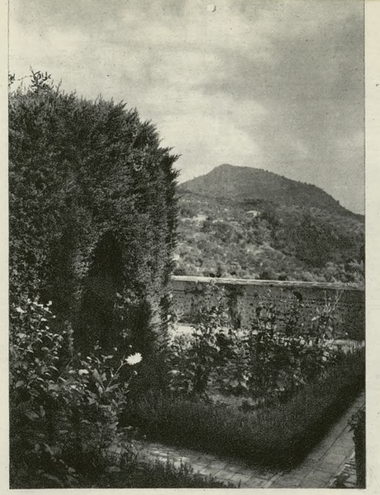
Tocando el piano, las manos de Federico Chopin hicieron oir maravillosamente las más espléndidas armonías y las más patéticas expresiones del alma, prodigadas por su genio en sus obras inmortales.

Edouard Ganche. 1931.

Arriba: Sobre el marfil del pianino Pleyel, sus guardianes renuevan diariamente una gran rosa blanca.— Abajo: La mano izquierda de Chopin, según un vaciado de Clesinger, con un autógrafo de Eduardo Granche.



Chopin llegó a Valldemosa "buscando la primavera o algo más".



La policromía de las flores...

.. en el jardincillo de la celda...

... desde el que Chopin contemplaría...

.. la llanura y la línea imperceptible del mar.

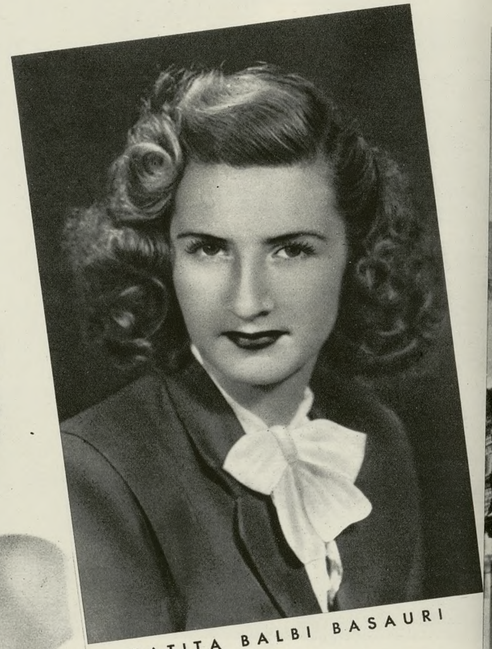
Rincón de la Celda Chopin, identificada por un dibujo de Mauricio Sand.

Palmeras y cipreses... Chopin no olvidó jamás la ternura de estas rosas

BELLEZAS LIMEÑAS

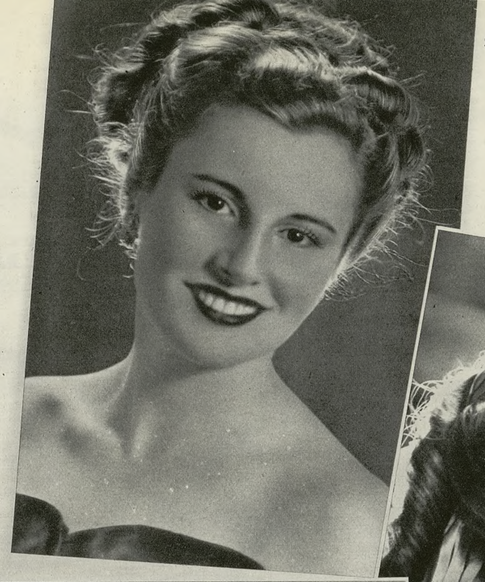
BEATRIZ AGURTO CALVO

JOSEFINA ARBULÚ DELGADO



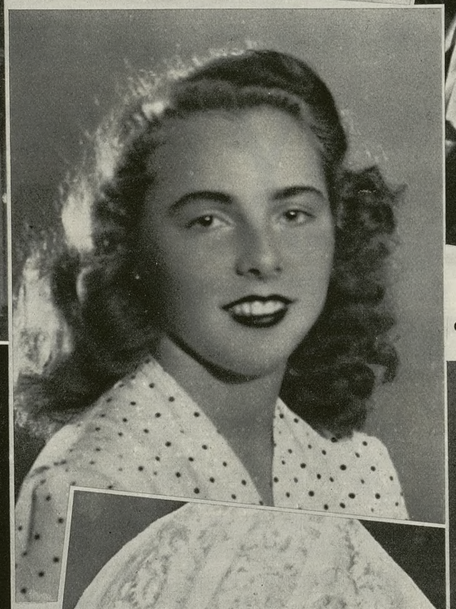
CATITA BALBI BASAURI

PALACIO TORRE TAGLE



SARA LARRABURE DE MONTERO

ELSA NÚÑEZ PARDO



OLGA MOSEY ARROZPIDE

ROSAURA BATESTANI

RENÉ HARSENM GÓMEZ DE LA TORRE

OLGA LA ROSA BERMEO

BALADAS ROMANTICAS

Hoy he tenido la visión
de mi niñez.
Tú tenías un corazón
blanco de ensueño y candidez.
Al encontrarnos otra vez,
hoy he tenido la visión
de mi niñez.

Después de tantos años, hoy
te he vuelto a ver.
Tú eres idéntica y yo soy
una ironía de mi ayer.
En mi yo siento un otro ser.
Después de tantos años, hoy
te he vuelto a ver.

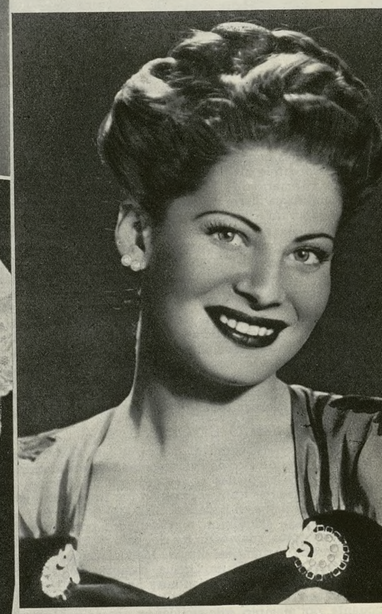
Entonces era el porvenir
encantador.
Los dos queríamos vivir,
porque la vida era el amor.
Y aunque entrevimos el dolor,
entonces era el porvenir
encantador.

Por un momento nada más
tengamos fe.
¿Por qué no han de volver jamás
aquellos días en que amé?
Hablemos de lo que se fué.
Por un momento nada más
tengamos fe.

Hoy he tenido la visión
de mi niñez.
Tú tenías un corazón
blanco de ensueño y candidez.
Al encontrarnos otra vez,
hoy he tenido la visión
de mi niñez.

ALBERTO J. URETA

Alberto Ureta, uno de los más destacados poetas peruanos, nació en Lima en 1887. Pasó largas temporadas en España, como diplomático, y ha publicado numerosos libros, entre ellos «Rumor de almas» y «El dolor pensativo».



ELENA STURLA DE FERNÁNDEZ

SUSANA DE LA ROSA

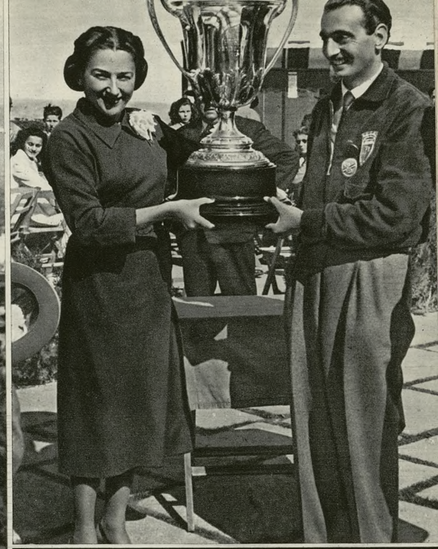
Mr. Clark y Sr. Conde de Elda.

Mistress Palmer, campeón mundial de Tiro (femenino).

Sr. de Dora, subcampeón mundial.

Mr. Clark, campeón del mundo, y señora.

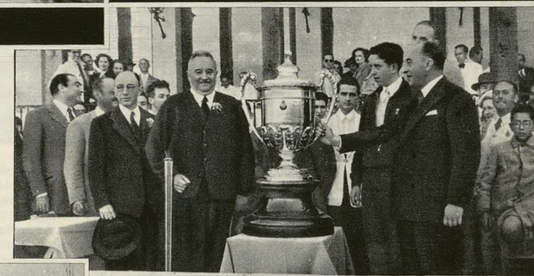
El Príncipe Joao del Brasil.



Sra. Condesa de Elda y el ganador de la Copa Domecq.

Vista parcial del campo de tiro de «La Moraleja».

XIV CAMPEONATO MUNDIAL DE TIRO DE PICHON



El Sr. Alcalde de Madrid entrega un trofeo al señor Madariaga.

EN MADRID

Mientras el mundo llamado político discute «su caso», España —el país de los brazos abiertos— ha acogido en su capital a gentes selectas, venidas de todas partes para participar o presenciar la más codiciada contienda deportiva de tiro de pichón, el deporte privilegiado que practican quienes pueden y no quienes quieren.

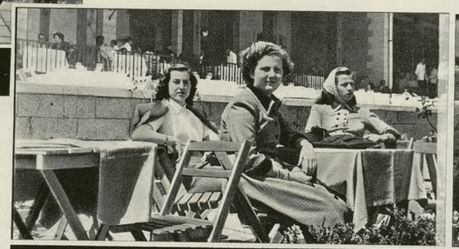
Se escogió la magnífica posesión de «La Moraleja», a veinte kilómetros de Madrid. A su izquierda —el Norte— la abrupta Sierra, el amplio pabellón de «La Moraleja» es como un gran navío que se adentra en la dura tierra castellana. Finca de caza, llegará a ser un día —así se lo proponen gentes de mucho empuje— extensa colonia. Por lo pronto —tal y como hicieron nuestros conquistadores para empezar por dar gracias a Dios— ya se eleva entre la jara del monte la aguja de una capilla en construcción. Y ha sido aquí, en pleno campo, donde tuvo lugar la gran recepción deportiva y social que en el fondo —y en la superficie— ha resultado un verdadero acontecimiento internacional.

Forzosamente tenemos que partir en dos—por su gala lo merece—la informacion del sucedido: acontecimiento deportivo y acontecimiento social, que de ambas cualidades estuvo muy sobrada la magnífica finca de «La Moraleja»

ACONTECIMIENTO DEPORTIVO

No creo equivocarme al decir que este XIV Campeonato Mundial de Tiro de Pichón celebrado en Madrid superó en doce escopetas el «record» de inscripción, que llegó a trescientas nueve. También fué importante la dotación de premios en metálico: 1.200.000 pesetas.

En España estuvieron representados por sus más selectos tiradores, además de los del país organizador, Estados Unidos, Argentina, Brasil, Méjico, Cuba, Portugal, Inglaterra, Francia, Italia, Grecia, Hungría, Bélgica y Suiza. Y todos ellos obtuvieron muy halagüeños resultados aunque no ganaran premio. Porque hay que tener en cuenta, por ejemplo, que mejicanos, argentinos, cubanos y brasileños, tuvieron que competir —en desventaja— con una muy grande desproporción numérica, no teniendo casi la condición de equipos frente a los conglomerados norteamericano, italiano, portugués y español. Pero estuvieron aquí dichos países hispanoamericanos, que es



Tres distinguidas asistentes al campeonato.

El Sr. Ministro de Filipinas rodeado de su familia.

La más selecta sociedad asistió a las diferentes pruebas.

Nuestro colaborador D. Valentín González y señora.

Sr. Duque de Lécera y Conde de Salinas.

Mistress Palmer rodeada de algunos admiradores.

Excma. Sra. D.ª Carmen Polo de Franco, Mr. Clark y Condesa de Elda.

El Excmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores y señora asistieron a las pruebas.

El Excmo. Sr. Ministro de Marina y familia.

El Excmo. Sr. Embajador de la Argentina, D. Pedro Radío, acudió a «La Moraleja».

El Sr. Conde de Elda, abraza al campeón mundial Mr. Clark.

Un aspecto parcial del chalet de «La Moraleja».

lo importante y halagador para los organizadores españoles. Por lo demás el tiro de pichón ya se sabe que es un deporte donde el azar juega muy importante papel. A Clark, campeón del mundo, le vimos errar disparos, incomprensiblemente...

Resultaron vencedores en «La Moraleja» los siguientes tiradores: Don Luis de Ussia (España), en la Copa de la Sociedad; el señor Morasso (Italia), en el Gran Premio Inauguración; el señor Santos (Portugal), en la Copa Terry; míster Clark (Estados Unidos), en el XIV campeonato mundial; el señor Bornaghi (Italia), en la Copa del Conde de los Gaytanes; la señorita Cristina de Alburquerque (España), en la Copa de la Sociedad; D. Josephe Musso (Italia), en la Copa Domecq; el señor Strasbourger (Hungría), en el Gran Premio Guadarrama; S. A. R. la Infanta Doña Alicia de Borbón (España), en la Copa V. E. E a brazi; D. Romualdo Madariaga (España), en el Gran Premio de Madrid y el señor de la Lastra (España), en la Copa Marqués del Mérito.

Otras escopetas distinguidas fueron los señores Sacchi (Italia), Picollo (Brasil), Merino Ballesteros (España), conde de Villada (España), Hardy (Hungría), Bellini (Italia), Marques Rodrigues (Portugal), Rosini (Italia), Baptista (Brasil), Juan y Aldo de Giacomi (Argentina), Rierola (España), Charbonier (Francia), Castaño (España), Padeira (Portugal), conde de Teba (España), Arechabala (Cuba), Steindhart (Cuba), Corado (Portugal), Insua (Argentina), Caldesi (Italia), Duque de Lécera (España), Arrizabalaga (España), Lowland (Estados Unidos), Magathaes (Portugal), Llopis (España), Moreschi (Italia), Ferreira (Portugal), S. A el Príncipe D. Joao (Brasil) y Osborne (España). Y las señoras de Palmer, de Ruiz de Lopes, de Isetts, de Campos Guereta, de Bertrand, de Iraola, de Osborne y de Morasso. Y las señoritas Clark, Osuna y Morenés.

De verdad que fué algo verdaderamente excepcional.

ACONTECIMIENTO SOCIAL

Planten ustedes un nardo en campo de ortigas para encontrar un fuerte contraste y apreciar más la gracia y elegancia de la aromática flor. Pues así en «La Moraleja» sobresalió la belleza y la elegancia femeninas en un desfile ininterrumpido de distinción y alegría.

Tan fué así que de hoy en adelante tendremos que incluir a «La Moraleja» entre los lugares clásicos y tradi-

(PASA A LA PÁGINA 54)

Una obra de arte plástico, las simples cosas que contemplamos, nos interesan siempre en la medida que al hacerlo les agregamos algo de nuestra propia personalidad. Meditando sobre el espectáculo, realmente impresionante, del «todo Madrid» entusiasmado ante los «stands» de la Exposición de Trenes en Miniatura, hemos llegado a esta conclusión: Las maquetas y miniaturas de grandes obras apasionan por una razón bien sencilla. Porque así como al contemplar una casa o una máquina de ferrocarril de tamaño normal no necesitamos agregarle nada, porque ya está completa, en una máquina de tren «con todo», pero reducida a un tamaño que la puede sostener un hombre en su mano, lo que le falta de hierro, acero y otras materias, hasta alcanzar sus dimensiones normales se lo agregamos automáticamente nosotros. Y resulta entonces una construcción mixta, de acero, hierro e ilusión.

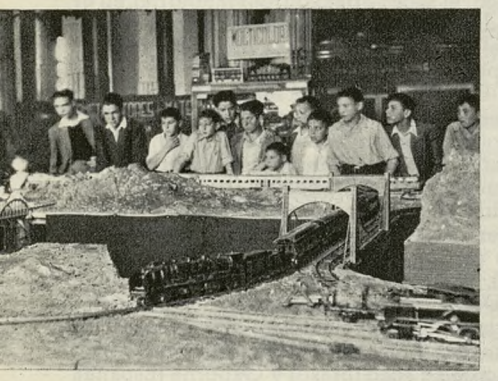
Así se explica este interés general que despiertan siempre las maquetas y las miniaturas, sean de trenes, de barcos o de cualquier otra construcción, reducida a escalas inverosímiles. Así nos explicamos el entusiasmo que los «niños» de veinte a setenta años manifiestan ante los trenes pequeñitos, pero de gran precisión plástica y técnica, presentados en ésta Exposición que se ha celebrado en los salones del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

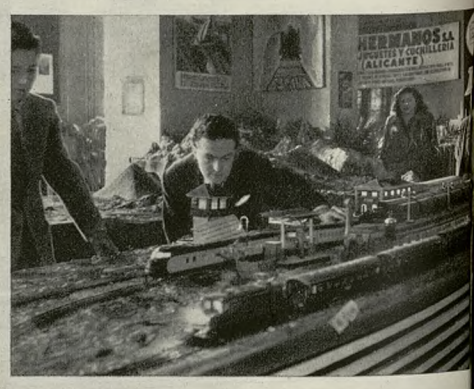
Y esto en cuanto a los mayores, porque para los niños de verdad, que también acuden, ya es otra cosa. Para los niños jamás habrá en el mundo de las realidades ferroviarias un tren expreso que alcance las velocidades de ese tren de juguete que cruza el pasillo de la casa con un chirrido de hojalatas, y recorre en menos de un minuto la distancia «enorme» que separa la «estación de Madrid», que está en el despacho de papá, de la de «Barcelona», instalada provisionalmente debajo de la mesa del comedor. Y hay que tener en cuenta que, aunque estos trenes pequeñitos, no son juguetes propiamente dichos, sino auténticas construcciones de escala reducida, para los niños es lo mismo. A ellos no les importa demasiado que las medidas de las piezas estén a escala justa ni que cada una esté construida del auténtico metal que llevaría la de tamaño normal. A ellos les entusiasma porque caminan y no por lo que se parecen a los trenes de verdad, sino a los trenes de juguete que han visto en el bazar. Pero la gran sorpresa de los organizadores fué...

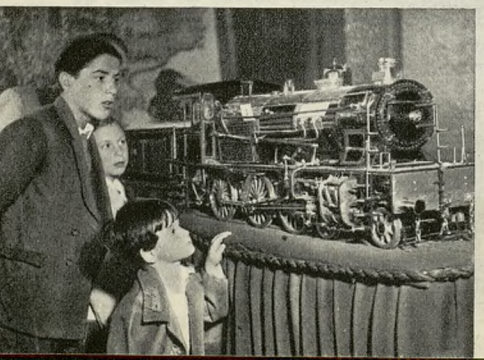
AL HABLA CON EL PRESIDENTE DE LA «ASOCIACION DE AMIGOS DEL FERROCARRIL»

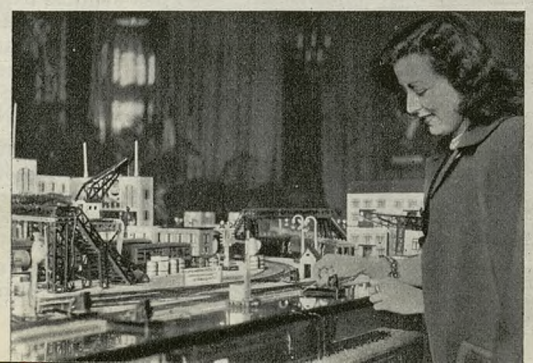
Sabían ustedes que existían en Madrid sociedades de Caridad, de «Amigos de París», de «Amigos del Arte», de «Amigos de los Quintero», de «Amigos de animales y plantas» y otras muchas «amistades» dignas y filantrópicas. Pero ¿a que

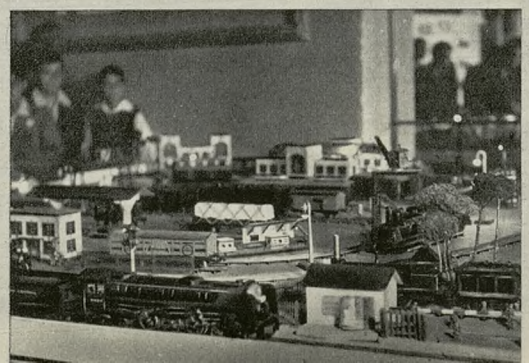
(PASA A LA PÁGINA 53)

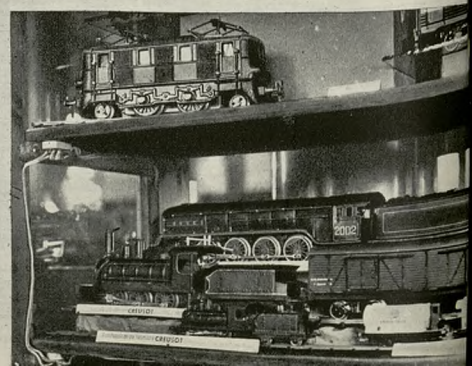












UNA DÉCADA

DE LA PAZ UNITARIA EN LA CREACIÓN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

El autor de este trabajo, Juan Aparicio, actualmente director del diario madrileño «Pueblo», es quizá el mejor conocedor de la literatura y el periodismo españoles de los últimos diez años. A su etapa como director general de Prensa — 1941-1945 —, y en muchos casos a su impulso, corresponde un inusitado florecer de revistas literarias o meramente periodísticas en todos los puntos de España.

Personalmente, Juan Aparicio ideó, fundó y dirigió tres grandes periódicos, anchos y vigorosos, que removieron y ampliaron el ambiente literario español. Fueron «El Español», «La Estafeta Literaria» y «Fantasía», en cuyas páginas se dieron a conocer centenares de escritores y periodistas de la generación de la postguerra nacional.

La década no es una medida arbitraria, sino que es una medida ineludible. Si el lustro, aunque engendrando la lustración con su carácter entre estadístico y casi sacramental, era una manera de contar para el empadronamiento, los dioses de la antigüedad tuvieron que recurrir a la década para ajustar las cuentas a los hombres. De cien en cien años puede producirse la conmemoración de un centenario, como en el tiempo clásico el hallazgo de un carmen secular; pero sólo de diez en diez años podemos resumir cuanto ha pasado en medio de la tierra y del cielo. Desde 1899 hasta 1949 han transcurrido, dentro del medio siglo español, cinco décadas que remataron guerras o preparaban revoluciones. Acaso fué un azar esta reiteración del guarismo nueve en la historia más reciente de España; sin embargo, ahí están las fechas de 1899, con la postrera repatriación de los soldados del fuerte de Baler, en las islas Filipinas, después de haberse perdido este archipiélago, junto a Puerto Rico y Cuba, y la fecha de 1909, que es el año del barranco del Lobo, y la fecha de 1919 sin que nuestro Estado interviniese en la paz de Versalles, quizás porque teníamos pendiente una guerra social e incubándose una guerra civil, la guerra de 1929, cuando, a pesar del auge de las dos exposiciones internacionales de Barcelona y Sevilla, se inició con la próxima caída del general Primo de Rivera la catástrofe del separatismo y del bolcheviquismo, cuya extirpación por las armas pudo ser celebrada en la fecha el 1.º de abril de 1939. En esta fecha totalizadora de 1949, tras cincuenta años de política y literatura, nos corresponde obtener la conclusión de que cada década anterior ha producido una promoción o consecuencia literaria, más o menos positiva, según las reacciones nacionales o antinacionales de la Patria, mientras que el resultado literario de la década final, proporcionalmente en cantidad y calidad y sin la perspectiva aun de la lejanía histórica, que es donde intervienen los eruditos y los catedráticos de Instituto, ha dado una suma cuantiosamente, valiosamente óptima A una guerra unitaria ha sucedido una paz unitaria, la primera paz unitaria que han vivido contemporáneamente los españoles.

No obstante el lugar común de que en aquella tarde de domingo de 1898 el pueblo y la clase dirigente se habían inhibido de la derrota naval de Santiago de Cuba, extravertiéndose en el círculo mágico de la plaza de toros, perduraba en la conciencia nacional el otro lugar común de que se había gastado ultramarinamente hasta el último hombre y la última peseta. España estaba exhausta y necesitaba una regeneración... Contra este pesimismo interior de los políticos que merodeaban en torno a un Estado escéptico, cuyo monarca era un menor de edad, y contra la miopía de los observadores extranjeros, como Rubén Darío, enviado especial de «La Nación» de Buenos Aires, en 1899, que veía un trasunto de las ruinas de Itálica en las tertulias y en los salones literarios madrileños — Cánovas, Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Echegaray, Castelar, Alarcón, valetudinarios, cascados, exangües o difuntos —, en el mismo año 1899 se fundó por Luis Ruiz Contreras la «Revista Nueva», en la que, agrupándose bajo esta enseña de novedad, colaboraron los escritores de la generación del noventa y ocho. O sea, hubo un sincronismo sorprendente entre la crisis militar, la creación literaria y el vehículo — en este caso «Revista Nueva» — para su comunicación con el público.

Ningún novelista o poeta del noventa y ocho, salvo Manuel Ciges Aparicio, en la Habana, y Felipe Trigo, que fué herido por los tagalos al servir en Filipinas como capitán médico, estuvo en el escenario de la lucha y del desastre, como tampoco asistieron a las operaciones desgraciadas de 1909 en Melilla los poetas y novelistas de la promoción que hubo de publicar la revista «España» en 1915. En el noventa y ocho, Ramiro de Maeztu fué soldado expedicionario para Cuba, pero su batallón se quedó en la isla de Mallorca, en tanto que, en 1909, el único voluntario para la campaña marroquí fué Eugenio Noel. En cambio, los militares que han gobernado desde 1923 en adelante, no desertaron de sus puestos de honor y de combate en la manigua, en el Rif o en el Alcázar de Toledo; cada vez en sitios más próximos a la médula peninsular; porque cada vez era más imprescindible, quirúrgica, recreadora la guerra unitaria.

Al lado del abandono de Marruecos en 1909, que tuvo una consecuencia trágica con el nombre de Annual, existió en 1919 el abandonismo de la guerra universal que acababa, cuyos corolarios fueron para Italia, Alemania, Rumania, los movimientos llamados fascistas y para España el aniquilamiento de la monarquía en 1931. Así, en 1919, España, que no era excombatiente, se contagió de las modas literarias inventadas en la Francia que iba a ser sobrerrealista, pero que no había combatido de mentirijillas; como desde 1939 a 1949 se ha pretendido también que nos impregnemos los españoles del existencialismo, que es la moda literaria de una Francia que se entregó a los alemanes en junio de 1940 y que reconquistó París con las tropas españolas de la División Leclercq.

En 1929, principió a rememorarse por los estériles literatos de la colección «Nova-novorum», de la «Revista de Occidente», la fecha francesa de 1830, que trajo la dinastía burguesa, financiera, liberal de los Orleáns; es decir, la creación literaria se sumergía en un espejismo décimonónico, de donde habían de salir,

el 14 de abril, los compases de «La Marsellesa» y el «Himno de Riego». Mientras que el literato español estaba entretenido en fingir retrasadamente los estados de ánimo, los morbos y las degeneraciones de París — pues para muchos que se dolían del mal de fin de siglo arrastraban en España el decadentismo producido por el desencanto de la *débacle* de Sedán, como el dadaísmo allá, o el ultraísmo entre nosotros, fué causado por la insatisfacción de los franceses, que sólo habían ganado a medias frente a Alemania — el proletariado español se había escindido de la órbita nacional, como el separatista catalán, vasco o gallego operaban subversivamente.

Entonces surgió la consigna para el remedio; pero el autor de esta frase «la guerra unitaria», que precedería a la auténtica y verídica guerra unitaria en el plazo de menos de un bienio, no fué un reaccionario español, un tradicionalista español, un falangista español, sino el primer investigador presentado por España ante el mundo, el premio Nóbel de Medicina don Santiago Ramón y Cajal. Hay una cuartilla manuscrita por su mano en la que se consigna lo siguiente: «Remedios, sólo dos: el heroico Gracián; reorganizar el Ejército, suprimir fueros y estatutos e ir a la guerra unitaria, o la resignación». No resignándonos, el dilema se redujo a un acto enormísimo de voluntad, y por lo tanto de creación. La guerra unitaria sobrevino en 1936; luego vino la paz unitaria en 1939, en la que recogimos la unidad social, la unidad nacional; esto es, la unidad espiritual que habían logrado todos los combatientes.

¿Cuál es el haber político de España en esta década que comenzó en 1939? Conseguida la unificación de los españoles, se ha iniciado la industrialización de los españoles, alejándose su literatura del ruralismo de un país agrario, como se iba a liberar del introvertimiento de un Estado y de unos súbditos que no salían fuera. Entre 1939 y 1949 el español pudo acercarse a Moscú, como el Gran Ejército napoleónico, vivir en una Europa sin «telones de acero» y comparecer en la América hispana en el momento en que América se dispone a ser la legataria de Europa. La órbita visual e intelectual de los españoles se ha abierto durante estos diez años, no limitándose ya a ser vates en los juegos florales de Salamanca, a la manera de Gabriel y Galán, ni a confundir en los cafés de Madrid el maquinismo con el coche de caballos, cuyos jamelgos comían todavía torrijas en 1919, cuando los poetas de la vanguardia empleaban el verso libre para los elogios del motor de explosión.

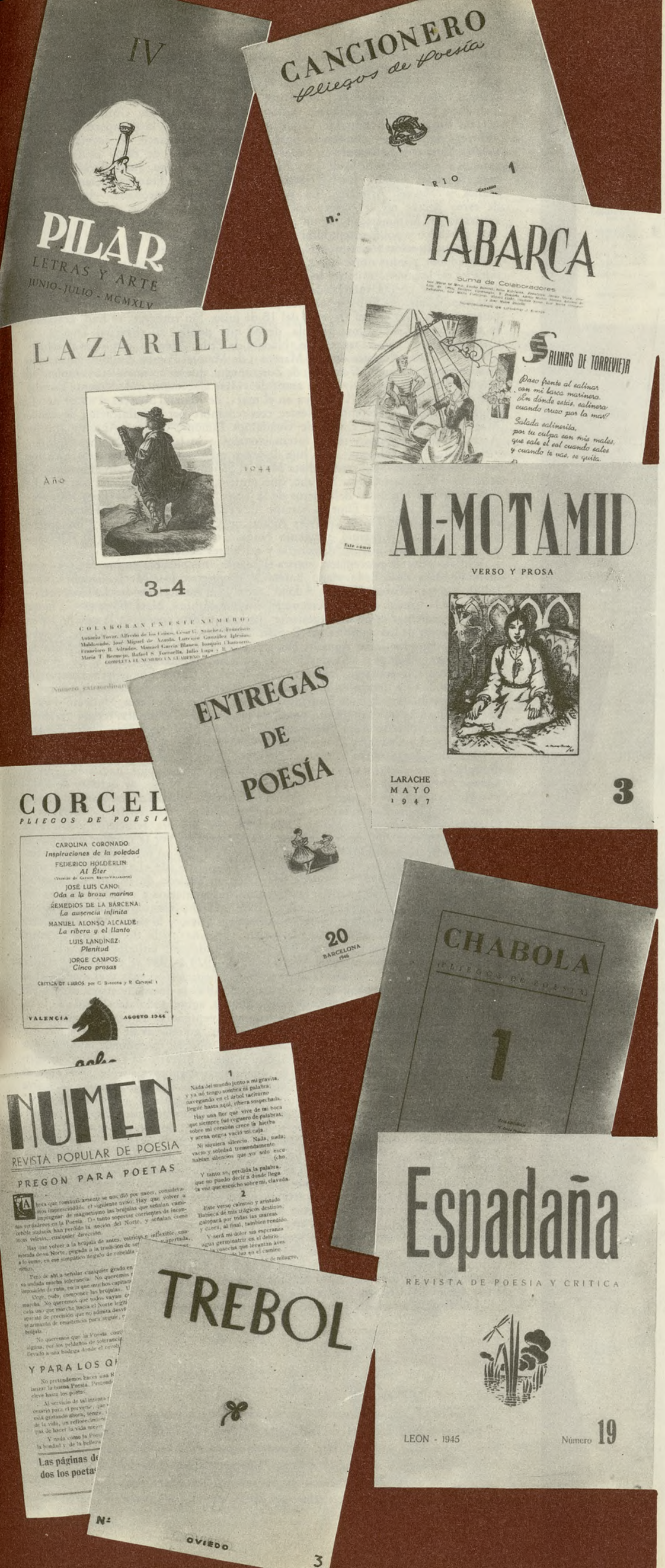
Al comenzar la guerra unitaria, España se había partido en dos mitades, presentándose el contrasentido o la paradoja de que la España rural había de vencer y asimilarse a la incipiente España industrializada, o sea la España del socialismo comunista, la anti España del Estado catalán y de Euzkadi En ese momento, los escritores que habían aparecido en 1899, en 1909, en 1919 o en 1929 o se convirtieron en aliados de la facción marxista, de la secesión separatista o se expatriaron física o moralmente de la Patria, entregándose a un silencio absoluto De la gente del noventa y ocho sólo Miguel de Unamuno pudo pronunciarse por el Alzamiento Nacional en julio de 1936, pero Unamuno falleció el 31 de diciembre de aquel año. España parecía, según las palabras escolásticas, una *tabula rasa*, en la que sólo los militates y la juventud estaban en su puesto. Dentro de la juventud hay que incluir en primer término a la juventud falangista, ya que la Falange, además de ser una solución a nuestra antiquísima crisis política, fué también una fórmula literaria, una renovación de la vida y del estilo, como emanación o prolongación externa de la vida renovada. José Antonio Primo de Rivera llevaba consigo la posibilidad de un gran poeta, de un gran novelista, de un gran dramaturgo, como había demostrado ser un gran orador y un ensayista incomparable. La Falange fué un movimiento político; pero fué a su vez un movimiento literario, en el que colaboraron desde sus orígenes Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero y Eugenio Montes, quienes representan la España literaria que no había faltado en Marruecos, en Roma, en Berlín, en Londres, en América. La España original y universa, caracterizada por un pensamiento y por un estilo.

Hubo en 1936 la aportación de «Acción española», de la revista fundada en 1931, poco después de «La Conquista del Estado», por quienes confiaban en una supervivencia de la tradición monárquica de España. Fueron José María Pemán, Sainz Rodríguez, Vegas Latapié, Jorge Vigón, José Félix Lequerica, José Ignacio Escobar, Joaquín Arrarás, José María Areilza, continuados por José Antonio Cortázar, José María García Escudero, Juan José López Ibor, que eran más o menos inéditos en julio de 1936.

La España campesina, la España de las ciudades históricas, que se industrializó para el esfuerzo de una guerra moderna, tuvo asimismo que improvisar una prensa provinciana al servicio de su causa patrióticamente revolucionaria y unitaria. Pamplona inventó el arquetipo de un periódico poético y guerrero, teológico y polémico — su «Arriba España» —, que se extendería a través de las tierras reconquistadas de la Península. Este fué el vaticinio de que en la década de 1939 a 1949 iba a renovarse, transformándose, pese a las dificultades técnicas, el periodismo español. En esta Pamplona de la Navarra fronteriza con Francia, se publicó, en 1937, «Jerarquía» (la revista negra de la Falange), gracias a la maestría en el arte tipográfico de Angel María Pascual, que junto con Fermín Izurdiaga se había formado en la escuela periodística y literaria de don Raimundo García y García. La revista negra de la Falange fué un canon ornamental y neoclásicamente doctrinal dentro del credo nacional-sindicalista. Acaso, porque allí se había refugiado don Eugenio d'Ors, que prestaba la constancia de su novecentismo, así como también apareció allí Pedro Lain Entralgo, médico, filósofo, historiador de la Medicina y de las generaciones culturales, y más tarde director de «Escorial» y de la Editora Nacional, iniciada inmediatamente en Burgos. En el otro extremo del Pirineo — esta cordillera que se ofreció como plinto a Basterra para sus augurios españoles — Vicente Risco y Ramón Otero Pedrayo, arrepentidos de su desviación galaica, hubieron de proteger y fomentar la fundación de otra revista menos lujosa aparencialmente; pero que con su título de «Misión» colaboraría entre los ingredientes de una política futura. «Misión» se trasladó luego a Pamplona, bajo el patrocinio de don Eugenio d'Ors, mientras que los gallegos y los vascos españolizados se reunieron en San Sebastián, en la redacción tradicionalista, falangista, unitaria de «La Voz de España» dirigida por Juan José Pradera.

Abajo, en Sevilla, se publicaba «Fe» fundado en 1936 por Patricio González y Canales, en tanto que Eduardo Llosent Marañón resucitó su revista «Mediodía» como un entronque con la feliz España literaria de la Dictadura: la época de «La Gaceta literaria», de Giménez Caballero; de «Verso y prosa», de «Carmen» y «Lola» de «Gallo y Pavo», de «Papel de aleluyas», de «Meseta», de «Manantial», etc. etc. La Falange andaluza se polarizó literariamente en torno a «Fe», de Sevilla, y a «Sur», de Málaga, esperando el mes de abril de 1939 para ser uno de los componentes de la síntesis de una década.

Entre Andalucía y Navarra estaban emplazadas Salamanca, Valladolid y Burgos, las ciudades por donde pasó el ímpetu enérgico y organizador del Cuartel General. En Salamanca, desde 1937, dirigí «La Gaceta Regional», a quien puse el subtítulo de «Diario Nacional de Salamanca», porque desde 1937 había decidido la creación de «El Español» como órgano representativo y expresivo de la España unitaria, de la paz unitaria, de la España unida y archipotenciada por Franco. En Valladolid funcionaba la matriz jonsista de Castilla, alrededor de la acción militar de sus banderas y de la acción intelectual y periodística de Antonio Tovar, de Narciso García, de Javier Martínez de Bedoya, de Jesús Ercilla, de Gabriel Hernández, de Andrés María Mateos, etc., enrolados en el semanario y en el diario «Libertad». Habiéndose convertido Burgos en la sede definitiva del Cuartel General, hubo de influir esta jefatura en un predominio burgalés en la postrera fase



literaria de la guerra, trabajando allí Dionisio Ridruejo, José Antonio Jiménez Arnau, Juan Beneyto, Pedro Lain Entralgo, al frente de proyectos que se realizarían venida la paz.

Resumiendo: entre 1936 y 1939 surgieron los núcleos culturales ya citados, destacándose, además, la edición de «Vértice», en San Sebastián, y de «Fotos», en Bilbao, gracias a la tenacidad de Cadenas y Manuel Gómez Comes («Romley») y de Manuel Fernández Cuesta. En ese tiempo hubo la aparición de una novela de Agustín de Foxá: «Madrid, de Corte a checa», cuyo éxito fué reconocido por todos; de un pequeño libro de Antonio Tovar sobre «El Imperio español», con repercusiones inmediatas y sucesivas, y de un libro de versos de José María Castroviejo, titulado «Altura», en cuyo prólogo me preguntaba con avidez a mí mismo cuál había de ser el fruto literario de tanta lid, de tanta ilusión, de tanta sangre, de tanta alegría, de tanto dolor, de tanta esperanza derramada por los españoles. Pronosticaba un renacimiento de la novela y de la poesía, de la palabra, de nuestro verbo en el mundo; pero la adecuada respuesta a mi interrogatorio han de ser los nombres y las obras que siguen.

La célula de la Literatura son la poesía y el periodismo. Poetas y periodistas han germinado, durante esta década española, con una proliferación tan exuberante que no han podido disminuir ni las intermitencias del caldo de cultivo donde se expansionan los númenes poéticos, que son las revistas de poesía, ni las vacaciones prolongadas del curso postrero de una escuela oficial. Tanto los periodistas cuanto los poetas, han nacido y prosperado en las cincuenta provincias españolas con tal redoblada perseverancia en su vocación, que las décadas posteriores a 1949 han de nutrirse con el jugo vivo de esta multiplicidad del espíritu genesíaco de España. Teniendo que haber sufrido la escasez de una penuria mundial de materias primas referentes al papel, linotipias, matrices y rotativas, la prensa española se ha ingeniado para subsistir invenciblemente sin haber acudido a la truculencia informativa. La sazón del periodismo español se ha manifestado en la serie de corresponsales extranjeros que presenciaron desde el terreno los acontecimientos y el desenlace de la segunda guerra ecuménica, cuales Ismael Herraiz, Carlos Sentís, Méndez Domínguez, Penella de Silva, José Ramón Alonso, Lorenzo Garza, Eugenio Suárez, Luis López Ballesteros, Trinidad Nieto Funcia, Miguel Moya Huertas, Rodrigo Royo, Manuel Casares, Guy Bueno, Cesar de Iriarte, Luis Climent, José Ramón de Aguilar, Salvador Vallina, Ignacio Ramos, Delgado Olivares, Sánchez Cañamares, Juan Ramón Masoliver, etc., que son ojos y conciencia de España más allá de nuestras fronteras. En el periodismo interior se han destacado—salvo error u omisión—figuras juveniles como Juan José Pradera—el antiguo director de «La Voz de España» de San Sebastián—, Ismael Herraiz, Pedro Gómez Aparicio, José María Sánchez Silva, Julio Fuertes, Manuel Vázquez Prada, Emilio Romero, Luis Ponce de León, Fragoso del Toro, Ruiz Ferrón, Blanco Tobío, José María de Vega, Saiz Maspulen, Bartolomé Mostaza, Carlos Foyaca, Suárez Caso, Enrique Aguinaga, José A. Pérez Torreblanca, García Venero, Lucio del Alamo, Alfredo Sánchez Bella, Antonio Valencia, Pedro de Lorenzo, Alvaro Cunqueiro, Gómez Tello, Gaspar Gómez de la Serna, Antonio Covaleda, Gutiérrez Durán, Sánchez Marín, Florentino Soria, Enrique del Corral, Julio Trenas, Juan Carlos Villacorta, Adolfo Prego, Angel Marrero, José Luis Colina, Jaime Torner, Juan Sampelayo, Leocadio Mejías, Pombo Angulo, Xavier de Echarri, Zubieta, Obdulio Gómez, Carlos Alonso del Real, Fernández Asís, Epifanio Tierno, Marcelino Junquera, Santiago Galindo, etc., etc. En la prensa provinciana se distinguen los directores y redactores José Molina Plata, José María Bugella, José Cirre, Antonio Sánchez Gómez, Miñano Ros, Santiago Lozano, Celestino Fernández, Angel del Campo, Lorenzo Muro, Primitivo García Sánchez Manher, Francisco Javier Abril, Aquilino Morcillo, Carlos San Martín, Eduardo Molina Fajardo, Francisco Arias de Velasco, Francisco Bravo, Dámaso Santos, José y Jesús de las Cuevas, Demetrio Ramos, Fernández Rúa, Domínguez Barberá, Raimundo Domínguez, Sanz Cajigas...

Será dificilísima una citación completa de los poetas españoles que aparecieron, aunque fuese con un parvo equipaje, en el espacio de la década analizada, pues sólo Cataluña ofrece un sumando de cien poetas en este instante del cómputo actual y cada comarca ostenta una semejante representación poética. Hasta 1936, el poeta que no figuraba en ambas ediciones de la antología de Gerardo Diego, no existía para los mentideros literarios. En cambio, los que no se encuentren mencionados en las antologías de Alfonso Moreno y César González Ruano, ni tampoco en las listas de nuestro balance, no deben sentirse fuera del caudal de la invención española, sino participando en la secuencia verbal e imaginativa de nuestra Patria Poetas de la guerra unitaria fueron José María Castroviejo, en cuyo poema «Altura» está conservada la temperatura de la revolución nacional, y José Antonio Cortázar, con sus versos acerca de la Legión, que dentro de cien años se canturrearán como romances. José María Valverde era un niño de diez años en su Valencia de Alcántara natal cuando la guerra ascendía del Sur, cual un vaho embriagador y sonoro; mientras que Eugenio de Nora sólo contaba doce años en su pueblo maragato de la Cepeda, a donde llegaría algún estampido del asedio de Oviedo. Pongo estos ejemplos de poetas transidos por la actualidad, porque coincido con el catedrático Gerardo Diego al incluirlos en el ámbito de una poesía romántica, humana, septica, cristiana, empapada de Dios y del hombre, a diferencia de los poetas clasicistas, que continúan la línea de Luis Rosales, Dionisio Ridruejo y José García Nieto. En el mes de Mayo de 1943 la poesía de la paz unitaria cristalizó en la revista «Garcilaso», que ha subsistido hasta 1946, debido al tesón de José García Nieto, quien puso campamento, cenáculo y cátedra en el Café Gijón, del Paseo de Recoletos, que, gracias al «Silencioso», ha sido el café literario más conocido y más atrayente de España. «Garcilaso» fué el portavoz de la «Juventud Creadora» —después se han desarrollado el indalismo y el postismo—en un momento en que el genio poético de nuestra lengua ha florecido primaveralmente, apuntándose hasta en Barcelona un auge parecido al movimiento ochocentista de la «Renaixença». «Garcilaso» fué una revista plural de todas las tendencias, aunque su director fuese un poeta fiel a su sino humano y poético. Coincidió el apogeo de «Garcilaso» con la aparición de «Lazarillo», en Salamanca, merced a la orientación de Alfonso de los Cobos y Santos Torroella; de «Espadaña», de León, orientada por Victoriano Alonso Cremer y Antonio G. de Lama; de «Proel», de Santander, encuadrando a Gómez Cantoya, Leopoldo Rodríguez Alcalde, Marcelo Arroita Jáuregui, Julio Maruri, José Hierro, Enrique Sordo y el fallecido José Hidalgo («Proel» se ha transformado luego en «La Isla de los Ratones», que conduce Manuel Arce); de «Halcón», de Valladolid, con Manuel Alonso Alcalde; de «Tabarca», de Alicante; de «Acanto», del Instituto Antonio de Nebrija; de «Alcántara», de Cáceres; de «Arga», de Felipe Gómez Alonso, en Pamplona; de «Cántico», de Ricardo Molina, García Baena y José Bernier, de Córdoba; de «Azarbe», de Juan Abellán, Manuel Fernández Delgado, Dictinio del Castillo y Castillo Puche, de Murcia; de «Ribalta», de Valencia; de «Viento del Sur», de Granada; de «Pilar», de Zaragoza; de «Mensaje», de Tenerife; de «Cauces», de Sevilla; de «Nubis», de Palencia, etc., etc. La producción poética de tanta voz lírica se recogió en el centenar de volúmenes publicados por la colección «Adonais», sostenida mediante el mecenazgo de Juan Guerrero y la perseverancia de José Luis Cano; sobresaliendo, entre los poetas, sin ninguna definición, Jesús Juan Garcés, Suárez Carreño, Vicente Gaos, Rafael Morales, Carlos Bousoño, Remedios de la Bárcena, Concha Zardoya, Ginés de Alvareda, José Antonio Muñoz Rojas, Federico Muelas, Manuel Díaz Crespo, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Félix Ros, Dolores Catarineu, Alfonsa de la Torre, Ildefonso María Gil, Enrique Azcoaga, Germán Bleiberg, Juan Ruiz Peña, Pérez Creus, Julio Garcés, Salvador Pérez Valiente, José Luis Prado Nogueira,

Rafael Montesinos, Dionisio Gamallo, Julio Rodríguez, José Salas, Pura Vázquez, Castro Villacañas, Ricardo Juan Blasco, Francisco José Mayáns, Edmundo de Ory, Luis López Anglada, Arcadio Pardo, Pedro Lezcano, Carlos Rodríguez Spiteri, Gabriel Celaya, Leopoldo de Luis, Antonio Oliver, José Luis Gallego, Antonio de Zubiaurre. Los poetas catalanes, capitaneados por Fernando Gutiérrez, junto a Martín Riquer, Juan Eduardo Cirlot, se congregaron en la desaparecida revista «Entrega de poesías», aunque la poesía catalana permanece, en su mayor parte, inédita, introvertida, hermética, expectante. Los nombres de estos poetas que se recatan son Juan Pinell, Jordí Cots, Luis Gassó, José Palau, Juan Barat, José Romeu, Salvadar Espriu, Juan Triadú, Alejandro Cirici, Francisco Gassó, Adolfo Nanot y Miguel Arimany. La poesía cerebralista, enconada, elaboradísima de estos poetas no se conoce en el resto de España, donde se conoce, por el contrario, la metamorfosis de un poeta catalán en un editor genial, en el editor más dinámico y polifacético durante esta epoca. He mencionado a José Janés.

Si la sustitución y continuación de los poetas anteriores a 1936 no era empresa desagradable, porque no se había roto el hilo sutil, metafórico que unía a las dos mitades de la guerra unitaria, hasta el caso de que Federico García Lorca fué exprimido por los poetas miméticos y endebles de la unidad y de la facción, parecía casi improbable que hubiese arrestos para restaurar la creación novelesca, bastante deteriorada y ruin en las vísperas del 18 de julio. Sin embargo, se han destacado la aparición de Camilo José de Cela, desde que publicó su «Pascual Duarte»; de Carmen Laforet, con su triunfante «Nada»; de Pedro Alvarez, con «Los chachos», «Nasa» y «Los colegiales de San Marcos»; de Manuel Pombo Angulo, superándose a partir de «Hospital General»; de Zunzunegui, que es un novelista completo; de Miguel Villalonga, el inolvidable autor de «Miss Gaccomini»; de Vicente Escribá, que alcanzó fama desde «Una raya en el mar»; de Marcial Suárez, el autor de «La llaga»; de Gonzalo Torrente Ballester, con renombre por la publicación de «Javier Mariño» y «El golpe de Estado de Guadalupe Limón»; de José Antonio Jiménez Arnau, con personajes y temas internacionales a lo largo de «La línea Sigfrido», «El puente», «La colmena», «La hija de Jano», «La canción del jilguero», «La cueva de los ladrones»; del tremendista Manuel Sánchez Camargo, con «Nosotros, los muertos»; de Rafael García Serrano, que obtuvo un premio nacional con «La fiel infantería»; de Mercedes Ballesteros de la Torre, autora de «Todo llega después»; de Carmen de Icaza, de Eugenia Serrano, de Pedro García Suárez, de Tristán Yuste, de Dario Fernández Flórez, de Félix Ayala, de Carlos de Santiago; y los autores galardonados con el premio «Eugenio Nadal», que otorgó la Editorial «Destino» a José Félix Tapia a I. M.ª Gironella y a Delibes Setién.

No obstante la prevención contra el cuento, inexplicable en las revistas y semanarios, han descollado como finísimos cuentistas: José María Sánchez Silva, Julián Ayesta, Manuel Halcón, Adolfo Lizón y los humoristas de «La Codorniz»—Alvaro de la Iglesia, Alfredo Marquerie, Miguel Mihura, Noel Clarasó—, a la que hay que presentar como un exponente literario de esta época, en la que la invención—, a pesar de los nombres de Román Escohotado, Víctor Ruiz Iriarte, Eusebio García Luengo, Emiliano Aguado, Horacio Ruiz de la Fuente, etc.—, se separa del Teatro para dirigirse a la redacción de guiones cinematográficos y de guiones radiofónicos. Sin embargo, Joaquín Calvo Sotelo y Carlos Llopis han complacido al público de este tiempo en el que se debe notar la perfección de los directores de escena, a la manera de Luis Escobar, de Cayetano Luca de Tena, Modesto Higueras y las artistas que tan pronto pasan de la pantalla al escenario como rivalizan en sabidura y desenvoltura intelectual, al modo de Natividad Zaro, Josita Hernán, Ana Mariscal y Conchita Montes, con los escritores de esta década.

Tal alud de personas y tantas obras en potencia debieron ser movilizadas, durante la paz unitaria de Franco, en los amplios receptáculos nacionales que se crearon, para su estímulo y para su ordenación, desde el mes de octubre de 1942. Los protagonistas de la guerra se habían establecido en Madrid, trasladando hasta este centro de la Patria las revistas castramentales —«Misión» y «Vertice»—. Cuando José Antonio reposó en El Escorial, esta palabra reluciente y sólida se imponía para emblema de otra revista, que fué fundada por la Falange para que la dirigiesen Pedro Laín Entralgo y José María Alfaro. Era un monumento imprescindible que requería a su vez la creación de «El Español», de «La Estafeta Literaria» y de «Fantasía», como la clave de bóveda de un período de la vida de nuestra Patria que había sobrepasado a los intentos fragmentarios y reducidos de las décadas anteriores. Así como la década de 1899 a 1909 presentó, aparte de la inicial «Revista nueva», la granada revista «Alma española», y la década que transcurre de 1909 al 1919 trajo hacia 1915 la revista «España», y la década que va entre 1919 y 1929 se representó por la «Revista de Occidente», anticipándose a la división del mundo en dos mundos, y la década de 1929 a 1939 se caracterizó con la revista «Cruz y raya — o sea, la afirmación y la negación, el más y el menos, el sí y el no pareados y problemáticos —; después de 1939 la década postrera es la década del semanario «Sí», suplemento de «Arriba» y, sobre todo, de «Fantasía», «La Estafeta Literaria» y «El Español». Centenares y centenares de periodistas, poetas, novelistas, cuentistas, ensayistas, comediógrafos, guionistas de cine y de radio, radicados en Madrid, en las provincias y en los pueblos españoles, manifestaron semanalmente que nuestra invención, que el genio literario de España era irreprimible y eterno. Entre tanto, la España que estaba dispuesta a resignarse ante el dilema de don Santiago Ramón y Cajal, había creado tan sólo durante la guerra unitaria una revista titulada, con un sentido de la fugacidad, «Hora de España», que se trocó luego en la revista de los exilados bajo el rótulo de «España peregrina». No llegan a la docena los poetas, aunque posean un estro sobrenatural, que superviven en la emigración, indudablemente con la nostalgia de la palabra lejana. Porque las palabras de una lengua han de escribirse y pronunciarse junto al venero del idioma, junto a la fuente verbal de España. Han de ser dichas y escritas en la propia calle, puesto que la creación de nuestra literatura es tanto popular como minoritaria, reconociéndolo así el poeta catalán Juan Bautista Torelló al referirse en la revista «Arbor» a la lengua y a la poesía catalana, «...lengua y poesía de especialistas en una tierra que no puede permitirse estos lujos por sufrir constantemente la invasión de la lengua castellana, que es una lengua expansiva precisamente por su prodigalidad barroca». El poeta catalán Juan Bautista Torelló termina de este modo su examen: «Así, la lengua castellana puede permitirse el lujo de una poesía de minorías, pero no la lengua catalana, que se debate entre su vida en la actualidad literaria y su vida en la calle, totalmente escindidas».

La década unitaria de Francisco Franco no ha dado cabida a ninguna escisión.

J U A N A P A R I C I O

NOTA BENE. — Innumerables periodistas, poetas, novelistas, narradores y escritores en general viven y publican en la España de Francisco Franco, quienes no han sido mencionados en la reseña anterior. Su omisión no se debe a ningún menosprecio de su labor creadora, ni de su menester nacional; sino que han sido dejados fuera por la memoria falible del autor o pertenecer su aparición a un tiempo precedente a la década 1939-1949. Seguramente, los omitidos valen tanto o más que los ya citados. Gracias a Dios.

BIBLIOGRAFIA
también escriben

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal, siempre que—en cualquier caso—nos sean remitidos dos ejemplares.

AGUSTIN DE ITURBIDE, EMPERADOR DE MEJICO, por Alberto de Mestas.—Editorial Juventud.—Barcelona.

Un interesante y bien documentado libro sobre el primer emperador de México, D. Agustín de Iturbide, es éste del escritor y diplomático español Alberto de Mestas. Dentro de la corriente de rectificación histórica iniciada por Carlos Pereyra, y con criterio ponderado, discurre el autor sin tropiezos por la vida de Iturbide y por la Historia de México y de España. Tiene, pues, el libro gran parte de historia y gran parte de biografía del personaje central, así como de algunos de los principales que a su alrededor se mueven, como el cura Hidalgo y el general D. Antonio López de Santa Anna, figura la de este último que ha sido muy bien captada en las páginas del libro en toda su admirable capacidad de traición y ambición.

Notamos, sí, que, acaso por falta de documentación, la figura del ministro norteamericano Poinssett, que tan lamentable y decisivo papel jugó en la Historia de México, apenas si es mencionada rápidamente. Fué Poinssett el creador en México de las logias yorquinas que sustituyeron a las de rito escocés, haciendo así a la masonería mexicana dependiente de la masonería de Estados Unidos, concretamente de la logia de Nueva Orleáns, que fué la que tramó, por medio de sus servidores mexicanos, toda la obra de traición y de entrega de México a los Estados Unidos. Las logias yorquinas de Poinssett sabotearon el Imperio de Iturbide y hasta planearon el asesinato de don Agustín. Ellas fomentaron la lucha del Congreso contra el emperador y la traición de los militares, porque en los cenáculos políticos de Wáshington se había decretado la destrucción del Imperio mexicano, que era el principal obstáculo a la política de expansión imperialista que ya se perfilaba en las mentes sagaces de los estadistas yanquis.

Por otra parte, el libro de Mestas está escrito con un fácil estilo, propicio para la narración amena. El interés no decae en ningún momento a través de las doscientas páginas de la obra. Hay descripciones brillantes y bien logradas, como la de la coronación de Agustín I en la catedral de México.

Sin embargo, al margen del tema del libro, queremos señalar como injustas algunas apreciaciones del autor sobre Bolívar y otros libertadores hispanoamericanos, que se encuentran en el prólogo y en párrafos finales de la obra. Los mismos defensores de la leyenda negra antiespañola se han encargado de inventar, a su medida, la leyenda de un Bolívar liberal y antihispano. Al rectificar aquella leyenda negra contra España, cuidemos de hacer una revisión completa de la Historia, y no caigamos tampoco en el exceso de una leyenda blanca que nos lleve a hacer juicios equívocos sobre un fenómeno tan español, tan justificable dentro de lo hispánico, como la mal llamada Independencia y sobre las figuras tan auténticamente españolas de sus Caudillos más notables.

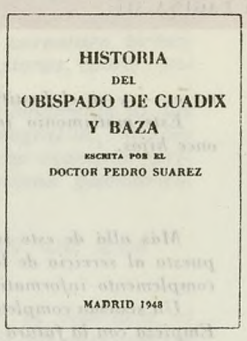
Por lo demás, el libro que comentamos es, sin duda, uno de los más completos e interesantes que se han escrito sobre el tema, uniendo a esto el valor de hispanidad que representa el hecho de que una pluma española se ocupe con amor y con justicia de uno de los grandes libertadores hispanoamericanos.

* * *

HISTORIA DEL OBISPADO DE GUADIX Y BAZA, por el Dr. D. Pedro Suárez.—Madrid, 1948.

La "Historia del Obispado de Guadix y Baza", que escribió y sacó a la luz en 1696 el doctor D. Pedro Suárez, ha sido reimpresa y notablemente aumentada con la reseña de posteriores investigaciones acerca de los comienzos del Cristianismo en España, más una noticia preliminar del académico, Secretario perpetuo de la Real de la Historia, Excmo. Sr. D. Vicente Castañeda, y una relación históricobibliográfica de la conquista del río de la Plata y fundación de Buenos Aires por el Adelantado D. Pedro de Mendoza, hijo insigne de la ciudad de Guadix.

Se insertan también en esta novísima edición dos repertorios bibliográficos; el primero, que enumera y describe las fuentes históricoliterarias y demás trabajos publicados que se refieren a la implantación en la Península de la religión católica por San Torcuato y sus compañeros, y el segundo, que comprende de cerca de 500 títulos de obras y publicaciones relacionadas de alguna manera con la fundación de Buenos Aires.



La edición completa de esta obra ha sido totalmente distribuída a los centros docentes y personalidades más caracterizadas del mundo entero, y especialmente de Hispanoamérica, pues su objeto principal es la divulgación de las glorias históricas de Guadix.

Dos circunstancias se dan en Guadix cuyo alcance trasciende a la sustancia misma de todos los pueblos hispánicos. Fué Guadix el primer pueblo español que abrazó la fe del Evangelio, predicada por San Torcuato y sus compañeros, los Siete Varones Apostólicos, primeros discípulos del Apóstol Santiago. No es ésta una tradición fundada en piadosos sentimientos. Se trata de un hecho histórico del que dan testimonio fehaciente documentos auténticos de los primeros siglos y el asenso unánime de los historiadores de todos los tiempos.

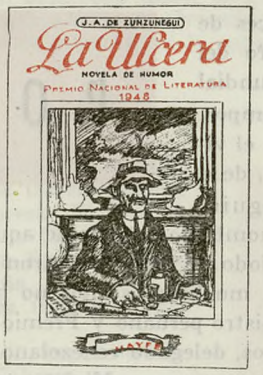
La otra circunstancia es la de haber nacido en Guadix varios de los fundadores de la ciudad de Buenos Aires: D. Pedro de Mendoza, su hermano don Diego; su sobrino D. Pedro de Benavides, Francisco Ruiz Galán y otros.

El libro ha sido dedicado a la Excelentísima Sra. D.ª María Eva Duarte de Perón, primera dama argentina.

* * *

LA ULCERA, novela de humor, por J. A. Zunzunegui (Premio Nacional de Literatura 1948).—Editorial Mayfe, Madrid, 1948.

El tema del Concurso Nacional Español de Literatura para el año 1948 era el de novela de humor, y obtuvo el Premio Juan Antonio Zunzunegui con su novela "La úlcera".



Zunzunegui es uno de los novelistas jóvenes españoles más fecundos y prometedores. Su novela "Laquiebra" tuvo gran éxito de crítica. Ahora Zunzunegui nos muestra otra de sus facetas de novelista abordando con acierto el tema humorístico.

El humorismo de "La úlcera" no es el humorismo fácil de frases graciosas, situaciones risibles y grotescas caricaturas de personajes de guiñol. Se trata de un humorismo esencial que está en la raíz de los caracteres sin desfigurarles su humanidad. Por eso, a muchos lectores esta novela no les parecerá una novela de humor, y hasta en el Jurado que discernió los premios hubo quien opinara que no pertenecía al género, según cuenta el autor en el prólogo.

Don Lucas, el indiano, personaje central de la novela de Zunzunegui, está captado en su doble dimensión esencial de poderío económico y de ingenuidad, con su fondo humanísimo de vanidad y de amor a la tierra. De la desproporción, buscada expresamente por el escritor, entre esas dos dimensiones, poderío económico e ingenuidad, nace natural y lógicamente la actitud humorística del personaje a través de su vida, que hace sonreír, más que reír, al lector.

Pero como toda obra que refleja un trozo vivo de la realidad humana, esta novela tiene también más allá de lo humorístico su trasfondo doloroso, pues la vacuidad espiritual en que se desarrolla la vida de don Lucas constituye ciertamente una tragedia que está siempre presente en las aflicciones y preocupaciones del protagonista, y que acaba por matarlo, paradójicamente, cuando descubre que ha sanado de la úlcera, la cual constituía el último resorte espiritual de su inútil existencia.

Es cruel, pues, este humorismo de "La úlcera", y nos deja al final un regusto dramático.

No podemos ocuparnos con más extensión de esta novela premiada en el Concurso Nacional de Literatura de 1948, dado el corto espacio de que disponemos para estas notas bibliográficas.

La Editorial Mayfe ha hecho una edición popular de tamaño manual, sin ningún alarde de presentación tipográfica.

* * *

ESTUDIOS CORTESIANOS, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Madrid, 1948.

La "Revista de Indias", editada por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dedicó su número 31-32 a Hernán Cortés, con motivo de su IV Centenario, y ha editado los trabajos contenidos en él con el título que encabeza estas líneas, en un voluminoso tomo de cerca de 600 páginas.

Estos estudios cortesianos, realizados por especialistas de cada materia, constituyen un aporte realmente valioso e importante a la bibliografía sobre el Conquistador de México. Abre el libro, a manera de prólogo, una breve consideración del ilustre académico D. Antonio Ballesteros Beretta sobre "el ansia de inmensidad" de Cortés. Viene a continuación un erudito estudio sobre "los indios y la Nueva España en la Relación de Gaspar Contarini" (1525), de otro ilustre historiador español, D. Ciriaco Pérez Bustamante. D. Manuel Ballesteros escribe sobre "Hernán Cortés y los indígenas" señalando "la valoración del indio como hombre" que hizo Cortés, "enlazada con lo mejor de la ideología teológica contemporánea". El estudio de D. Ramón Ezquerra sobre "Los compañeros de Hernán Cortés" hace justicia a los que fueron el sustentáculo humano en que se asentó la tarea genial del Gran Conquistador.

El aspecto militar está tratado sucintamente en el artículo de Antonio Pardo Riquelme sobre "El ejército de Cortés". Una serie de breves estudios: "Hernán Cortés en la música teatral", de José Subirá; "Hernán Cortés en la dramática española", de Jorge Campos; "Un poema inédito sobre Hernán Cortés", de José López Toro; "Hernán Cortés en los grabados románticos franceses", de José Tudela, y "Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX", de Jaime Delgado, ponen de manifiesto aspectos curiosos e interesantes del tema cortesiano en el Arte y en la Literatura. Este aspecto de los estudios cortesianos viene en el libro ampliamente ilustrado con reproducciones de cuadros, de páginas de algunos originales de poesía y drama y de partituras musicales.

Es imposible referirnos en este breve espacio a todos y cada uno de los trabajos que componen esta interesante publicación en homenaje a uno de los más grandes, si no el más grande, de los conquistadores españoles.

Señalaremos, por su importancia, el extenso estudio del profesor Konetzke sobre "Hernán Cortés como poblador de la Nueva España". El autor, reputado como una de las mayores autoridades en lo referente al estudio de la población y del mestizaje hispanoamericanos durante el Imperio español, trata aquí, con la erudición y acuciosidad que le caracterizan, el aspecto más fundamental de la obra conquistadora de España y de Hernán Cortés, la base social y política que le daría justificación y permanencia y la colocaría por encima de toda otra conquista histórica, dándole una proyección de universalidad y de grandeza que marca de inmortalidad el destino del pueblo que la realizó y de los pueblos que de ella nacieron. En este sentido, Hernán Cortés fué, sin duda, entre los conquistadores españoles, el que tuvo una visión política más honda y más clara. De aquí que no sabemos qué admirar más en él, si su genio militar y sus cualidades de gran capitán y de caudillo, o su genio político que supo ahondar en la raíz de la Historia y vislumbrar sus más lejanas y esenciales proyecciones.

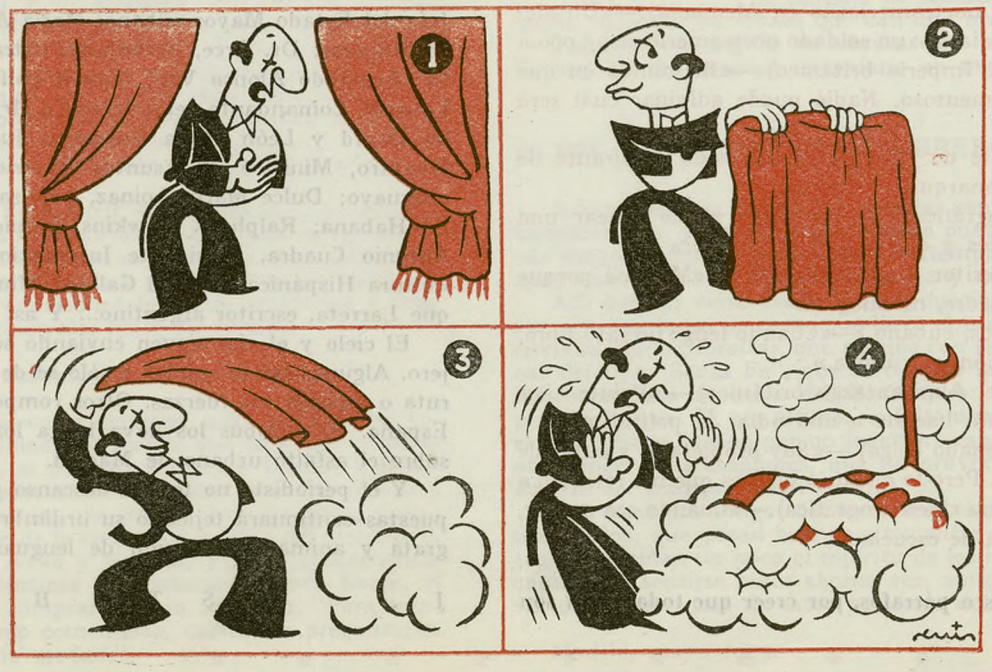
El aporte hispanoamericano a estos estudios sobre Hernán Cortés no podía faltar, y está representado por firmas tan valiosas como la del peruano Guillermo Lhomann Villena y el meritísimo investigador mexicano D. Alberto María Carreño, quien fué el descubridor en 1946 de los restos de Hernán Cortés, y que hace aquí una completa información de su descubrimiento publicando toda la documentación respectiva.

La "Revista de Indias" y el Instituto Fernández de Oviedo muestran con la publicación de estos "Estudios Cortesianos" la vasta y profunda labor que desarrollan en el campo de nuestra común Historia hispánica.

—Oiga, Bautista. ¿No le importará prestarme, para esta noche, un par de medias?

—Hoy no dirás que no me he vestido a tiempo de llegar al teatro...
—No. Creo que no. El estreno es mañana por la noche.

"TAUROMANCIA" Por Luis.



FAMILIAS NUMEROSAS ESPAÑOLAS

(VIENE DE LA PAGINA 31)

setas, instituídos asimismo para familias numerosas del campo, con destino a la iniciación de su patrimonio. El subsidio que perciben ahora—por los ocho hijos mencionados y el incremento del 20 por 100 por familia numerosa—, asciende a 5.760 pesetas anuales.

La historia del matrimonio D. Domingo Camacho Barrios y D.ª Concepción Trujillo Jorge, es igual de sencilla y ejemplar. El, obrero portuario en los muelles insulares y cosmopolitas de Santa Cruz de Tenerife, y ella, del fogón a la cuna, del lavadero a la costura. En sus 46 y 43 años de edad, respectivamente, vieron nacer dieciséis hijos. De ellos, catorce viven bajo el modesto techo familiar, el mayor cumple sus deberes militares en la Armada y una chica presta servicios domésticos para quitar una boca al menguado presupuesto casero, cuyos ingresos aproximados son de unas nueve mil pesetas anuales. Como tiene nueve hijos con derecho a la percepción de subsidio y se beneficia del incremento correspondiente, percibe por tales conceptos, además, otras 7.776 pesetas.

Desde las Canarias vinieron a Madrid por primera vez ahora para recoger el premio. Nunca habían salido de su barrio vernáculo, y tenían de la Península un concepto remoto y fabuloso. Sin embargo, hicieron el viaje aéreo—costeado por el Instituto Nacional de Previsión—, sin miedo alguno , y recibieron el bautismo de los cielos y las nubes con el más tranquilo estoicismo. Y al llegar a la capital, su primer gesto de asombro y maravilla fué para una locomotora que arrastraba fragorosamente una hilera de vagones. En su isla, por las cortas dimensiones que la cruzan, no existe el ferrocarril.

Y, por último, la cristiana y ejemplar anécdota del matrimonio Miguel Unzu Got y Teresa Lapeyra, que aparecen en nuestra revista fotografiados junto a sus diecisiete hijos. Nuestro querido don Miguel nos escribe una carta, de la que transcribimos el siguiente párrafo, que resume la ejemplaridad de este cristiano matrimonio navarro:

"Por especialísimo favor de Dios Nuestro Señor, los hijos que me han nacido en el matrimonio con mi esposa Teresa Lapeyra, o sea diecisiete, viven todos, teniendo en la actualidad cuatro hijas Religiosas, una de ellas María Teresa, humilde fundadora, en unión de María Camino Sanz Orrio y de María Concepción Arraiza, de la Congregación "Misioneras de Cristo Jesús", Congregación que va en auge sorprendente, ya que en Javier (Navarra) hay 46 Religiosas, cinco en la India, capitaneadas por María Camino Sanz Orrio al frente de una leprosería, y nueve más en Valencia, a las órdenes de mi hija María Teresa, que tiene que defenderlas, en estos momentos difíciles, con sus veinticinco añitos. Igualmente tengo un hijo en el Colegio Apostólico de los Padres Jesuítas, en Javier (Navarra), y todos los restantes en casa, para su formación dentro del santo amor y temor de Dios. Fuimos galardonados por el Caudillo en 1943 con el Premio Nacional de Natalidad, y actualmente me obsequian con una casita, cuyos terrenos los ha cedido el Excmo. Ayuntamiento de Pamplona, según escritura que ya obra en mi poder."

PREMIOS DE MADRID

El obrero pintor D. Melchor Díaz Jiménez, de 45 años, y su esposa D.ª Rufina Estévez Velasco, de 44, conocieron en sus tiempos juveniles los organillos de la Bombilla y hasta es posible que el pintor supiera dar al manubrio con el codo. Pasearon por las riberas del Manzanares, merendaron tortillas en la pradera del Santo matritense, vieron desaparecer los últimos "simones", y en el año 49 alcanzaron el Premio Provincial de hijos habidos por sus dieciséis chavales, de los que actualmente viven doce. Reúnen 8.375 pesetas anuales, aumentadas con dos pequeños ingresos: el de un hijo de 17 años, que trabaja como aprendiz de marmolista, y el de una hija de 19, dedicada a servir. Seis de estos pequeños—menores de 14 años—, reciben su correspondiente subsidio. El benjamín de la casa acaba de cumplir diez meses. Y la señora Rufina no ha retirado todavía—por si acaso—sus canastillas de ropitas infantiles.

El otro Premio Provincial de Madrid—éste por hijos vivos—, ha ido a parar al hogar formado por el catedrático D. José Martínez Martínez y D.ª Francisca Millán Morga, de 45 y 41 años de edad, respectivamente. Don José pelea en el hogar con sus trece retoños— la mayor de 16 abriles y el menor de cinco meses—, y en el Instituto Isabel la Católica, con sucesivas y bulliciosas promociones estudiantiles.

Este matrimonio ingresa 36.000 pesetas anuales además de los subsidios correspondientes a once hijos.

BREVE ESQUEMA DEL SEGURO EN ESPAÑA

Más allá de este sucinto intento reporteril vive en España toda una gran organización social puesta al servicio de la gran familia hispana, y cuyos principales rasgos vamos a delinear como complemento informativo de las anteriores líneas.

Un sistema completo y acabado de seguridad protege al individuo desde que nace hasta que muere. Empieza con la futura madre, que ya recibe asistencia desde el comienzo de su gestación, y acaba en las viudas y huérfanos, que son amparados por generosas previsiones estatales.

Mediante el Seguro Infantil, los niños—con la ayuda del Estado—, se constituyen una dote que va desde las cuarenta pesetas mensuales hasta las mil ochenta, según el número de la prole que viva a sus expensas, con un notable incremento cuando alcanza categoría de familia numerosa. Estos beneficios se prolongan en caso de viudedad y orfandad, y también cuando los hijos estudian.

Existen premios a la Nupcialidad de cinco mil pesetas para los trabajadores de uno y otro sexo que contraigan matrimonio.

El Seguro de Enfermedad concede una indemnización del 50 por 100 de cada salario, asistencia médica y farmacéutica, hospitalización en excelentes sanatorios en los casos requeridos e indemnizaciones por fallecimiento.

El Seguro de Maternidad prevé la asistencia sanitaria completa, indemnización por descanso antes y después del parto y subsidio de lactancia.

El Seguro de Accidentes del Trabajo garantiza la asistencia al accidentado hasta su total curación, y una pensión vitalicia para él en caso de incapacidad permanente, o para su familia, en caso de muerte. Cuida además este Seguro de la reeducación de mutilados y de la prevención de accidentes y enfermedades profesionales.

Por el Seguro de Vejez, todos los productores que ganen menos de nueve mil pesetas anuales, disfrutan de un retiro que se anticipa en caso de invalidez.

El Seguro de Amortización de Préstamos garantiza a los colonos y beneficiarios de casas baratas la propiedad absoluta de la finca o vivienda para sus herederos, si su fallecimiento se produjese antes de que haya amortizado totalmente el préstamo concedido.

Otros muchos beneficios especiales, como los derivados de los Cotos Escolares, Mutualidad de la Previsión, Reglamentación del Trabajo y varios más de parecida índole completan y cierran el liclo verdaderamente impresionante del panorama social español en la hora presente, cuya legiscación no tiene par en el mundo.

Y como punto final, una cifra que resume, alecciona e informa con mayor elocuencia y realidad que la más expresiva y ardorosa soflama. El Instituto Nacional de Previsión paga diariamente alrededor de seis millones de pesetas. Sólo en subsidios familiares abonó en 1947 mil doscientos millones.—A.

EL MUNDO PASA POR BARAJAS

(VIENE DE LA PAGINA 33)

ENRIQUE A. JIMENEZ (Ex-Presidente de la República de Panamá).—«Aparte la política, me apasiona el cine. Para materializar esa afición, acabo de comprar en mi país una sala de proyecciones: la *Tropical*.»

MARCEL ACHARD (Comediógrafo francés).—«No creo en el existencialismo.»

DOMINGO B. PAGUIRIGAN (Político filipino).—«Si no se limita la natalidad, el mundo entero morirá de hambre dentro de muy pocos años.»

WILLIAM R. HODGSON (Delegado de Australia en la O. N. U.).—«No sólo de la O. N. U. ha de vivir el hombre. También se necesita paz, libertad, cooperación y comprensión internacionales.»

ALFRED W. BARTH (Presidente del Chase National City Bank of New York).—«De todos los países que acabo de visitar, Estados Unidos, sin duda alguna, es el mejor. Pero España, también.»

THORNTON WILDER (Dramaturgo norteamericano).—«Un buen escritor debe viajar siempre, sin descanso, hasta la muerte.»

OTTO H. AMLING (Florista norteamericano).—«Las mujeres prefieren siempre orquídeas blancas, porque son las más caras. El hombre, el clavel rojo. Los ancianos y los niños, las rosas. Los muertos, las siemprevivas.»

JAMES HOWE (Comandante militar norteamericano en Alemania).—«Un alemán recibe de alimentación 1.500 calorías diarias; un soldado norteamericano, 5.000.»

LORD MAUGHAM (Ex-Canciller del Imperio británico).—«El mundo en que vivimos se debate como en un mar tormentoso. Nadie puede adivinar cuál será la solución para la Humanidad.»

ALMIRANTE HORTHY (Ex-Regente de Hungría).—«He sido Almirante de un país sin buques y Regente de una Monarquía sin rey.»

JANET GAYNOR (Actriz cinematográfica).—«¿Qué más puede desear una mujer que lucir los vestidos más elegantes y originales del mundo?»

PRINCIPE PAUL MOUROUSY (Escritor y poeta francés).—«Me casé porque mi esposa no se parecía en nada a su madre, mi suegra.»

RAMON ZAPICO (Hombre de negocios, cubano.)—«Cuando tengo un rato libre, para divertirme, asisto a alguna operación quirúrgica.»

DUFF COOPER (Ex-primer Lord del Almirantazgo británico).—«Veinte años de vida como político son suficientes para hacerle a uno odiar la política.»

PAUL GILLON (Ex-Presidente del Senado belga).—«Soy propietario y autor de una colección de cincuenta mil fotografías. Pero lo que más odio es que me retraten.»

MARGARET O'BRIEN (Infantil actriz cinematográfica).—«Cuando sea mayor, querré ser cualquier cosa, menos maestra de escuela.»

He elegido esas cuarenta y cinco frases o párrafos, por creer que todas ellas son pinceladas capaces de cubrir un cuadro del pensamiento mundial en nuestros tiempos. Pero, aceptando el vicio de la relación, de la estadística, seguiré transcribiendo nombres. Son los de aquellas personalidades hispanoamericanas que en el mismo período de tiempo, pisaron tierra española y nos hablaron con palabras que desde hacía muchísimos años no había escuchado España. Estos son: Manuel Cisneros, ex Ministro peruano y Premio Internacional de Periodismo; José Antonio Olabarría y Matos, delegado venezolano en varias conferencias internacionales; Doctor Schiaffino, uruguayo, ex Ministro y ex candidato a la Presidencia de la República; Armando Alba, Ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Bolivia en España; Dr. José María del Rey, famoso escritor uruguayo; Plinio Cavalcanti de Albuquerque, político brasileño; Dr. Trelles, enviado extraordinario del Gobierno argentino en Europa; Segundo Ponzio Godoy, director del semanario argentino *Sábado;* Héctor David Castro, Embajador de la República de El Salvador; Enrique de Marchena, delegado permanente de la Repúblicana Dominicana en la O. N. U.; Adolfo Mario Sabino, Subsecretario de Industria de la Argentina; Domingo Imperial, enviado extraordinario de Filipinas en Roma y delegado en la O. N. U.; los diplomáticos nicaragüenses señores Sevilla-Sacasa y Argüello; General Pérez Dámera, Jefe del Estado Mayor cubano; María Aurora Quezón, hija del que fué Presidente de Filipinas; Dr. Arce, Embajador extraordinario de la Argentina en la O. N. U.; Dr. Armando Alonso Vial, famoso político y hombre de ciencia chileno; Alberto Lonardi, Comandante del crucero *La Argentina;* los senadores filipinos Pablo Angeles David y León María Guerrero; Julián Sancerni Jiménez, político argentino; Montaro, Ministro de Asuntos Exteriores del Paraguay; Manini Ríos, Senador uruguayo; Dulce María Loinaz, poetisa cubana; Alvarez de Cañas, periodista de La Habana; Ralph G. Hawkins, propietario de varios periódicos filipinos; Pablo Antonio Cuadra, Presidente Internacional de los Institutos Iberoamericanos de Cultura Hispánica; Manuel Gallego, Ministro de Educación Nacional filipino; Enrique Larreta, escritor argentino... Y así hasta 146.

El cielo y el aire siguen enviando sobre las pistas de Barajas su mensaje viajero. Algunos pasan raudos y sólo se detienen el tiempo necesario para cambiar de ruta o reponer sus fuerzas. Otros rompen el círculo del periplo para adentrarse en España. El autobús los lleva hasta los grandes hoteles cosmopolitas que crecen sobre el asfalto urbano de Madrid.

Y el periodista no tendrá descanso para su pluma. La red de preguntas y respuestas continuará tejiendo su urdimbre bajo el ruido de los motores y entre una grata y animada confusión de lenguas, caracteres, personalidades y problemas.

J. ESTEBAN BLASCO

NUESTRO PLANETA VISTO DESDE EL ESPACIO

(VIENE DE LA PAGINA 28.)

En el caso que comentamos, las dificultades han debido de subir de punto, pues no se poseía experiencia de fotografías aéreas a tan reducida escala, y además, porque su enorme superficie cubierta daba entrada a un nuevo parámetro o factor: la curvatura terrestre, que en tales extensiones, cobra considerable importancia.

Para comprender plenamente lo que representan estas fotografías, únicas hasta la fecha, conviene examinar primero un sencillo esquema geométrico.

INTERPRETACION DE LOS RESULTADOS

Veamos, ante todo, la distancia al horizonte visible, desde un observatorio elevado, en función de la altura del mismo. Hemos trazado una figura muy sencilla (la figura 1), en la que designamos por r *el radio de la Tierra; por* a, *la altura del observador sobre la superficie terrestre, y por* h, *la distancia al horizonte visible, representado por los puntos* T *de un círculo centrado en* O. *Tenemos, pues, un sencillo triángulo rectángulo* CTO, *en el que* C *es el centro de la Tierra.*

Conocemos al cateto CT *como radio terrestre, cuya longitud aproximada es de 6.366 kilómetros. La hipotenusa* CO *también nos es conocida, puesto que se compone del mismo radio terrestre, más la altura* a *del observador. El cateto* OT *es la incógnita u horizonte que buscamos. Mediante una sencilla operación de raíz cuadrada, el teorema de Pitágoras nos da el valor de un cateto en función del otro y de la hipotenusa. Para una aplicación general, nosotros llegamos a una fórmula muy elemental:*

$$h = \sqrt{a\,(2r + a)},$$

en donde h *es la distancia buscada al horizonte;* a, *la altura de vuelo, y* 2r, *el diámetro terrestre, o sea, 12.733 kilómetros aproximadamente.*

Apliquemos esta fórmula en la práctica. Dando a la altura a *un valor de 300 metros (el de la torre Eiffel), obtenemos para alcance visual el de 62 kilómetros; desde 12.000 metros (antigua marca de altura del aviador italiano Donati), se vieron simultáneamente el Mediterráneo y el Atlántico, por encima de la península italiana, con un alcance de 124 kilómetros; en las ascensiones estratosféricas a 20.000 metros, el horizonte se aleja hasta unos 500 kilómetros; desde la vertical de Madrid se vería casi toda la península ibérica con sus tres mares.*

Aplicando la fórmula a los actuales cohetes disparados en Norteamérica, se obtienen, para los 95 kilómetros subidos por el "V-2", un horizonte a unos 1.100 kilómetros, y para los 112 kilómetros del "Aerobee", un horizonte a unos 1.200 kilómetros.

Efectivamente, según los cálculos de los restituidores y observadores de Estados Unidos, la "V-2" tomó una serie de vistas oblicuas, que cubren un casquete esférico de 210 grados de arco en el horizonte, con un desarrollo lineal de 4.320 kilómetros, dando como distancia al horizonte la de 1.120 kilómetros, y cubriendo un área aproximada de 2.072.000 kilómetros cuadrados; más de cuatro veces la superficie de la Península Ibérica.

El "Aerobee" tomó una serie de fotografías oblicuas y verticales, que sobre el terreno cubrieron una faja en forma aproximada de X o de 8. La faja mide 2.240 kilómetros de longitud, por un ancho de 62 en el centro y de 640 en los extremos. La distancia al horizonte es ligeramente superior a 1.120 kilómetros, y el área cubierta, de unos 777.000 kilómetros cuadrados.

La explicación de estas superficies tan distintas la encontramos en la figura 2. A la izquierda vemos el "V-2". La serie de fotografías oblicuas que tomó, queda comprendida (en virtud del ángulo focal de la cámara) entre los planos de un ángulo diedro, que abarca un casquete terrestre y una porción de cielo, como vemos en la fotografía correspondiente.

A la derecha de la figura representamos al "Aerobee", que tomó una serie de fotografías en sentido vertical, comprendidas igualmente entre los planos de un ángulo diedro.

Pero al barrer el objetivo esta faja (rayada) del terreno, ocurre que al principio y al fin del recorrido, la distancia al terreno es mucho mayor (del orden de los 1.000 kilómetros), en virtud de la curvatura terrestre, y por ello, la separación de los planos del diedro es mayor allí (del orden de 600 kilómetros), y la superficie que abarcan es más ancha que en la región central, que sólo dista unos 100 kilómetros del objetivo, dando un ancho de unos 60 kilómetros en la intersección de ambos planos con el terreno. De aquí, la forma irregular de la superficie fotografiada en el mosaico correspondiente. La irregularidad es, desde luego, en el terreno y en los mapas a escala, pues en el mosaico fotográfico la anchura es constante, por serlo la de la película impresionada en todas las fotografías, y por ello la forma rectangular que vemos es sólo aparente.

Si queremos conocer la verdad, tendremos que efectuar la misma labor de los restituidores norteamericanos, cosa, ciertamente, nada fácil, ya que sería preciso conocer las alturas, inclinaciones e intervalos con que se tomaron cada una de las fotografías que componen el mosaico; pero creemos, a pesar de todo, que nos aproximamos de modo estimable a la verdad en los dos croquis que insertamos adjuntos.

Hemos tomado un mapa del oeste de los Estados Unidos, concretamente el Stieler, a escala de 1/3.700.000. Hemos situado en él, por medio de los mismos números, los puntos identificables en ambas aerofotografías, y, por fin, hemos trazado los contornos aproximados del terreno fotografiado. El resultado fueron los dos croquis adjuntos.

Vale la pena de contemplarlos. Porque, precisamente, se trata de un suelo hollado hace siglos por los descubridores hispánicos, que fueron bautizándole con nombres místicos o ibéricos. Nombres evocadores de Cortés, de Hernando de Soto, de fray Junípero Serra... Nombres que todavía hoy perduran y que, contemplados "desde fuera" del Mundo, parecen ofrecernos un redescubrimiento impresionante. Leamos los mapas.

El mosaico tomado por el "V-2" abarca, en sus ocho fotografías, de izquierda a derecha, una buena porción de territorio mejicano (1), con Durango, Topolobampo, Guaymas, Chihuahua y Ciudad Juárez; el golfo de California (2); el pueblo de Lordsburg (3); los montes de Poloncillo (4); el río Gila (5); el pantano de San Carlos en Arizona (6); los montes de Mogollón (7), Sierra Negra (8), Magdalena (9) y San Mateo (10); el monte Taylor (11), de 3.477 metros, en el estado de Colorado; la ciudad de Alburquerque (12) en Nuevo Méjico; los montes Sandía (13) y del Valle Grande (14); el Río Grande del Norte (15) y la Sierra Sangre de Cristo (16). Territorios remotos de Arizona, Nuevo Méjico, Utah y Colorado sirven de fondo a este formidable panorama, oculto a veces por dispersos bancos de nubes.

Es notable el aspecto de la curvatura terrestre, tan acusada en esta fotografía; pero no lo es menos en la otra, donde a simple vista se puede apreciar la forma esférica del terreno fotografiado en las siete impresiones consecutivas, limitadas al N. y al S. por el oscuro fondo del cielo estratosférico que, como es sabido, en aquellas alturas pierde el luminoso azul a que nos tiene acostumbrados para nuestra visión terrestre. El enrarecimiento de la alta atmósfera y la abundancia de radiaciones ultravioleta y de otras

(PASA A LA PAGINA SIGUIENTE)

1.ª EXPOSICION DE TRENES EN MINIATURA

(VIENE DE LA PAGINA 46.)

no suponían ustedes que había una "Sociedad de Amigos del Ferrocarril"? Pues sí, señores. Y aquí nos tienen ustedes al habla con su presidente, D. Juan B. Cabrera. El, con el director de la revista "Trenes", D. Juan L. de Chicheri, son los principales organizadores de esta Primera Exposición de Trenes en Miniatura que se celebra en España.

—¿Cuál ha sido la primera sorpresa para ustedes como organizadores?—les preguntamos.

—La del éxito, que, como usted está viendo, supera todos nuestros cálculos y previsiones—dice el Sr. Cabrera.

—La verdadera sorpresa—agrega el Sr. Chicheri—es que habíamos hecho para la entrada billetes imitando los de ferrocarril en una proporción que nos parecía lógica, del doble de niños que de personas mayores. ¿Y sabe usted cuál es la proporción? Cinco mayores por cada niño.

—¿Cómo nació la idea de esta Exposición tan original?

Ahora es también el Sr. Chicheri quien responde.

—Fué en Barcelona, en octubre del 48, mientras asistíamos a la Exposición de material ferroviario que se celebró allá con motivo del centenario. Allí estuvieron expuestos trenes completos de los primeros que circularon por España y muchas piezas de verdadero interés histórico, y, sin embargo, vimos que la atención de la mayoría del público se iba hacia algunos trenes en miniatura que se habían expuesto por mera curiosidad. Fué allí donde pensamos que pudiera tener éxito una Exposición de este género, y nos pusimos de acuerdo la revista "Trenes" y la Asociación de "Amigos del Ferrocarril" para organizarla. Pero estábamos bien lejos de suponer que encontraríamos tanto material, ni mucho menos, que interesara al gran público, como usted está viendo.

Nos dirigimos al Sr. Cabrera para que nos dé algunos detalles de la original y pintoresca Asociación que preside.

—Nuestra Asociación de "Amigos del Ferrocarril"—nos dice con entusiasmo el Sr. Cabrera—reúne todos los aficionados a la construcción de trenes en miniatura que hay en España. Los hay que por una pura afición se dedican a construir en sus propios domicilios y los hay que adquieren en España o en el Extranjero estas miniaturas ferroviarias. Son generalmente reproducciones de trenes primitivos y también de los modernos que circulan por las principales redes del mundo.

—¿Tiene muchos socios la de Madrid?

—Bastantes ya, y otros muchos que la desconocían se van afiliando.

—¿Son técnicos ferroviarios?

—Ninguno o casi ninguno. Hay ingenieros agrónomos, altos empleados, comerciantes, artesanos o intelectuales de calidad. Lo menos que hay son ferroviarios. Recuerdo a un conocido farmacéutico, al popular tabernero Eladio, a Benavente, a Pemán, a Cossío, al maestro Guerrero, a otros muchos. Para dar una idea de esta afición, es curiosa la anécdota siguiente: uno de nuestros asociados poseía una finca en un pueblo de la Sierra, al borde de la cual pasa la línea del ferrocarril. Pues cuando electrificaron las líneas hasta Avila y Segovia, y como consecuencia dejaron de pasar frente a su finca las auténticas locomotoras echando humo, el "amigo del ferrocarril" vendió su finca para comprar otra en Sigüenza. "Para tranvías ya los tengo en Madrid"—dijo, por todo comentario, cuando le preguntaron las causas—. "Por Sigüenza pasa un tren de verdad."

UN CENTRO FERROVIARIO EN LA CALLE DE ALCALA

Todavía no se han terminado las obras de los Enlaces Ferroviarios; pero Madrid tiene ya un gran centro ferroviario en plena calle de Alcalá. En un suntuoso salón del Círculo de Bellas Artes. Para comprobarlo basta echar una ojeada al inventario de la Exposición, compuesta de veinte maquetas, entre las que figuran reproducciones tan importantes como la de la locomotora "Santa Fe", regalada por una importante empresa constructora a S. E. el Generalísimo, y las más importantes que circulan por las redes españolas y muchas extranjeras. También hay maquetas de vagones de todos los tipos, de aparatos quitanieves, de estaciones y todo el material ferroviario que complementa las redes españolas. Además de las maquetas están los grandes "stands" y las vitrinas. Los "stands", principalmente el de la Asociación de "Amigos del Ferrocarril", que es el mayor y el más completo, nos dan la exacta impresión de estar viendo desde un avión un gran centro ferroviario. Por las vías de 35 mm., entre montañas de cartón y árboles de papel, campos verdes, ríos con sus puentes, túneles y todo el sistema de señales, agujas y completas instalaciones eléctricas, marchan los trenes que dan una impresión perfecta de paisaje ferroviario.

También son dignos de admirar los "stands" de algunas casas dedicadas a la fabricación de material ferroviario en miniatura.

DESDE LA MAQUINA CON SOMBRERO DE COPA AL MODERNO "TALGO"

Además de una curiosidad para las gentes que no buscan en ella más que el entretenimiento, y los niños que apenas pueden asomarse entre las barreras de personas mayores que se infantilizan contemplando los trenecitos, esta Exposición supone una verdadera historia corpórea y en marcha del ferrocarril.

Allí pueden verse desde la reproducción exacta de aquella máquina romántica, con alto sombrero de copa, que llevó el primer tren a Aranjuez, hasta una máquina enviada desde Gibraltar, que camina con vapor, a pesar de su pequeñez; las modernas del tipo "Santa Fe", que corren por las redes españolas, y otras muchas de los más conocidos modelos del Extranjero: alemanas, norteamericanas y francesas principalmente. Y, por último, no falta una reproducción del supermoderno "Talgo", el tren gusano ideado por un ingeniero español y construído en Estados Unidos por otros ingenieros españoles, que ha provocado una verdadera revolución en la industria del transporte ferroviario.

Así, pues, los amigos del ferrocarril están de enhorabuena. Y lo están los niños madrileños, que pasan buenos ratos entre estos juguetes científicos y técnicos, que también aniñan un poco el espíritu de los mayores. ¡Ay de los hombres que no sean capaces de sentirse niños alguna vez, aunque sólo sea mientras ven correr por una vía de 35 mm. uno de estos perfectos deliciosos trenecitos!

J. A. C.

Madrid, mayo 1949.

NUESTRO PLANETA VISTO DESDE EL ESPACIO

(VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR)

clases, explica perfectamente la profunda impresión en negro de la película fotográfica.

Restituyendo este segundo mosaico sobre el mapa, podemos identificar, por sus números, los siguientes puntos:

(1) Méjico, desde Mazatlán, Durango y Saltillo, hasta la frontera; (2) Estado de Tejas; (3) el Río Grande del Norte, frontera entre Méjico y Estados Unidos, que puede verse en tres puntos del mosaico; (4) Ciudad Juárez, en Méjico; (5) El Paso, en Tejas; (6) Biggs Field, base aérea norteamericana; (7) monte Franklin; (8) línea férrea del Southern Pacific; (9) montes Organ; (10) pantano de Tularosa; (11) torre de lanzamiento de ambos cohetes; (12) y (14) White Sands en Nuevo Méjico; (13) monte San Andrés; (14) edificios militares; (15) y (16) Alamo Gordo, famosa base aérea y Laboratorio de Energía Nuclear, donde se preparó y ensayó la bomba atómica; (19) antiguos lechos de lava negra del Estado de Arizona; (21) Alburquerque, en Nuevo Méjico; (22) Rock Springs, en el Estado de Wyoming. El fondo de esta foto abarca, pues, bastante territorio mejicano, y en Estados Unidos, los de Tejas, Nuevo Méjico, Arizona, Colorado, Utah y Wyoming.

Después de todo esto, ¿qué más podríamos decir?... La grandiosidad de esta realización científica es tan sobrecogedora, que creemos nos releva de toda discusión. Nos sentimos tan insignificantes, que creeríamos profanarla arriesgando cualquier comentario. Preferimos hacer punto final.

R I C A R D O M U N A I Z

EL XIV CAMPEONATO MUNDIAL DE TIRO AL PICHON

(VIENE DE LA PAGINA 45.)

cionales del gran mundo. Fueron jornadas brillantísimas, honradas dos de ellas con la presencia de la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco y la señorita Carmen Franco Polo, esposa e hija de S. E. el Jefe del Estado español. El Gobierno estuvo representado por los ministros de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo, y de Justicia, Sr. Fernández Cuesta. De la asistencia diplomática destacó el doctor Radío, Embajador de la República Argentina, gran asiduo a las jornadas deportivas.

La más nutrida representación estuvo a cargo de la aristocracia española: S. A. R. la Infanta doña Alicia de Borbón, Duquesa viuda de Santoña, Duques de Alburquerque con su encantadora hija Cristina, Duque de Santoña, Duque de Montealegre, Duques de Lécera, Duque de San Fernando, Duquesa del Infantado, Condes de los Gaytanes, Condes de Palancar, Condes de Torrubia, Condes de Villada, Condes de Elda, Condes de Lérida, Conde de Santa Marta de Babio (Alcalde de Madrid), Condes de Caralt, Condes de Teba, Condes de Salinas, Conde de Arenales, Condes de Mirasol, Condesa de Floridablanca, Conde del Alcázar de Toledo (Teniente General Moscardó, delegado nacional de Deportes); Marqueses de Manzanedo, Marqués de Campóo, Marqueses de Romero Toro, Marqueses del Mérito, Marqués de la Valdavia.

De fuera de España vinieron también notables aristócratas: S. A. R. el Príncipe D. João (Brasil), Conde de Rochefordière (Francia), Condes de Hemptime (Bélgica), Condes de Baillet Latour (Bélgica) y Barón de Potestá.

Y por fin, entre las numerosas y distinguidas personas reunidas en "La Moraleja", anotamos: señores de Picollo, Baptista y Melo Viana, del Brasil; D. Juan y D. Aldo de Giacomi, Guglielmino, Insúa y Aristrain, de Argentina; Arechabala, Steimhart y Torwald Sánchez, de Cuba; Ruiz y Lopes, de Méjico; Ussia, Rierola, Bolinches, Cabanyes, Sarasqueta, Zavala, Gutiérrez Pombo, Mora, Osborne, Villaamil, Domecq, Bellver, Aranzábal, Ibarra, Larrañaga, Leblanc, Maldonado, Melgar, Urquijo, Goyeneche, Gamazo y Lastra, de España.

"La Moraleja" fué, del 1 al 15 de mayo—florido, ventoso y lluvioso, que de todo tuvo este singular mes que ahora le arrebató la locura a febrero—, el punto de cita y reunión del gran mundo europeo y americano.

Madrid no olvidará estas jornadas.

Y creemos que las recordarán siempre cuantas personas vinieron a convivir con los madrileños en unos días felices en que ondearon a los vientos de Castilla catorce banderas del mundo.

V A L E N T I N G O N Z A L E Z

Nuestros COLABORADORES

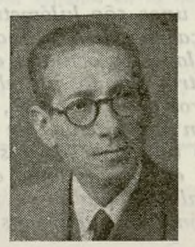
Hipólito Hidalgo de Caviedes es uno de los españoles que no cesan de darle vueltas al mundo. Hijo de pintor, nació en Madrid (1902), expuso —niño precoz—a los nueve años, anduvo, con los pinceles a cuestas, por Italia y Francia, Bélgica y Holanda, Alemania y Checoslovaquia. En un mismo día—año 1935—le dieron dos noticias: primer premio de una exposición española y primer premio de la Internacional del Instituto Carnegie, de Pittsburgo (Estados Unidos). Expuso en Madrid, Venecia, Monza, París, Copenhague, Oslo, Nueva York... Y hoy vive en La Habana preparando otra exposición en Nueva York y un nuevo retorno a España.

Su humor suave y perfecto es del Norte español: de la raya cántabra, porque Jacinto Miquelarena nació (1891) en el Bilbao del primer fútbol peninsular. De Bilbao pasó, joven aún, a Inglaterra y a media Europa: Holanda, Bélgica, Francia... Director de un diario deportivo, en Bilbao; jefe de deportes de "ABC" de Madrid; corresponsal de la "Efe" en Buenos Aires y ahora de "ABC" en Londres, J. M. fué la mejor pluma deportiva de España y, al margen del deporte, es un gran periodista, con sátira o sin ella. Premio "Mariano de Cavia" 1938, ha publicado "Stadium", "El gusto de Holanda", "Desde el otro mundo", etc.

Autor de doce libros poéticos inéditos, es fama que a Federico Muelas hay que sacarle los poemas con "forceps". También es fama que, según él, de Cuenca salen la mejor prosa y el mejor verso peninsulares, desde los tiempos del Marqués de Villena o de Jorge Manrique. Licenciado en Farmacia y en Derecho—su otra disparidad—, cronista oficial de la Cuenca en que nació (1910) y editorialista de Radio Nacional de España, figuró, cordial y agudo, con sus dos metros de altura y su parla suasoria, en la tertulia de "Garcilaso", antes de que funcionara, con literatura y sin tresillo, el cónclave de su rebotica madrileña.

Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Portland (Estados Unidos), Mr. James M. Keys M. A. hizo sus estudios en la Universidad de Loyola, de Los Angeles; en Méjico y en Oregón. Decidido hispanista, al través de las huellas españolas que se conservan en su California nativa, Mr. Keys anduvo por España hace un año, en que asistió a los cursos de la Universidad de Verano de Santander. Es uno de los principales historiadores de las Misiones californianas, con las que mantiene constantes y estrechas relaciones y a esta actividad corresponde el trabajo que reproducimos en estas páginas.

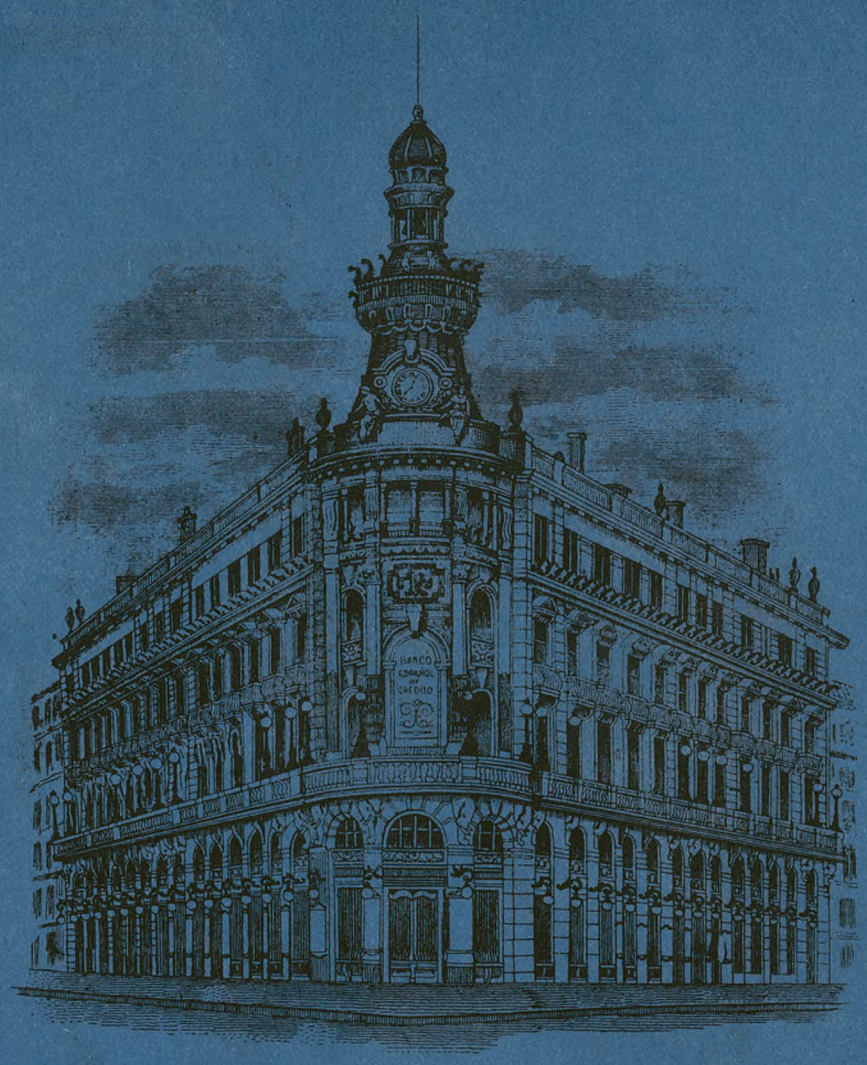
Entre tres novelas y un guión cinematográfico y su colaboración en periódicos y revistas de Madrid—"Arriba", "Fotos", "Fantasía", "Bazar", "Letras"...—, Blanca Espinar da hoy para América la crónica del nacimiento de un nuevo, futuro heredero del Ducado de Moctezuma. Blanca Espinar, que nació en el Mediterráneo, en Almería, en 1920, y que después cruzó el mar para pasar gran parte de su vida en Africa—de forma que en Ceuta aparecieron sus primeros trabajos—, llegó a la capital de España en 1941, ganando inmediatamente el primer accésit en el Premio "Concha Espina", para cuentos y firmas femeninas.



Orillas del Júcar, en Alberique (Valencia), entre moreras y arrozales, nació el pintor Pedro Calvet (1883). En la valenciana Academia de Pintura de San Carlos cursó seis años con seis premios extraordinarios. Ya por el mundo, obtuvo en París otro premio: el primero, en el concurso para la decoración de la cúpula del Sagrado Corazón (1935). Y en París han "posado" para Calvet infinidad de personajes de la política y de las Artes. A Calvet, nacido en un pueblo al que llega el aire de la Albufera, no podía escapársele el clima del famoso lago levantino, y así ha captado las escenas de caza que, a todo color, ilustran la página 38.

Extremeño, de Cáceres, nacido en Navalmoral de la Mata, a la vera del histórico Monasterio de Guadalupe, José María Pérez Lozano, con sus veinticuatro años, considera su "currículum" recién iniciado, tras las obligadas ristras de versos en periódicos de provincias. Pertenece a las Redacciones de los semanarios "Ecclesia" y "Signo", de Madrid, y colabora en varias revistas y publicaciones. Para escribir sobre Chopin, José María Pérez Lozano se trasladó a las Islas Baleares, donde hizo estudios documentales y locales sobre la estancia en la Cartuja de Valldemosa del gran músico polaco, que murió ahora hace cien años.

El XXIV Campeonato Mundial de Tiro al Pichón que se celebró recientemente en La Moraleja (Madrid) no ha tenido mejor memorialista que Valentín González, que de Alicante, donde nació en el año 1909, llegó a Madrid en 1929, después de vivir varios años en Barcelona. Redactor de la desaparecida agencia de noticias "Sagitario" y colaborador en la fundación del diario de deportes "Marca", ha sido y es, a un tiempo, redactor deportivo de "Informaciones", de Madrid, desde 1936. V. G. colabora asimismo en diversas publicaciones españolas y nos da aquí la referencia de aquel acontecimiento deportivo internacional celebrado en España.



Banco Español de Crédito

Madrid

Domicilio social: MADRID - ALCALA, 14

427 SUCURSALES EN ESPAÑA Y MARRUECOS

Capital en circulación ..... **228.237.000,00** pesetas

Reservas ..... **208.716.511,32** pesetas

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

Está especialmente organizado para la financiación de asuntos relacionados con el comercio exterior.

★ LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES ★

ARGENTINA	PESOS.	2,50	CUBA	PESOS.	0,50	HONDURAS	LEMPIRAS.	1,00	PORTUGAL	ESCUDOS	12,00
BOLIVIA	BOLIVIANOS.	25,00	EL ECUADOR	SUCRES.	7,50	MEJICO	PESOS.	3,00	PUERTO RICO	DOLARES	0,50
BRASIL	CRUCEIROS.	10,00	EL SALVADOR	COLONES.	1,25	NICARAGUA	CORDOBAS.	2,50	R. DOMINICANA	DOLARES	0,50
CHILE	PESOS.	20,00	ESPAÑA	PESETAS.	12,00	PANAMA	BALBOAS.	0,50	URUGUAY	PESOS	1,00
COLOMBIA	PESOS.	1,00	FILIPINAS	PESOS.	1,35	PARAGUAY	GUARANIES.	2,00	VENEZUELA	BOLIVARES	1,75
COSTA RICA	COLONES.	3,25	GUATEMALA	QUETZALES	0,50	PERU	SOLES.	3,25	U. S. A.	DOLARES	0,50
									Demás paises, sobre:	PESETAS	12,00

N.º 15 - 194

MEXICO - BUENOS AIRES - MAD